Natalia Sánchez Diana

Orgullo, rugby y un señor DARCY





Selecta

Orgullo, rugby y un señor Darcy

Natalia Sánchez Diana

Selecta

Capítulo 1

La verdad universalmente conocida

Era una verdad universalmente conocida que en un instituto había dos tipos de estudiantes: los populares, como las animadoras, los jugadores de rugby y la gente guapa que siempre estaba en el centro de atención, y aquellos no populares, como yo, Clara Bennett, que prefería perderme entre las páginas de los libros antes que intentar encajar en un mundo que no entendía.

Y no podía decir que me fuera mal, puesto que era la presidenta del Club de Lectura y tenía un círculo de amistades lo bastante grande como para sentirme cómoda y ser yo misma. Era un pequeño grupo, sí, pero con gente leal que compartía mi pasión por los clásicos. La mayoría de mis amigos se sentían igual de incómodos que yo cuando nos encontrábamos con los chicos que pensaban que el rugby era el único deporte que importaba, o que una buena conversación se medía por cuántos seguidores tenías en las redes sociales. Pero, aunque me sentía feliz con mi lugar en el instituto, había algo en las expectativas ajenas que esperaban que, por muy bien que lo hicieras, siempre lograras más, que me desconcertaba.

El sol se colaba por la ventana de mi habitación esa mañana, mezclándose con el olor a café de la cocina. Cuando bajé, vi que mi abuela María, como siempre, estaba en su rincón cerca de la ventana, donde pasaba horas mirando el mar, aunque ella siempre decía que lo hacía para hablar con los «ausentes». Estaba tan conectada con nuestras raíces mexicanas que, a veces, su mirada parecía perderse en un mundo solo suyo, lleno de recuerdos de esa tierra que amaba y a la que nunca podría volver.

—¡Buenos días, señora María! —dije saltando a su lado para darle un sonoro beso en la mejilla.

—¡Ay, *mija*! ¡Me asustaste!

—Lo siento, abuela —añadí al tiempo que alcanzaba una tostada y me la metía en la boca.

—Párate a desayunar en condiciones, *mija.*

—Me gustaría, pero llego tarde y el bus está al caer —le repliqué con la boca llena, algo que ella detestaba pero que me consentía puesto que era su nieta favorita—. Y hoy no puedo llegar tarde.

—Nunca lo haces.

—Es cierto, pero es que hoy es un día muy importante, abuela. —Terminé la tostada y me bebí un zumo de naranja con rapidez. Me puse la mochila a la espalda y me dirigí a la puerta.

—Pues le rezaré a la Virgen de Guadalupe para que todo te vaya tal y como esperas, *mija.*

—¡Gracias, señora María!

Cuando subí al bus, sentí que la mochila me pesaba un poco más de lo normal, llena de ilusión y expectativas, puesto que había escuchado que se iba a celebrar un concurso estatal entre los estudiantes de literatura. Estaba en mi último año de secundaria y ganarlo sería muy importante para mi expediente académico y para mi entrada en la universidad de Maine, en la que pensaba estudiar

Literatura Inglesa al año siguiente.

Me sentía renovada, llena de energía. ¿Qué mejor que ganar puntos con un trabajo que amaba? Fuera cual fuera el tema, estaba segura de que podía dominarlo. Ser un ratón de biblioteca tenía sus ventajas.

Con esa idea en mente, el recorrido en bus se me hizo muy corto. En el instituto, las voces conocidas y los pasos de mis compañeros resonaban por los pasillos como siempre, pero no pude evitar notar un ambiente diferente. Mi corazón me decía que algo único estaba por suceder. Al entrar al aula, Sophia estaba esperándome en nuestra esquina habitual, en la primera fila, cerca de la ventana, con una sonrisa traviesa.

—¿Estás nerviosa? —preguntó cuando me dejé caer en mi asiento. Su voz estaba llena de curiosidad.

—¿Por qué debería estarlo? —respondí juguetona, dejando la mochila sobre la mesa mientras sacaba los libros.

—El concurso estatal —dijo con tono grave, como si estuviera hablando de un asunto de vida o muerte—. Ese que te roba el sueño porque anhelas redactar un largo texto en el que plasmarás tu amor por la literatura clásica.

—¡Ah, eso! —le dije aparentando tranquilidad—. No lo había pensado demasiado aún.

—¡Clara Bennet, es usted una terrible mentirosa! —me replicó al tiempo que me daba una amistosa palmada en el hombro—. Sé que te mueres por hablarnos de literatura rusa del siglo XIX.

—Por favor, Sophia, esto es Maine. ¿Qué probabilidades hay de que en el concurso estatal se incluya algo que no sea literatura inglesa?

Mi amiga aceptó mi conjetura con un cabeceo y luego sonrió. Al final, me conocía demasiado bien y sabía que le había dado ya más

de mil vueltas a los posibles temas para el concurso. Si se decidían por la literatura norteamericana propiamente dicha, me aventuraba a decir que optarían por *El gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald; por *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee, o por el imprescindible *El guardián entre el centeno*, de Salinger.

Sin embargo, en mi corazón se albergaba una esperanza a la que no quería prestar demasiada atención. ¿Y si elegían algo que me apasionaba? ¿A una autora que se había convertido en una sana obsesión y en cuyas novelas había encontrado un sentido a mi existencia? ¿Y si el ensayo versaba sobre Jane Austen?

Sí, bueno, sé lo que pensáis. Con dieciocho años la vida debería ser más que unas obras escritas siglos atrás, pero yo había encontrado en la literatura de la regencia un refugio al que no pensaba renunciar.

Si podía redactar un ensayo larguísimo sobre ello, estaría más que feliz de hacerlo.

—¡Por favor, chicos, chicas, a vuestros asientos! —dijo la profesora Halliday en cuanto atravesó el umbral de la clase—. Nada de móviles en la mesa o los requisaré hasta el fin de la jornada.

Todavía pasaron unos instantes hasta que el silencio reinó en el aula. Mi corazón estaba más acelerado de lo que quería admitir ante lo que mi profesora fuera a anunciar. No quería hacerme ilusiones, pero sabía que ella me elegiría a mí para el ensayo. Si además elegía a Sophia o a Mike, otro de los componentes del Club de Lectura, todo sería más fácil.

Ya casi me sentía saboreando el triunfo. Habría otros rivales de otros institutos, pero me sentía capaz de superarlos.

—¡Buenos días, clase! Hoy tenemos algo especial. Este año participaremos en el concurso estatal de ensayo. Y la temática no podría gustarme más. Se ha elegido a Jane Austen y su obra *Orgullo*

y prejuicio.

La felicidad que sentí me robó el aliento. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Miré a Sophia, que estaba alzando los puños en un gesto de victoria contenido pero evidente.

Sonreí mientras mi mente especulaba cómo iba a comenzar el ensayo.

—Y ahora, por supuesto, voy a decir los nombres de los alumnos elegidos para llevarlo a cabo y representar al instituto de Seabrook. —Hizo una pausa dramática—. En primer lugar, ¡Clara Bennet, la presidenta del Club de Lectura! Enhorabuena.

Hubo un breve aplauso encabezado por Sophia y secundado por el resto de mis amigos.

—Y dado que el tema a tratar serán los prejuicios en la obra de Jane Austen, el compañero de Clara será… ¡Damian Carter!

Mi estómago dio un vuelco. No podía ser. En mi cerebro se había producido una interferencia y en mis oídos se había colado un nombre que no podía ser ni remotamente posible. Miré a Sophia, que tenía la boca abierta y los ojos desorbitados como si la señora Halliday hubiera pronunciado un hechizo en latín.

Al comprender que no eran imaginaciones mías, mis ojos se abrieron por completo. Miré hacia el fondo del aula, donde estaba sentado Damian Carter, el capitán del equipo de rugby, que en ese momento se acomodaba la chaqueta del SeaLions. Su presencia llenaba la clase, y su sonrisa siempre parecía tener el poder de hacer que las chicas de primer año suspiraran, aunque a mí siempre me había parecido más bien una exageración. Nunca me había interesado lo suficiente como para analizarlo, y mucho menos para considerarlo un «tema de estudio».

Su sonrisa era tan segura como siempre, como si el mundo estuviera a sus pies mientras que yo no podía creer lo que acababa

de escuchar.

¿Cómo podía ser posible que, a mí, la chica que prefería leer a hablar de fútbol o rugby, me tocara trabajar con alguien como él?

—Perdone, señorita Halliday, ¿está segura de que nos asignaron como pareja? —pregunté, sin poder evitar que la incredulidad se colara en mi voz.

Mi mirada se cruzó con la de Damian, y por un segundo, su sonrisa pareció desvanecerse, como si se diera cuenta de lo que esto significaba para ambos. Él era conocido y admirado por ser el chico más popular del instituto, mientras que yo era… bueno, más conocida por mi amor por la literatura que por mi habilidad para hacer amigos.

La señora Halliday asintió con entusiasmo, convencida de que era la mejor idea del mundo.

—Sí, Clara, Damian. El tema de este concurso será sobre los prejuicios sociales que afectan a los personajes en la obra de Jane Austen. Y ustedes son los más adecuados para este proyecto, ¿verdad?

Mi mirada se desvió hacia Damian una vez más. «¿Qué sabrá él sobre prejuicios?» Lo único que me venía a la mente era su actitud arrogante y su habilidad para eclipsar a todos a su alrededor con una sonrisa, como si no hubiera nada que lo inquietara.

Pero ahí estábamos, como una especie de experimento social de la señora Halliday, que pensaba que el chico popular y la chica *nerd* podían ser la combinación perfecta para hablar de los prejuicios de *Orgullo y prejuicio*. Solo que yo no lo veía de la misma forma.

—¿Dónde puedo presentar una objeción al candidato elegido? —pregunté sin reparo.

Se hizo un silencio muy pesado en la clase. Sabía la razón. Nadie se negaba a trabajar con el chico estrella del instituto. Es más,

ninguna chica en su sano juicio se negaría a compartir un minuto de su tiempo con él, porque el mundo de la gente popular solía funcionar así.

—Señorita Bennet, el equipo de trabajo se ha elegido desde el departamento de Literatura, así que no es posible que cambie de compañero —me respondió la profesora con seriedad.

—¿Y no tengo más opción?

—Puede renunciar a representar al instituto.

Bajé los ojos. El corazón había empezado a latirme frenéticamente, puesto que sentía las miradas de toda la clase sobre mí. Había pasado de ser invisible a proclamar a los cuatros vientos que no quería trabajar con el chico de oro de la ciudad.

En otra época, por mucho menos te enviaban a la hoguera.

—¿Quiere retirarse, señorita Bennet? Aunque sabe lo que pasará si pierde esta oportunidad, ¿verdad?

—No, no me retiro, señorita Halliday. Perdóneme.

—Bien. Pues espero que pueda tomar esta actitud como punto de partida sobre su proyecto con el señor Carter.

Asentí al tiempo que notaba una ola de calor cubriendo mi cara. El arrebato de valentía y furia que había sentido se estaba diluyendo, dando paso a una vergüenza terrible que se amplió cuando se me ocurrió contemplar a mis compañeros. Me encontré con miradas que iban desde la comprensión y la empatía, hasta otras mucho más hirientes, como algunas que reflejaban incredulidad y desprecio. Y, sin saber por qué, me atreví a deslizar mis ojos hasta el que sería mi compañero, pese a mis desesperados intentos de que no lo fuera.

Damian Carter me estaba mirando con el mentón alzado. Reconocí el odio en su expresión. Sus ojos, azules, eran fríos como un iceberg. Y yo era el Titanic chocando con ellos y hundiéndome.

A lo largo de los años que habíamos compartido clase, nunca nos

habíamos mirado. Y esa primera vez había sido, sin duda, una forma pésima para descubrirnos.

Ni siquiera sabía cuáles serán las primeras palabras que intercambiaríamos después de mi metida de pata.

Capítulo 2

Damian Carter

Tras la última clase, acudí con mis amigos al club de lectura. No era más que una pequeña sala en la planta baja del instituto que, con el tiempo, fuimos haciendo nuestra. Poseía una ventana que daba al campo de rugby, varias sillas y mesas y, lo más importante, libros por todas partes. Amontonados, dejados caer, desordenados en alguna esquina…

Era nuestro refugio, donde los males del mundo, representados por la gente guapa y popular del instituto, no nos incumbían.

O no lo hacían. Porque ahora uno de esos problemas se había unido a mi destino.

—Bueno —dijo Sophia rompiendo el silencio que habíamos compartido hasta allí—, no ha sido tan malo.

—Sí, eso —añadió Mike—; como antes de hoy no tenías reputación, no has estropeado nada al oponerte al flamante capitán del equipo de rugby con tanta vehemencia.

—¡Mike! —le recriminó Sophia.

Me dejé caer teatralmente sobre una de las sillas y me cubrí el

rostro con las manos.

—No es que nunca hayas querido popularidad ni nada de eso, ¿verdad, Bennet? —añadió Britney—. Así que, ¿qué te importa lo que piensen de ti esos guaperas unicelulares?

—Una cosa es que no le importe —siguió diciendo Mike—, pero otra es despreciar al Apolo del instituto, hijo del alcalde y orgullo de los SeaLions. ¡Pero si le ha faltado tirarle un libro a la cara!

—No ha sido para tanto —dijo Sophia.

Cada vez más mortificada, no sabía ni qué decir. No me podía creer que la oportunidad que tanto había esperado se hubiera transformado en algo que no sabía cómo manejar.

Estaba acostumbrada a la literatura, a leer, a estar en compañía de los míos…, pero no a tener que compartir horas de trabajo con alguien como Damian Carter.

Mike lo había definido muy bien. Ostentaba el título de «chico perfecto» —además de todos los epítetos del mundo relacionados con la belleza masculina—, pero también era un niño de papá, el único hijo del alcalde de Seabrook. Uno de esos americanos que procedían de un linaje sin mácula. Los Carter eran famosos porque eran médicos, abogados o políticos.

A su paso solo había admiración y puertas abiertas. Era como si el mundo fuera distinto para él. Estaba segura.

Quizá por eso, por la influencia y el poder de su familia, lo habían elegido para presentar el ensayo. Otra puerta más a su futuro brillante.

Porque, además, sabía que sacaba buenas notas.

—¡Es que es injusto! —exclamé pataleando.

—Es un buen estudiante, Clara —replicó Billy sin levantar la mirada del ejemplar de *Tokyo Blues* de Murakami que llevaba entre las manos—. Probablemente el mejor del insti. Era una opción viable

desde el principio.

Abrí la boca, perpleja. Billy era el hijo del director, así que debía saber de antemano lo que iba a suceder.

—¿Lo sabías? —se me adelantó Sophia—. ¿Desde cuándo?

—Mi padre lo mencionó anoche en la cena —dijo al tiempo que pasaba una hoja de la novela. Su flequillo largo y negro le caía hacia delante y le cubría media cara—. Es el orgullo de la ciudad, el chico de oro del SeaLions. Todos esperan que traiga el premio del ensayo a casa.

Resoplé, indignada.

—Quizá, con suerte, haga todo el trabajo él solo y tú también te lleves el mérito, Clara —me dijo Britney.

—Ni de coña —alegué poniéndome en pie—. ¿Qué puede saber ese guaperas de Jane Austen? Vamos a ver.

En ese momento, percibí un movimiento a mi derecha. Instintivamente, miré en esa dirección y lo vi. Parado en el umbral de la puerta, con los vaqueros ajustados, una camiseta blanca y la sudadera del equipo de rugby, estaba Damian.

Mi corazón comenzó a saltar como un loco. Lo achaqué a que me acababa de pillar hablando mal de él, pero también era porque de repente, su presencia parecía ocupar toda la habitación, incluso sin decir una palabra.

Era alto, mucho más alto que la mayoría de los chicos de la clase, con esos 1,85 metros que lo hacían destacar entre los demás. Su complexión era atlética, ya que poseía el cuerpo de un deportista, con los hombros anchos y los músculos definidos que no se esforzaba en esconder, aunque no lo hacía con la ostentación de otros chicos del equipo. Su cabello era un desastre controlado, rubio y algo rebelde, como si no le importara demasiado peinarse o como si la desordenada perfección fuera de su estilo propio. Lo llevaba

corto por detrás y largo por arriba, pero siempre parecía tener esa ligera ondulación que el viento o las horas en el campo de rugby acentuaban. Era el tipo de chico que, incluso después de salir del partido o de terminar seis horas de clases, lucía de alguna manera *injustamente* perfecta.

En ese momento, descubrí que mis amigos comenzaron a moverse, como si lo tuvieran planeado. Sophia fue la primera, con esa sonrisa traviesa que siempre tenía cuando pensaba que algo divertido estaba por ocurrir.

—Pues me parece que nos necesitan en otro lado —dijo mientras agarraba su mochila y la levantaba del suelo.

Mike, al ver que Sophia ya estaba en la puerta, también se puso de pie. Miró a Damian y luego me dedicó una sonrisa burlona.

—Clara, recuerda que los libros no son para arrojarlos a las cabezas de los guaperas.

No pude evitar sonrojarme ante lo que me había dicho, puesto que me recordaba que había llamado guaperas a Damian Carter y seguramente lo habría oído.

Sophia se adelantó hacia la puerta y miró atrás, con una sonrisa que sugería que todo esto era parte de un juego que solo ella entendía.

—¡Buena suerte con el «experimento» de la señorita Halliday! —dijo antes de salir de la sala, seguida por Mike y el resto del grupo.

Me quedé paralizada, incapaz de enfrentar la situación incómoda en la que me había metido.

Cuando la puerta del club de lectura se cerró con un leve clic y el sonido de los pasos de mis amigos se desvaneció por el pasillo, la habitación se volvió más silenciosa, más densa. El aire, antes tan familiar, cargado de la comodidad habitual, ahora parecía pesado, lleno de una tensión insoportable.

Damian no se movió de inmediato. Se quedó de pie, observándome por un momento, esperando a que yo, que se suponía que estaba en mi hábitat, iniciara la conversación. No lo hice, así que él comenzó a caminar hacia la mesa, con un paso tranquilo pero firme que resonó en el espacio vacío de la sala. Por alguna razón, no podía apartar la mirada de él. Su presencia llenaba el lugar de manera imponente, como si su sola existencia lo dominara todo. Y encima olía superbién.

Cuando llegó al final, se apoyó contra la ventana, metiendo las manos en los bolsillos de su sudadera. Su postura era relajada pero segura. Por alguna extraña razón, sentí que la distancia entre nosotros se acortaba. Un nudo se formó en mi estómago, pero no lo podía describir. Parecía que el espacio entre nosotros se hubiera estrechado de repente. ¿Era algún tipo de superpoder que tenía la gente guapa?

Intenté mantener la calma, mirando los libros frente a mí como si fueran un salvavidas. Pero la tensión era palpable, y flotaba en el aire como una corriente invisible.

Finalmente, rompió el silencio con su voz tranquila, y eso hizo que mi piel se erizara.

—Entonces... —dijo, como si de verdad estuviera interesado—, ¿cómo vamos a hacer esto?

Lo miré de reojo, más incómoda de lo que quería admitir. Su postura era tan desinteresada, tan confiada, que me sentía como si él ya supiera que este proyecto iba a ser fácil para él. Al mismo tiempo, algo en su voz me descolocaba. Era tan... acogedora. Y eso me ponía más nerviosa.

—Lo primero será leer *Orgullo y prejuicio*, por si aún no lo has hecho... —dije, intentando hacerlo sonar más fácil de lo que realmente me parecía—. Y luego, supongo que podríamos hablar

sobre los prejuicios de los personajes. Aunque, claro, no creo que tú tengas mucho que aportar sobre eso.

No me sorprendió ver que levantó una ceja. Su sonrisa, esa típica sonrisa confiada, apareció en su rostro, pero no era burlona, sino algo más juguetona. Algo que me irritó y me intrigó al mismo tiempo.

—Ah, ¿no? —respondió con diversión. Pero había algo en sus ojos que parecía mucho más serio, mucho más desafiante—. Creo que, de hecho, tal vez yo sea el experto en generar prejuicios injustificados aquí.

Me sentí como si alguien me hubiera tirado agua fría en la cara. Su respuesta me superó a la vez que, algo en la forma en que me miraba, me hacía querer desafiarlo, probándole que no sabía nada, absolutamente nada, de lo que estaba diciendo.

—¿En serio? —respondí, cruzando los brazos mientras observaba cómo se aproximaba un poco más, sin prisa, pero acercándose a mí de todos modos. Fue un movimiento sutil y natural. Sin embargo, fui consciente de que la distancia entre nosotros se acortaba, y mi respiración se volvió más irregular. No quería admitir que su cercanía me afectaba—. ¿Qué sabes tú de prejuicios? Después de todo, eres lo que se ve.

Damian me miró y descubrí que la sorpresa en su rostro se mezclaba con una ligera diversión. Pero no se apartó, no retrocedió ni un paso. Su postura no cambió, pero algo en su mirada me indicó que no estaba tan seguro ante lo que yo le había dicho. Al contrario, parecía que había tocado una fibra inesperada en él.

—Vaya, no te guardas nada, ¿eh? —dijo, mirando el escritorio, como si quisiera parecer indiferente. Pero su tono ya no era tan confiado. Sus ojos habían cambiado.

Quizá lo había herido con mis palabras, y necesitaba saberlo.

—¿Qué quieres decir? —Estaba perdiendo el control. Sentía mi respiración más rápida, como si las palabras se me escaparan sin querer. Fue entonces cuando me moví, caminando hacia la ventana, hacia él. Algo en mí me decía que la distancia ya no existía, que él ya había invadido un espacio que no podría recuperar.

—Lo que quiero decir es que tal vez tú tengas prejuicios sobre mí, y ni siquiera te has dado cuenta —respondió Damian, dejando caer sus palabras con esa mezcla de confianza e inteligencia que tanto lo caracterizaba.

Alcé la cara, como si un impulso invisible me obligara a enfrentar a aquel chico. Nos miramos fijamente, sin dudar. No sabía qué estaba sintiendo en ese instante. Solo podía ver sus ojos, tan fríos y calmados, y me sentí incómoda, como si todo lo que había dicho no hubiera sido suficiente para defenderme de lo que estaba sintiendo.

—¿Y qué si los tengo? —repliqué, sin miedo, con palabras que fueron un poco duras, más ásperas de lo que habría querido—. ¿Qué esperabas, que te tratara como si fueras el chico perfecto solo porque eres el capitán del equipo de rugby y el hijo del alcalde? Créeme, no tengo tiempo para adorar a personas como tú.

Damian me miró fijamente. ¡Cielo Santo, su calma era inquietante!

Esa tranquilidad en su mirada me desarmaba. Y aunque no lo admitiera, esa cercanía que se había creado, ese juego silencioso que bullía entre nosotros, me estaba empezando a afectar más de lo que quería.

—¿No? —dijo con una media sonrisa, acercándose un paso más. Ese gesto me descolocó por completo. Era como si la distancia entre nosotros ya no importara. Como si, de alguna manera, su cercanía tuviera más poder que cualquier otra cosa en el mundo—. Bueno, entonces tal vez este proyecto te será más difícil de lo que esperabas. Pero me gusta que seas directa, Bennet. No es algo que

vea mucho por aquí.

Mi respiración se aceleró entre la rabia y la incomodidad que me invadían.

¿Por qué todo se había vuelto tan difícil? No quería ceder ante él, no quería que me controlara, pero su proximidad, su confianza, comenzaban a nublar mi juicio.

—¿Por qué no te has opuesto a trabajar conmigo? —pregunté, sin contenerme. Ya no me importaba.

Damian hizo una pequeña mueca e hizo que su sonrisa arrogante regresara, pero vi algo en sus ojos que me descolocó y que no puede entender.

—¿Por qué debería oponerme a trabajar con la chica *nerd* que tiene las mejoras notas? —dijo, acercándose aún más. Mi cuerpo sentía esa cercanía que parecía como una especie de fuerza imparable. Como si la tensión que había entre nosotros fuera más que solo palabras y se asemejara a dos trenes dirigiéndose el uno hacia el otro a toda velocidad—. No hay nadie mejor que tú para este proyecto. Supongo que tendrás que aguantarme un poco, Bennet. Pero, si no te molesta tanto, podemos hacer que esto funcione. No sé, quizá el experimento de Halloway nos sorprenda a los dos.

Lo miré fijamente, consciente de que mi corazón latía muy fuerte. No podía demostrarlo. No quería aceptar lo que sentía, no quería darme cuenta de lo cerca que estábamos. Pero algo en su manera de ser, en su confianza tan natural, hacía que me sintiera completamente superada por la situación.

—No creo que funcione, pero no nos queda otra, ¿verdad? Por lo menos espero que seas capaz de leerte la novela, Carter —respondí, con más calma de lo que sentía, pero un atisbo de incertidumbre se coló en mi voz.

—Puede estar tranquila a ese respecto, *señorita Bennet* —me respondió con un guiño travieso que me hizo estremecer.

No quería admitirlo, pero ese proyecto, ese chico, todo eso iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Por fin pude moverme, alcancé mi mochila y me alejé hacia la puerta mientras me preguntaba dónde estaba la Virgen de Guadalupe cuando se la necesitaba.

Capítulo 3

La calidez del hogar

Al llegar a casa, lo primero que noté fue el bullicio. Mi hogar siempre estaba lleno de vida, y ese día no era la excepción. Desde el momento en que abrí la puerta, los sonidos de risas, voces y música me envolvieron, como un abrazo invisible que me recordaba lo diferente que era mi vida lejos del instituto. El sonido familiar de una ranchera sonaba suavemente desde la cocina, como un recordatorio de nuestras raíces. «Copa tras copa», de Vicente Fernández, estaba en el aire, llenando la casa con su cálido ritmo, justo como me gustaba a mí.

En el mismo instante en que me quité los zapatos en la entrada, mi madre apareció desde la cocina, con una sonrisa cálida.

—¡Hola, cariño! —dijo, mientras me estrechaba fuerte contra ella y me dejaba inundar por su aroma a limón—. ¿Cómo te fue en clase hoy?

Suspiré, tirando mi mochila al sofá.

—Fue... interesante. —La palabra «interesante» no era precisamente lo que quería decir, pero no estaba de humor para

entrar en detalles. Pensé en Damian, en cómo su presencia me descolocaba, pero me contuve. No quería hablar de él.

—¿Y qué es lo que pasa con este tal Damian? —mi madre me miró con curiosidad.

Sabía que no tenía el poder de leer la mente, sino que SeaBrook era un pueblo, y en los lugares pequeños, las noticias volaban. Mi madre ya había escuchado, claro, rumores sobre él y sobre lo del proyecto.

—¿Quién te lo ha contado?

—Te olvidas de que tengo una pastelería cerca del instituto, cielo. Unas chicas de tu clase parloteaban de cómo te habías opuesto a que fuera tu compañero. ¡Estaban muy enfadadas!

Suspiré, con el peso de todo lo sucedido durante aquel día cayendo sobre mí.

—Te diría que mi oposición no ha sido para tanto, pero al parecer la he liado bien… —musité cabizbaja.

—Por lo que dicen, ese muchacho es un buen estudiante. ¿Por qué no quieres trabajar con él?

Mi madre tenía razón, porque «el chico perfecto» tenía, además, notas estupendas que decoraban su expediente y le auguraban un gran futuro siguiendo la estela de los Carter, pero mi rechazo no se debía a eso.

Se debía a que el agua y el aceite nunca se juntaban. A que el orden natural del universo seguía unas pautas, y si estas se alteraban, todo hacía presagiar un gran desastre.

Juntar a un chico deportista y a una chica *nerd* era una forma inequívoca de desordenar el mundo; el mío, concretamente.

—Mamá, sabes que la gente popular habita en un universo paralelo.

—Eso no es así.

—Claro, para ti es fácil decirlo, «reina del baile del instituto de SeaBrook del año 1999».

Sí, así era. Mis padres se habían conocido el último año de secundaria, se habían enamorado locamente y, además, eran los más populares del insti, tanto que terminaron coronados en el baile de graduación.

Su hija, sin embargo, no había heredado ni un ápice de su popularidad ni de su don de gentes.

—Creo que, una vez más, te menosprecias a ti misma, Clara. Eres una chica maravillosa, lista, divertida y tan fuerte que no te dejas amilanar. Puedes con esto y con mucho más.

Suspiré de nuevo, consciente de cómo la tensión que notaba se aligeraba al escuchar su voz. Mi madre, como siempre, tenía la habilidad de hacerme sentir como si no importara lo que pasara en el mundo, porque, al final, todo saldría bien.

—Espero que tengas razón.

—Sabes que siempre la tengo. —Mi madre sonrió de manera pícara y se adelantó a la cocina—. Por cierto, la tía Janet y los primos están aquí. La abuela ha preparado los tamales que te gustan. Eso mejora cualquier día por malo que sea, ¿verdad?

Al mencionar a mi abuela y a mi tía Janet, todo lo que pensaba sobre el proyecto y mi enfrentamiento con Damian se desvaneció de inmediato. El sonido de la familia reunida en el salón hizo sentir que todo el estrés del día desapareciera. Los gritos y risas, las bromas que uno de mis primos lanzaba desde el comedor, todo me reconfortaba. La música seguía de fondo, un toque constante de corrido que me hacía sentir como si el único mundo importante fuera el de mi familia, lleno de historia y tradición.

Mi padre apareció entonces, con una cerveza en mano y esa sonrisa característica que siempre tenía.

—¿Qué tal, hija? ¿Todo bien en el insti? —preguntó, con tono juguetón, acercándose para darme un abrazo. Su voz era fuerte, llena de energía, cálida como un día de verano.

—Todo bien, papi —respondí, sonriendo por fin.

Mi padre se sentó en el sofá, bromeando con mis primos. Su risa era contagiosa. Mi primo mayor, Joseph, estaba en la cocina, en medio de una discusión animada con el mediano, mi primo Louis, sobre fútbol. Entre tanto, la pequeña, Mariana, se acercaba por el pasillo con el chihuahua Señor Darcy en sus brazos, gritando algo que probablemente no tenía sentido.

—¡Ay, Clara! —gritó Mariana mientras entraba corriendo—. ¡El Señor Darcy quiere que le pongas la corbata que mi madre y yo le compramos en el supermercado! ¿Dónde está?

—¿Qué? ¿Una corbata? —La miré confundida, pero su entusiasmo me hizo reír. Siempre tenía algo nuevo que contar.

—¡Ay, ya verás! —dijo, corriendo hacia el salón.

Mi tía Janet, que estaba en la mesa del comedor, miró hacia donde estábamos y se acercó con una sonrisa traviesa.

—Ya le dije que ese chihuahua tiene más ropa que yo, pero ya sabes cómo lo tiene de consentido —dijo con su acento alegre.

A pesar del caos, cuando nos juntábamos, el lugar se volvía aún más acogedor. Cada miembro de la familia era una pieza esencial del ruido y la calidez que llenaban la casa. Las bromas, los chistes, el aroma de los tamales y la salsa me hacían olvidar todo lo demás, incluso a Damian y ese maldito proyecto.

Mi madre sirvió los platos, y todos se sentaron alrededor de la mesa, cada uno reclamando su porción con entusiasmo y descaro. La conversación fluía con facilidad, desde los últimos cotilleos sobre la tía Janet y su nuevo novio hasta la última película que habíamos visto en familia.

Al final, lo único que importaba era estar allí, rodeada de mis padres, mis primos, mi abuela y el siempre elegante Señor Darcy, con el sonido de las voces, la música de fondo y el ritmo cálido de las canciones mexicanas.

Estaba en mi hogar. Daba igual lo que pasara en el instituto o las tensiones de la tarde. Esa era mi familia, y allí, entre tamales deliciosos y risas, me olvidé por completo de todo lo que me había molestado.

Sin embargo, sabía que no podría olvidar el color de esos ojos azules que había contemplado demasiado cerca por primera vez.

Capítulo 4

Desencuentro en el campo

Estaba sentada en el club de lectura, mirando el reloj una y otra vez, esperando que Damian apareciera. La señora Halliday me había dicho que él vendría a trabajar en el proyecto, pero ya habían pasado más de treinta y cuatro minutos y no había dado señales de vida. Al principio, pensé que tal vez le había surgido algún imprevisto que lo estaba retrasando, pero a medida que pasaban los minutos, mi frustración crecía. Miré por la ventana cuando oí unas voces. El equipo de rugby estaba entrenando. Pronto lo vi corriendo de un lado a otro por el campo, porque, por suerte o por desgracia, era alguien inconfundible.

Comprendí entonces que me había dejado plantada. Me levanté de la silla y, con una mezcla de enfado y hastío, salí del aula. Si no iba a aparecer en el club de lectura, iría a buscarlo al campo de rugby. Esperaba enfrentarlo para que me explicara por qué narices me había dejado esperándole sin siquiera avisarme. ¡Qué poca consideración!

Cuando llegué al campo, el ruido de los chicos del equipo llenaba

el aire. Mis ojos volaron a Damian, que estaba en el centro liderando la jugada. Su equipo lo seguía. Estaba sudoroso, y os juro que no me fijé en su camiseta pegada al cuerpo, ni en su cabello rubio desordenado, ni mucho menos en sus ojos brillando con intensidad.

Algo en mi estómago se retorció, pero no sabía si era por la irritación o por la sorpresa al verlo tan maravillosamente inmerso en lo que hacía.

Mientras lo observaba, escuché una voz femenina a mis espaldas.

—No te acerques a él.

Me giré rápidamente y me encontré con Summer, la animadora más popular del instituto, que tenía una sonrisa que parecía una mezcla de simpatía forzada y desdén. Con su cabello rubio perfecto y su postura de reina del baile incluso a media tarde, me miró como si estuviera en una misión de salvación.

—¿Qué quieres, Summer? —pregunté, sintiendo cómo la incomodidad comenzaba a invadirme.

Summer no era la persona con la que más me gustaría interactuar, y de hecho la había evitado exitosamente durante años, pero la decisión en su mirada me decía que en esta ocasión no se iba a ir tan fácil.

—Escúchame atentamente, Clara Bennet —dijo de manera condescendiente—. No te acerques demasiado a Damian. Ya sabes cómo son los chicos como él.

Fruncí el ceño, sintiendo que cada palabra que decía solo aumentaba mi frustración. ¿Es que toda la gente popular tenía el poder de irritarme?

—¿Chicos como él? ¿Qué quieres decir con eso? —le respondí, cruzando los brazos. Aunque no me gustara admitirlo, su actitud me molestaba profundamente.

Summer me miró con esa sonrisa arrogante que tanto la

caracterizaba.

—Ya sabes, los chicos populares. Los que tienen todo lo que quieren sin tener que esforzarse —dijo, y su mirada se dirigió hacia Damian, que seguía jugando sin notar nuestra conversación. Luego, volvió a mirarme—. Además, él y yo somos vecinos. Nuestros padres son amigos, y en un futuro quizá… Así que no pierdas el tiempo tratando de que vuestros planetas se acerquen. Estáis demasiado... alejados para eso.

Me dolió escucharla, aunque intenté no mostrarlo. ¿Qué sabía ella sobre lo que Damian pensaba o sentía? Ni siquiera yo estaba segura de qué pensaba de mí. Pero lo que Summer decía me calaba hondo, más de lo que quería admitir. No era muy diferente de lo que yo había pensado y dicho siempre, pero en ella todo tenía un matiz insultante.

—No me interesa lo que él piense —respondí, pero, al ver la expresión de Summer, supe que no lo decía con convicción.

—Bueno, como veas, pero no te hagas ilusiones —añadió ella, como si todo esto fuera una charla entre amigas. Su tono era como el de una sabia consejera de un juego de rol, pero a mí no me gustaba nada—. Mejor mantente alejada. Y no pienses que a él este proyecto le interesa. No es más que otra imposición de…

En ese momento, una voz masculina, grave y autoritaria, interrumpió la explicación de Summer.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Damian, y al mirarlo, me fijé en que su camiseta estaba completamente empapada por el sudor y tenía la respiración agitada. Parecía que había cruzado el campo para llegar hasta nosotras. Me observó y luego fijó su mirada en Summer, claramente sorprendido por la situación—. ¿Summer? ¿Estás molestando a Bennet?

La forma en que Damian la advirtió me sorprendió. Era un tono

serio, casi protector hacia mí, algo que no había visto antes en él. De alguna manera, me sentí agradecida, aunque no entendía por qué se estaba metiendo.

Summer lo miró con una sonrisa que, a diferencia de la que me había dedicado a mí, estaba cargada de amabilidad real.

—Solo le estaba dando algunos consejos. No es para tanto —dijo, con una risa que no sonaba natural. Luego me dedicó mirada desafiante—. ¿Verdad, Clarita?

Damian se adelantó un paso, colocándose frente a mí, y luego, mirándola directamente a los ojos, dijo:

—No te metas en lo que no te importa, Summer. Clara no necesita tus «consejos». Y yo tampoco. —Su voz sonó firme, con una autoridad que no le había escuchado antes.

Summer, sorprendida por la respuesta de Damian, no dijo nada más. Le lanzó una última mirada fulminante y se alejó hacia el grupo de animadoras, que nos observaban desde lejos. Damian, por su parte, volvió su atención hacia mí.

No sabía qué pensar. Sentí que había cambiado la forma en que me miraba, o tal vez solo me estaba imaginando cosas. Quizá se me estaba empezando a secar el cerebro al leer tantas novelas.

—¿Estás bien? —Su tono sonó un poco más suave, casi como si estuviera preocupado.

—Estoy bien —respondí rápidamente.

Tomé aire y decidí no dejar que viera lo incómoda que me sentía. No quería darle a él ni a Summer el gusto de pensar que me afectaba lo que decían o hacían.

Damian me observaba con una expresión seria, intentando evaluar lo que acababa de pasar y cómo me había afectado. Yo sentía que mi paciencia se agotaba rápidamente, y aunque una parte de mí intentaba calmarse, otra parte no podía dejar de sentir que algo no

estaba bien. ¿Por qué todo esto parecía ser más complicado de lo que realmente era?

—¿Qué pasa, Bennet? —dijo Damian, con una leve frustración en su voz.

—¿Por qué no has venido?

—No es para tanto. Hay más días. No necesitamos discutir.

—Ah, ¿no? —respondí, con un tono que no pude evitar que sonara sarcástica —. ¿No es para tanto que me hayas dejado plantada? ¿Que este proyecto te parezca una broma cuando para mí es muy importante?

Damian dio un paso hacia mí, pero en lugar de acercarse de una manera tranquila, su actitud se volvió un poco más defensiva. Se cruzó de brazos y me miró fijamente, como si estuviera intentando entender por qué reaccionaba de esa manera.

—No es lo que piensas —dijo al cabo de unos segundos. Su voz sonó algo más baja, pero percibí cierto matiz de irritación—. Este proyecto no es solo sobre ti, Clara. Si esperas que me lo tome tan en serio como tú, entonces lo siento, pero…

Algo dentro de mí se rompió en ese momento. ¡No lo podía creer! Toda mi dedicación, mis esfuerzos por hacer todo bien, y él simplemente lo tiraba a la basura como si no tuviera ningún valor. Sentí que el fuego de mi frustración se encendía aún más, y ya no podía acallar mi enfado.

—¿Sabes qué? —dije, intentando mantenerme lo más firme posible—. A mí sí que me importa este trabajo y también que me hayas dejado sola esperándote. No me trates como si yo fuera una de esas chicas que te siguen sin cuestionar y que pueden perder su tiempo por unas migajas del tuyo. Yo tengo mis propios objetivos y cosas que hacer.

Sin decir nada más, me di la vuelta y comencé a caminar de

regreso al Club de Lectura, molesta, con el pecho ardiendo por la rabia. No quería escuchar más excusas ni justificaciones de Damian Carter. Entre él y Summer ya había tenido suficiente dosis de gente guapa y popular en mi vida.

Acababa de acceder al club de lectura cuando escuché unos pasos detrás de mí, rápidos y decididos. Me giré y, para mi sorpresa, vi a Damian entrando. Su respiración se agitaba por el esfuerzo, y en su rostro había emociones que no lograba identificar. Quizás rabia, quizás frustración, pero también... muchas más.

—¡Bennet, espera! —gritó mientras se acercaba, con una expresión que ya no era tan desafiante, sino más bien un poco desesperada.

Lo observé, sorprendida, pero no podía ocultar el cansancio que sentía. Damian se detuvo frente a mí, recuperando el aliento, y por un segundo, ambos nos quedamos mirándonos. La tensión entre nosotros era tan palpable que me sentía casi atrapada en ella, pero no sabía qué hacer.

—¿Qué quieres? —No pude evitar que mi voz temblara un poco.

Damian me miró directamente a los ojos, como si quisiera que lo entendiera. Su mirada era más suave que antes, más sincera, pero, aun así, había un matiz de frustración en su expresión.

—No quiero que te vayas así. No es lo que quería decir —dijo, su voz más baja, pero cargada de algo que no había visto en él hasta ahora—. Lo siento por dejarte plantada. No tenía intención de que esto fuera tan... complicado.

Sentí una chispa de inesperada esperanza en sus palabras. Aunque seguía enojada, una parte de mí no pudo evitar que su disculpa me alcanzara, que me desarmara un poco. Pero no era suficiente. Aún no.

—Entonces ¿por qué no has venido y tampoco me has avisado? —

respondí, mis palabras salieron más rápido de lo que esperaba—. Este proyecto es importante para mí, ¿sabes? No estoy aquí solo para pasar el rato. Estamos representando al instituto en un concurso estatal, y significa mucho. Pero tú lo tratas como si no fuera nada.

Damian pareció sorprenderse por la intensidad de mi respuesta. Su rostro se suavizó por un momento, y vi cómo su postura se relajaba. Parecía que, finalmente, entendía lo que le estaba diciendo.

—Lo sé —dijo, casi en un susurro, y dio un paso hacia mí—. Te lo prometo, Bennet, a partir de ahora me lo voy a tomar en serio. No lo haré porque me lo pidan o me obliguen mis padres, lo haré porque te respeto. Y porque sé que esto es importante para ti.

Quería creer en sus palabras, realmente lo quería. Pero algo dentro de mí me decía que era demasiado fácil, que todo esto no podía resolverse con una simple disculpa. Intenté dar un paso atrás, pero el escritorio del club de lectura se hallaba justo detrás de mí, y no pude retroceder. El espacio entre nosotros se cerró aún más, y, de alguna manera, nos quedamos ahí, uno frente al otro, sin poder apartarnos.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado de una energía extraña. Damian, al aproximarse, no parecía darse cuenta de lo cerca que estaba de mí. De repente, su mirada cambió. Durante un breve segundo, sus ojos se deslizaron de mis ojos a mi boca, de una manera tan sutil que, si no estuviera tan cerca, no me habría dado cuenta. Pero lo vi. Su mirada recorrió mis labios antes de regresar a mis ojos, como si, por un momento, algo inexplicable hubiera pasado entre nosotros.

No pude evitar sentir un nudo en el estómago al darme cuenta de lo cerca que estábamos. Mis palabras, que aún intentaba mantener firmes, se desvanecieron, y el silencio que quedó fue denso y

pesado.

—¿Vas a seguir mirándome así? —pregunté, intentando recuperar algo de control, pero mi voz sonó más suave de lo que esperaba. No sabía si me estaba burlando de él o si realmente quería saber lo que estaba pasando por su cabeza.

Damian no respondió de inmediato. Se quedó allí, mirándome, y por un momento, no supe qué hacer. No sabía si quería seguir peleando o qué.

Finalmente, él dio un paso atrás, solo uno, lo suficiente para que la tensión entre nosotros se aligerara un poco. Pero aún estábamos muy cerca, *demasiado* conectados.

—Lo siento, Bennet —dijo con suavidad—. A partir de ahora no te decepcionaré. Haré este proyecto y me lo tomaré en serio, y seré valiente aceptando lo que sea, como debe ser. Pero... ¿puedes darme un poco de tiempo?

Me quedé mirando su rostro, todavía sin saber qué pensar. Su mirada me decía que, aunque no lo entendiera completamente, había algo en él que estaba dispuesto a cambiar.

—Supongo —respondí finalmente con voz temblorosa antes de marcharme.

Mi corazón latía más rápido de lo que nunca me habría imaginado. Intenté entender las últimas palabras que me había dicho. Las comprendía todas salvo unas:

«Seré valiente aceptando lo que sea…», me había dicho.

¿Qué había en un proyecto de literatura para que Damian Carter tuviera que ser valiente?

Y aunque no lo entendía, sabía que esas palabras, su presencia, sus ojos, y su cercanía tenían el poder de desordenar mi mundo y que ya nada sería como antes.

Capítulo 5

Curiosidad silenciosa

Habían pasado varios días desde la última vez que Damian y yo hablamos en el club de lectura, y la verdad, el trabajo para el proyecto seguía estancado. Habíamos acordado que pronto decidiríamos un día para empezar, pero hasta ahora no habíamos hecho nada más que intercambiar algunas miradas durante las clases. Eso era todo. No había avances, no había colaboración, solo silencio. Y, aunque yo intentaba no pensar en eso, mi intuición me decía que, tal vez, al final no iba a salir adelante.

Damian me había pedido tiempo y se lo había concedido, aunque no entendía muy bien para qué lo necesitaba. Así que me dije a mí misma que tenía que observarlo para comprenderlo.

De igual modo que a una rana del laboratorio de ciencias.

Descubrí que estaba en todas partes, como si el destino me lo pusiera siempre en el camino para completar mi *investigación*. En la cafetería, lo veía sentado con su grupo de amigos y me daba cuenta de que su risa sonaba a través del bullicio. En el campo de rugby, lo veía corriendo de un lado a otro, con una concentración

impresionante, siempre seguro de sí mismo. Por algo era el admirado capitán del equipo de rugby al que todos seguían sin dudar.

Con cada día que pasaba observándolo, más crecía mi curiosidad hacia él y más me preguntaba cuánto tiempo necesitaría para que nos juntáramos para el proyecto.

A veces, cuando pasaba junto a él en los pasillos, sentía que había algo en el aire entre nosotros, y aunque nuestras miradas se cruzaban, no nos decíamos nada. Justo como antes de que nos emparejaran para el proyecto.

Más de una vez me moría por dirigirme a él, pero nunca lo hacía. Eso requería un valor que alguien como yo no había tenido nunca. Y era frustrante.

Sophia, por supuesto, no tardó en darse cuenta de lo que me sucedía. Un día, en la cafetería, mientras nos sentábamos a comer, me observó con una sonrisa pícara.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —dijo, señalando discretamente a Damian, que estaba al otro lado del comedor—. Lo miras como si fueras una niña curiosa frente a una pecera llena de pececitos tropicales. Está claro que te intriga.

Me giré hacia ella, un poco sorprendida por su observación, pero no pude negar que tenía razón. Algo en Damian me atraía, aunque no quisiera admitirlo.

—No es eso —respondí, tratando de restarle importancia, aunque no pude evitar ruborizarme un poco—. Es solo... que no entiendo qué pasa con él. Ni siquiera hemos avanzado en el proyecto. Me pidió tiempo después de decirme que sería valiente, y los días se suceden y ahora no sé si es que pasa de colaborar o qué.

Sophia arqueó una ceja, sonriendo con ese aire de complicidad que siempre tenía cuando quería darme un consejo que no pedía.

—¿Es que no te has dado cuenta de que es el chico más atareado de todo el instituto? Es el mejor de la clase —empezó a enumerar—, el capitán del equipo que entrena cuatro tardes a la semana y juega cada sábado, y eso por no decir que todo el mundo lo invita a sus fiestas.

—¿Fiestas?

—Sí, Clara, sí. A nosotras no nos llegan esas invitaciones, pero muchos de nuestros compañeros pasan tiempo juntos también fuera de estas paredes. Sobre todo, los fines de semana. Y, obviamente, el *chico de oro* no falta a ninguna de ellas. Así que yo calculo que… —adoptó un aire pensativo— tiene más o menos media hora libre para dedicarte. No esperes más que eso.

Las palabras de mi amiga me consternaron. ¿Media hora a la semana para avanzar en el proyecto? Eso suponía que el trabajo final sería un fiasco o que yo tendría que ocuparme de casi todo para sacarlo adelante de una manera más o menos decente.

Y, por supuesto, el *chico de oro* se llevaría todo el mérito.

La idea me fastidió el resto del día y no dejé de darle vueltas a qué debía hacer. ¿Tenía que empezar a trabajar por mi cuenta para que los plazos no se nos echaran encima? ¿Debería hablar con la señora Halliday y exponer mis quejas sobre la falta de responsabilidad de mi compañero?

Pronto descarté la segunda idea, puesto que sospechaba que mi profesora sentía cierto favoritismo hacia la familia Carter y se pondría de su parte.

Tras un día largo, el sol ya comenzaba a ponerse cuando decidí salir con mi chihuahua. Mi pequeño amigo peludo siempre me acompañaba en mis momentos de reflexión, y aquella tarde necesitaba replantearme muchas cosas. Decidí caminar cerca del faro, un lugar tranquilo donde rara vez había gente. A menudo, me

ayudaba a despejar la mente, especialmente cuando me sentía atrapada en pensamientos que no quería tener.

El aire fresco del atardecer me acariciaba la cara mientras caminaba por el sendero, con el Señor Darcy correteando alrededor de mis pies. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no noté que alguien venía corriendo en dirección contraria. Al levantar la vista, casi me di de bruces con Damian. Llevaba ropa de deporte, con una camiseta ajustada y unos auriculares puestos. Su expresión estaba concentrada, como si el mundo a su alrededor no existiera.

El Señor Darcy, que tenía debilidad por corredores, carteros y aspiradoras, no pudo dejarlo pasar. Al verlo, comenzó a ladrar furiosamente, saltando y correteando alrededor de sus pies.

—¡Señor Darcy, no! —grité, intentando que mi chihuahua se calmara, pero él, como siempre, tenía su propia agenda—. ¡Para!

Damian se detuvo de golpe, mirando al pequeño chihuahua, que no dejaba de ladrarle. Me sonrió, levantando una mano en un intento de calmar a mi perro.

—No te preocupes, está bien —dijo, riendo un poco mientras observaba el caos que había causado el Señor Darcy—. ¿Tu mascota es siempre tan ruidosa?

—¡Lamentablemente, sí! —respondí avergonzada mientras me inclinaba para intentar calmarlo—. Siempre hace lo que quiere.

Damian se agachó un poco, sonriendo mientras miraba a mi perro con una expresión divertida. Sin pensarlo, extendió su mano hacia él, que, para mi sorpresa, dejó de ladrar y se acercó con cautela.

—Bueno, parece que le he caído bien —comentó, mientras el Señor Darcy olisqueaba su mano antes de lamerle un dedo.

No pude evitar reír. La escena era ridícula, y en ese momento, todo a lo que había estado dándole vueltas en mi cabeza sobre el proyecto, sobre él, se desvaneció un poco.

—Parece que sí. —Sonreí, sintiendo una extraña sensación de alivio al ver que, aunque fuera por un segundo, había algo normal entre nosotros—. ¿Vienes a correr todos los días por aquí?

Damian asintió, mientras se levantaba nuevamente y comenzaba a estirar los músculos de sus piernas.

—Sí, me gusta venir aquí después de entrenar. Es tranquilo, y puedo despejar la mente. —Se detuvo un momento, mirando el faro a lo lejos—. Y, por supuesto, es un buen lugar para evitar a la gente.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro al darme cuenta de que, de alguna forma, compartíamos ese deseo de soledad y tranquilidad. No tenía mucho en común con él, pero, en ese instante, parecía que la vida tenía algo de irónico. Éramos dos personas completamente diferentes, pero de alguna manera, nos encontrábamos en ese lugar, en ese momento, compartiendo la misma calma.

Mi chihuahua, por supuesto, no tardó en saltar de nuevo sobre Damian, tratando de mordisquear el borde de sus pantalones cortos.

—¡Señor Darcy, no! —grité de nuevo, mientras intentaba atraparlo.

Damian, al ver mi lucha con el chihuahua, rio suavemente.

—¿En serio se llama como el protagonista de *Orgullo y prejuicio*?

—Sí —respondí al tiempo que agarraba a mi traviesa mascota, que aún se retorció un poco entre mis manos y lanzó dos pequeños ladridos de protesta.

—Parece que quiere tener la última palabra —dijo con un tono relajado, mirándome con una ligera sonrisa.

Después de que el Señor Darcy dejara de ladrar y se calmara al comprender que los pantalones de Damian no estaban a su alcance, la tensión entre nosotros se deshizo lentamente. Los dos nos quedamos mirándonos, sin prisa, como si el mundo a nuestro alrededor fuera un poco más lento de lo habitual. En ese instante, el

aire fresco del atardecer y el sonido de las olas golpeando las rocas nos envolvieron en una burbuja de tranquilidad.

—Buen chico, Señor Darcy —dijo Damian acariciando con ternura la cabeza de mi perro, que lo contempló embelesado.

Hasta mi incontrolable chihuahua había caído en los encantos de Damian Carter. ¡Qué injusticia!

—¿También se te dan bien los perros?

Damian sonrió de nuevo, esbozando una sonrisa genuina que iluminó su rostro, que lució completamente distinto a ese aire distante que solía mostrar.

—¿También? Si no te conociera, Bennet, diría que me acabas de alabar.

—Bueno —dije sonrojada—, seguro que ya sabes que dicen que eres el chico perfecto. Solo repito lo que oigo por ahí.

—Ah, claro —dijo, encogiéndose de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. No sé si se me dan bien o no, pero cuando era más pequeño, tenía uno que... —Se detuvo un momento y su expresión cambió ligeramente, como si un recuerdo agridulce se asomara a su mente—. Bueno, ya no está.

No dije nada. Su tono me hizo sentir que había mucho más detrás de esa simple afirmación. Algo más personal que no quería decir en voz alta. En lugar de presionarlo, decidí seguir la corriente, aceptando el silencio con la misma facilidad que él lo hacía.

En ese momento, dejé al Señor Darcy en el suelo y se alejó un poco, correteando hacia las rocas para olisquear con renovado interés algo que había encontrado.

—Bueno, pues yo sigo con mi paseo —añadí con intención de despedirme—. Nos vemos en clase.

No había dado ni dos pasos cuando me llamó.

—¡Bennet!

Me volví y, al contemplarlo, me quedé sin aliento. Damian no se había movido, pero parecía que el sol de la tarde hubiera decidido posarse solo sobre él al tiempo que la brisa marina revolvía su cabello dorado, despeinándolo de una forma tan natural que parecía hecha a propósito.

Por primera vez, me detuve a observarlo de verdad, sin miedo a que me descubriera.

Su rostro era perfecto, marcado por una mandíbula firme y unos pómulos altos, de esos que parecían esculpidos con precisión. Pero lo que más me desconcertó fueron sus ojos. Bajo la luz del atardecer, su color parecía menos frío, menos impenetrable. Eran de un azul profundo, pero con tonos dorados que atrapaban la última luz del día, como si el cielo mismo se reflejara en ellos.

—¿Sí? —fui capaz de articular.

—¿Te importa si me quedo un rato contigo y con el Señor Darcy? No tengo ganas de regresar a casa todavía.

Asentí, aunque no me podía creer lo que me acababa de pedir. Con un par de zancadas se plantó a mi lado sonriente y ambos recorrimos el sendero que conducía hasta el espigón siguiendo los pasos de mi chihuahua.

Cuando llegamos al final, tomamos asiento en una de las rocas. Damian se sentó a mi lado, más cerca de lo que me podría haber imaginado tan solo unos días cuando lo observaba por los pasillos del instituto. No me aparté, pero, de repente, fui extrañamente consciente de mi cuerpo y del suyo, e incluso podía percibir su aroma, algo que no ayudó a que me relajara.

—¿Qué hace el Señor Darcy?

Dirigí mi atención hacia mi perro, que estaba sobre una roca al borde del agua. Estaba con los ojos cerrados olfateando el aire cargado de sal y olor a mar.

—Siempre hace lo mismo —le respondí—. Creo que en otra vida fue marinero.

—Pensaba que en otra vida habría sido un marqués de la regencia.

—No dudes que también lo fue —le respondí con una sonrisa—. Tendrías que verlo con un esmoquin que le ha comprado mi prima. Refinado y elegante.

Damian se echó a reír y me quedé paralizada al descubrir cómo su expresión cambiaba por completo. Sus ojos, que normalmente tenían ese brillo desafiante, se entrecerraban ligeramente, y la curva arrogante de su boca se transformaba en algo que no tenía derecho a ser tan... encantador. Era el tipo de risa que hacía que todo a su alrededor pareciera más ligero, como si, por un instante, no existieran las preocupaciones.

Y lo peor era que hacía que algo en mi estómago revolotease de una forma que no quería analizar demasiado.

El sonido de su risa aún flotaba en el aire cuando se pasó una mano por el cabello, despeinándolo más de lo que ya estaba.

—Un esmoquin, ¿eh? —dijo con diversión—. Me cuesta imaginarlo.

—Créeme, le queda mejor que a muchas personas que conozco —respondí sin pensar.

Damian arqueó una ceja, con esa media sonrisa suya que me sacaba de quicio.

—¿Me incluyes en ese grupo?

Mi cerebro tardó un segundo en procesar lo que acababa de decir. Mi mirada, traicionera, recorrió su figura. Su camiseta era tan ajustada que marcaba sus hombros anchos, sus pantalones cortos dejaban ver unas piernas fuertes y su cabello rubio, revuelto por el viento, parecía diseñado específicamente para que no pudiera ignorarlo.

No. No. No.

Sacudí la cabeza como si así pudiera borrar el pensamiento.

—No he dicho eso —me apresuré a aclarar, sintiendo mis mejillas arder—. Pero, bueno, supongo que sabes que te ves… aceptable siempre.

Damian se inclinó ligeramente hacia mí.

—¿Aceptable?

—Sí, pero no dejes que se te suba a la cabeza —respondí con rapidez, evitando mirarlo directamente.

Pero su sonrisa se ensanchó.

—O sea, que sí lo has pensado.

—¡No!

—Bennet, eso sonó muy a la defensiva por tu parte.

—¡Porque no lo he pensado!

Él no respondió de inmediato. Solo se quedó observándome, con una expresión que me puso aún más nerviosa. Sentía su mirada fija en mí, como si intentara leer mi mente. Como si ya supiera que estaba mintiendo.

El Señor Darcy, aparentemente ajeno a mi crisis interna, eligió ese momento para ladrar y corretear entre nosotros, exigiendo atención.

Suspiré, aliviada por la distracción.

—Bueno, pues es hora de seguir caminando —anuncié mientras me ponía de pie.

Pero justo cuando estaba a punto de dar un paso, Damian habló.

—¿Por qué siempre huyes cuando te incomodas?

Me detuve en seco.

—No huyo —dije sin girarme.

—Sí lo haces. Prefieres pelear antes de admitir que, en el fondo, no me odias tanto como dices.

Me giré con los brazos cruzados, fulminándolo con la mirada.

—¿Y tú? ¿Por qué siempre actúas como si nada te afectara?

Damian no respondió de inmediato. Por un momento, pensé que esquivaría la pregunta, que haría un chiste o cambiaría de tema. Pero, para mi sorpresa, suspiró y miró hacia el horizonte.

—Porque si dejas que la gente vea lo que realmente sientes, pueden usarlo en tu contra.

Sus palabras me tomaron desprevenida. No sonó como una broma. Sonó… real.

No supe qué decir. Por primera vez, la arrogancia habitual de Damian pareció desvanecerse, dejando al descubierto algo que no encajaba con la imagen del chico de oro del instituto.

El viento sopló con suavidad, y por un instante, el mundo pareció ralentizarse.

—Bennet —dijo finalmente, su voz más baja—, ¿tú qué opinas de mí en realidad?

Me quedé en silencio. ¿Qué opinaba de él? Que era irritante. Que me sacaba de quicio. Que parecía disfrutar poniendo a prueba mis límites. Pero también…

Que era inteligente. Que me descolocaba con sus respuestas. Que, cuando se reía de verdad, su expresión se transformaba en algo que no esperaba.

Y que, en este preciso instante, su mirada tenía un peso que me hacía difícil respirar.

—Opino… —tragué saliva—. Opino que deberíamos seguir con nuestro paseo.

Fue la peor respuesta posible, lo supe en cuanto la dije. Pero no estaba lista para otra cosa.

Damian me observó por un segundo más y luego sonrió, como si ya hubiera esperado esa respuesta.

—Claro, Bennet —dijo con un deje de burla en su tono—. Lo que

tú digas.

Y así, como si nada hubiera pasado, comenzamos a caminar de nuevo, con el Señor Darcy correteando a nuestro alrededor.

Pero algo había cambiado.

Y aunque intentara ignorarlo, no podía dejar de sentir que, tarde o temprano, iba a tener que enfrentar lo que fuera que se estaba formando en mi corazón.

Capítulo 6

Club de lectura para dos

Cuando aquel día llegué al club de lectura, Damian ya estaba en el interior. Me detuve en la puerta, sorprendida. No porque estuviera allí —después de todo, habíamos quedado en encontrarnos—, sino porque nunca lo había visto antes que yo en ningún lado. Siempre tenía esa actitud de *llegar cuando quiero*, así que encontrarlo ya sentado en una de las mesas, con su mochila al lado y un libro en las manos, me descolocó.

Él ni siquiera levantó la vista cuando entré.

—¿Cómo es que hoy has llegado antes? —pregunté, acercándome con cautela.

—No tenía nada mejor que hacer. —Pasó una página de su libro con aire despreocupado.

Lo miré con escepticismo. Había comprobado que era un tipo ocupadísimo, así que esos minutos de adelanto le habrían supuesto algún tipo de esfuerzo, estaba segura.

—¿No será que has llegado antes porque te sientes culpable por haberme dejado plantada la última vez?

Esta vez sí que me miró. Su boca se curvó en una media sonrisa que me fastidió más de lo que debía.

—¿Culpable? —repitió, apoyándose en el respaldo de la silla con una expresión de falsa inocencia—. ¿Yo? No.

Resoplé y dejé mi mochila en la mesa, sentándome frente a él.

—Está bien, lo que tú digas —dije, decidiendo no darle más vueltas—. Vamos a empezar.

Saqué mi cuaderno, mi ejemplar de *Orgullo y Prejuicio* y varios *post-it* que había preparado para organizar las ideas. Damian, en cambio, solo tenía su libro y nada más.

—¿Dónde están tus notas? —pregunté, alzando una ceja.

Él dio un golpecito con el dedo sobre la portada de su libro.

—Aquí.

—¿Qué significa eso?

—Que tengo todo en mi cabeza.

—Damian... —solté un suspiro exasperado—. ¿En serio no has traído ni una sola anotación ni sugerencia?

—Te lo juro, Bennet. Todo aquí. —Se señaló la sien con el índice, como si eso fuera suficiente para convencerme.

Era oficial: este ensayo iba a ser un infierno.

—Muy bien, genio, entonces dime —crucé los brazos—, ¿cuál crees que es el conflicto principal de *Orgullo y Prejuicio*?

Damian apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos, mirándome con una expresión de quien acepta un desafío.

—El título lo dice todo, ¿no? Orgullo. Prejuicio. Dos personas que no pueden verse sin querer golpearse, pero que terminan enamorándose de todos los modos. —Se encogió de hombros—. Básicamente, la historia de nuestras vidas.

Parpadeé.

—¿Perdón?

Él sonrió.

—Lo que digo es que, si tú fueras Elizabeth Bennet y yo fuera Darcy, tendríamos un final asegurado.

Sentí un calor inexplicable en la cara.

—¡Eso no tiene sentido! —me obligué a responder—. Darcy no es un jugador de rugby arrogante que deja plantada a Elizabeth en un trabajo importante.

—Pero sí es un tipo orgulloso que no sabe cómo expresar lo que siente.

Me quedé en silencio. Damian tomó el libro y lo abrió al azar, hojeándolo sin prisa.

—Lo que digo es que todo el mundo cree que Darcy es un cretino, pero, en realidad, solo es malo para socializar. Y cuando Elizabeth lo rechaza, en lugar de insistir como un imbécil, cambia su comportamiento. Se vuelve mejor. No lo hace para impresionarla, sino porque ella le mostró que estaba equivocado.

Lo miré fijamente. No podía creerlo.

—¿Leíste el libro?

Damián levantó la vista, con una ceja arqueada.

—¿Creíste que no lo haría?

—Pensé que leerías el resumen en internet.

—Eso me dolió, Bennet. —Puso una mano en el pecho, con expresión ofendida.

No pude evitar sonreír. Era una mala señal que me hiciera sonreír. Respiré hondo y volví a centrarme en el ensayo.

—Está bien, entonces, si dices que el conflicto principal es el orgullo y los prejuicios de cada personaje, ¿cómo crees que eso se refleja en la actualidad?

Damian se apoyó en la mesa, entrecerrando los ojos.

—La gente sigue siendo igual. Vemos lo que queremos ver.

Escuchamos lo que nos conviene. ¿No te pasa que conoces a alguien y en los primeros cinco segundos ya decides si te cae bien o mal?

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

—Exacto. Y la mayoría de las veces estamos equivocados.

No supe qué decirle.

—Anota que tengo razón en el ensayo, Bennet.

—Espera. —Lo miré con sospecha—. ¿No piensas escribir tú también?

—Yo hablo, tú anotas. Es un buen trato.

—¡Claro que no! —repliqué.

Pero él solo rio, inclinándose hacia atrás en su silla, como si se estuviera divirtiendo con mi reacción. Cerré los ojos y conté hasta tres.

Este ensayo iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Suspiré, sabiendo que pelear con él sobre el método de trabajo solo me haría perder tiempo. Si quería que esto avanzara, iba a necesitar un poco de paciencia… y quizás un poco de estrategia.

—Está bien, Carter —dije llamándolo por su apellido también—. Te dejaré hablar y yo escribiré… por ahora. Pero en algún momento te tocará redactar también.

—¿Qué clase de trato es ese? —protestó, apoyando un codo en la mesa y observándome con esa sonrisa engreída que me sacaba de quicio.

—Uno en el que no te haces el vago y realmente contribuyes —repliqué con firmeza, mientras tomaba mi bolígrafo y anotaba algunos puntos en mi libreta—. Ahora, ¿qué opinas de la transformación de Darcy?

Damian hizo una pausa, como si realmente estuviera pensando en su respuesta.

—Creo que es alguien que aprende a escuchar, ¿no? Al principio cree que tiene todas las respuestas, que su visión del mundo es la correcta. Pero cuando se da cuenta de que está equivocado, cambia. No lo hace de inmediato, pero lo hace.

Me sorprendió la gravedad con la que lo dijo.

—Exactamente —murmuré, sin evitar sonreír un poco—. Al final, Austen no solo habla de amor, sino de cómo las personas pueden crecer y cambiar cuando se les da la oportunidad.

—Interesante… —Damian apoyó la barbilla en una mano, observándome con intensidad—. ¿Crees que todos pueden cambiar?

Su pregunta me tomó desprevenida. Lo miré con desconfianza.

—Depende. Hay quienes no quieren hacerlo.

—¿Y si alguien quiere, pero no sabe cómo?

Sus palabras me parecieron más personales de lo que deberían. Mi instinto me dijo que no solo hablaba del libro, pero no quise indagar. No teníamos tanta confianza.

—Supongo que necesita a alguien que lo rete —dije con sinceridad —. Como Elizabeth hizo con Darcy.

Damian asintió lentamente, como si mis palabras tuvieran sentido.

Por un momento, solo se escuchó el suave recorrido de mi bolígrafo sobre el papel. La atmósfera entre nosotros había cambiado. Ya no se asemejaba a una pelea constante, sino a algo casi tranquilo.

Pero, por supuesto, la paz no podía durar.

—Bennet —me llamó Damian de repente, con un tono ligero.

—¿Qué?

—Creo que ya sé por qué la señora Halliday nos eligió. Fue porque no solo compartes apellido con la heroína de Jane Austen, también carácter.

Parpadeé, confundida.

—¿Qué tiene que ver eso con…?

—Solo digo que, técnicamente, eso haría de mí… tu Darcy.

Me quedé en silencio. Mi corazón, traicionero, dio un brinco.

Damian me sostuvo la mirada con un brillo divertido en los ojos, claramente disfrutando de mi reacción.

—No seas ridículo —solté, cerrando mi libreta con más fuerza de la necesaria—. No eres mi Darcy.

—Mmm, ¿segura? Porque hemos pasado de despreciarnos a trabajar juntos en un proyecto literario… Y quién sabe qué podría pasar después.

—Carter, si fueras Darcy, lo primero que harías sería escribir una carta larga y muy dramática explicando por qué te crees mejor que yo y que mi familia.

—Podría hacerlo si quieres —bromeó, apoyándose en la mesa—. Pero dudo que tengas tiempo para leerla, con todas las horas que pasas pensando en mí.

Lo fulminé con la mirada, sintiendo cómo mis mejillas ardían.

—Eres imposible.

—Y tú te diviertes más cuando peleamos —dijo con una sonrisa ladeada—. Admítelo, Bennet.

No lo haría. ¡Ni en un millón de años!

Pero cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo, fue diferente. Descubrí un atisbo en sus ojos que no tenía que ver con la burla o la arrogancia. Algo que, si no me andaba con cuidado, podría empezar a gustarme.

Carraspeé, recuperando la compostura.

—Sigamos con el ensayo.

—Lo que digas, Elizabeth.

No lo golpeé con el libro de *Orgullo y prejuicio*. Pero estuve francamente muy tentada.

***

Había días en los que lo único que necesitaba era el olor a papel viejo y el silencio cómplice de una librería con alma. En Seabrook, ese lugar era El rincón de las páginas, una tienda pequeña pero encantadora en la calle principal, con escaparates decorados con citas literarias y farolillos de papel colgando del techo.

Entré como quien vuelve a casa.

La campanilla de la puerta tintineó y la señora Penélope, la dueña, alzó la vista desde detrás de una pila de libros encuadernados en tela.

—¡Clara Bennet! Justo cuando estaba pensando en ti.

—¿De verdad? ¿O eso se lo dices a todos las clientas que poseen una indiscutible aura de protagonista de novela inglesa?

Ella soltó una risa cálida y me indicó que pasara.

—¿Tu dosis habitual de Austen o vas a dejar que te convenza con algo más moderno esta vez?

—No tengo arreglo —dije, acariciando el lomo de una edición antigua de *Emma*—. Austen sigue siendo mi lugar seguro.

Nos sentamos en el rincón de lectura, rodeadas de cojines, mantas tejidas a mano y una lámpara con pantallas de flores marchitas que parecían sacadas de un *cottage* inglés. La señora Penélope me ofreció un té en su taza favorita de porcelana ajada, la que decía «*You have bewitched me, body and soul*»[1].

—Estoy escribiendo un ensayo —le conté—. Es para un concurso literario. Sobre *Orgullo y prejuicio*.

Sus ojos brillaron con emoción.

—¡Por fin algo que honra a los clásicos! ¿Y lo estás haciendo sola?

Tragué saliva.

—Con alguien del instituto. Carter. Damian Carter.

Un silencio cargado flotó entre nosotras.

—El chico del equipo de rugby —dijo al fin.

—Ese mismo. No es... exactamente un lector habitual.

Ella sonrió.

—A veces, los mejores lectores empiezan por los libros más difíciles. O por las personas adecuadas.

No supe qué contestar. Me refugié en el té y en un cómodo silencio compartido. Fue entonces cuando la campanilla de la puerta volvió a sonar.

Y entró él, con el pelo revuelto, una chaqueta deportiva abierta y su mochila colgada despreocupadamente de un hombro.

Lo miré, confundida.

—¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros, con una media sonrisa que parecía improvisada.

—Buscaba *Persuasión*. Dijiste que era tu segundo libro favorito.

La señora Penélope nos observó como quien está en primera fila de una comedia romántica.

—La sección de clásicos está al fondo, junto al radiador. Si necesitas ayuda para encontrar los sentimientos adecuados, Clara puede ayudarte.

Puse los ojos en blanco. Damian sonrió más abiertamente.

—¿Te molesta si me quedo un rato? —preguntó.

—Es una librería, no mi casa.

Pero en mi interior, mi corazón se agitó. Nos sentamos al fondo, junto al radiador, rodeados de ediciones desgastadas y ese silencio acogedor que solo se encuentra en librerías pequeñas. Damian hojeaba *Persuasión* mientras yo leía en voz alta algunas de mis partes favoritas, sin mirarlo directamente.

—¿Sabías que Anne Elliot es uno de los personajes más

melancólicos de Austen? —le dije, jugando con el borde de una hoja.

—Tiene sentido. Hay algo en ella que... no sé, se parece a ti. En lo de observar mucho y hablar poco. —Levantó la vista con una sonrisa ladeada.

—¿Y eso es algo bueno?

—Para mí, sí. Me gusta cuando hablas. Pero también me alucina cuando te quedas callada y piensas cosas que probablemente no me vas a contar.

Solté una risa suave.

—¿Estás intentando leerme como si fuera una novela?

—Algo así. Aunque admito que tienes más páginas que los libros del club de lectura.

Hubo una pausa. Una de esas cómodas. De esas que no dan ganas de romper.

—¿Y tú? —pregunté de pronto—. ¿De verdad viniste por *Persuasión*?

Damian bajó la mirada.

—No. Vine porque sabía que estarías aquí.

El silencio volvió. Pero esta vez era cálido, como un abrigo que alguien pone sobre tus hombros cuando no lo pides.

—No esperaba que dijeras eso.

—Yo tampoco esperaba decirlo.

Nos quedamos allí un rato más, sin prisa. Hablamos de libros, de profesores, de lo que pensábamos del ensayo. Hablamos de cosas pequeñas, cotidianas. Y cada palabra, cada gesto, me hacía sentir menos como Clara la solitaria y más como Clara la chica que estaba conociendo a alguien de verdad.

Cuando salimos, el sol ya bajaba sobre las calles de Seabrook y los faroles del centro se encendían como tímidas luciérnagas.

Y por primera vez desde que todo comenzó, supe que quizás este

ensayo iba a traerme cosas buenas.

Capítulo 7

Ser parte de otro mundo

—¿Perdón? ¿Qué has dicho? —Podía haberla oído mal, pero la expresión emocionada de Sophia me confirmó que no.

—Nos han invitado a la fiesta de inicio de curso en casa de Summer —repitió, agitando su teléfono frente a mí como si fuera una entrada dorada a la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

—¿Nos han invitado? —Parpadeé, sin comprender del todo sus palabras—. ¿Al acontecimiento por excelencia de septiembre?

—Sí —reiteró mi amiga.

—¿La misma Summer que nunca nos ha dirigido la palabra si no es para burlarse?

—La misma —confirmó Sophia con una sonrisa triunfal.

Cerré mi libro de golpe y la miré fijamente.

—Esto es una trampa.

—¡Clara! —me recriminó.

—O una equivocación —continué, ignorando su queja—. Sí, quizás se equivocó de número.

—No se equivocó. Me escribió *directamente*. —Agitó de nuevo el

móvil ante mis ojos con la aplicación de mensajes abierta.

—Entonces es una broma. O un experimento social. ¿Conoces esas películas donde los populares invitan a la *nerd* a una fiesta solo para humillarla?

—Por Dios, Clara, no estamos en los noventa. Ni esto es *Carrie.*

—Bueno, entonces dime, ¿por qué nos invitaría justo a nosotras?

Sophia se mordió el labio inferior con diversión, y su sonrisa se ensanchó cuando respondió:

—Porque, al parecer, Damian habló bien de ti.

Sentí un vuelco en el estómago.

—¿Qué?

—Summer dijo, y cito textualmente, que «Damian cree que eres interesante y que sería bueno que salieras de los libros un rato».

—Eso no tiene ningún sentido. —Solté una carcajada incrédula.

—Pues parece que para él sí —respondió con una mirada significativa.

Traté de procesarlo, pero no encontraba ninguna lógica. Por alguna extraña razón, Damian Carter había hablado bien de mí. Eso ya era un milagro de por sí, pero que Summer me invitara a su fiesta por eso …

—Sigo pensando que esto es sospechoso —añadí.

—O podemos pensar que es una oportunidad —replicó Sophia, entrecerrando los ojos—. Vamos, Clara. Es la fiesta de inicio de curso. Es la gran bienvenida al año escolar. La única que realmente importa.

—Para *ellos*.

—Y ahora nosotras somos parte de ese *ellos*, al menos por una noche.

Suspiré, frotándome las sienes. Sabía que mi amiga no iba a dejarlo pasar. Y aunque una parte de mí quería decir que no, otra

parte no estaba tan segura.

Después de todo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

—Está bien —murmuré finalmente—, pero si esto termina siendo una pesadilla en la que acabamos cubiertas de sangre como en un libro de Stephen King, te lo recordaré por el resto de tu vida.

—¡Genial! —Sophia aplaudió—. Ahora, a elegir qué vas a ponerte.

—¿Qué?

—Clara, es LA fiesta. No puedes ir con vaqueros y tu suéter de «Preferiría estar leyendo».

—¿Y si no quiero llamar la atención? ¿Te lo has planteado, querida amiga?

—Entonces elegiremos un estilo discreto.

Puse los ojos en blanco. Pero, en el fondo, aunque no quería admitirlo una parte de mí sentía algo más que nervios. Después de lo que había dicho Damian, tenía que ir y averiguar por qué lo había hecho.

Capítulo 8

Bienvenidas a la jungla

La casa de Summer no solo era enorme, sino que en ese momento parecía el epicentro de un ritual de iniciación para la élite del instituto. La mansión de los Stephenson —porque, claro, Summer pertenecía a una de esas familias de apellido con solera y billetera abultada— brillaba bajo la luz de las farolas del vecindario, con sus ventanales abiertos dejando escapar destellos de colores al ritmo de la música que provenía del interior.

A lo largo de la acera, varios coches de lujo, desde deportivos negros, camionetas con cristales polarizados, incluso un descapotable rojo —que, por la matrícula, reconocí como el de Derek Shaw, uno de los jugadores estrella de los SeaLions y niño de papá por excelencia— ocupaban cada espacio disponible.

La entrada principal estaba flanqueada por un par de columnas de piedra blanca, iluminadas con luces doradas que le daban a la fachada un aire casi cinematográfico, como si en lugar de entrar a una casa estuviéramos a punto de pisar una alfombra roja en Los Ángeles. A pesar de la distancia, podíamos escuchar cómo la música

explotaba en bajos vibrantes: una canción pop pegajosa que, seguramente, estaba en el primer lugar en las listas de reproducción de Spotify y era viral en TikTok y que yo, obviamente, nunca había escuchado.

Me detuve en la acera, frunciendo el ceño al ver a un grupo de chicos del equipo de rugby junto a la piscina del patio lateral. Estaban en pleno jolgorio, entre carcajadas y vasos rojos de plástico, algunos sin camisa, como si esto fuera un anuncio de perfume masculino o de Ralph Lauren en lugar de una fiesta de instituto.

—Todavía podemos dar la vuelta y fingir que nunca estuvimos aquí —murmuré a Sophia, sin apartar la vista del espectáculo.

Mi mejor amiga ni siquiera me miró. Simplemente engarzó su brazo con el mío y me arrastró hacia la entrada con determinación.

—Ni lo sueñes —respondió con una sonrisa traviesa—. Nos invitaron, vamos a divertirnos.

No estaba segura de si lo decía en serio o si solo intentaba convencerme, pero su entusiasmo me impidió replicar.

La puerta estaba abierta, y en cuanto cruzamos el umbral, el ambiente nos envolvió como una ola: el olor a perfume caro, el aroma dulce de algún cóctel frutal y, en el fondo, una nota más intensa y prohibida —probablemente alcohol—, aunque en teoría no estaba permitido.

El interior de la casa era tan impresionante como el exterior. La sala principal era un espacio abierto con un techo altísimo, decorado con lámparas de cristal que reflejaban la luz en patrones oníricos sobre la gente. Los muebles habían sido apartados estratégicamente para convertir el área en una pista de baile improvisada, donde decenas de estudiantes se movían con energía, envueltos en luces de neón y en la adrenalina del comienzo de curso.

—Bienvenida a la jungla —susurré a Sophia, aunque mi voz se

perdió entre los golpes de la música.

Ella sonrió, pero su mirada recorría el lugar con una mezcla de asombro y anticipación.

—Admito que esto es un poco más intenso de lo que esperaba.

—¿Intenso? Creo que te quedas corta, querida amiga. Este lugar está sacado de uno de los círculos del infierno de Dante Alighieri.

A pesar de mi sarcasmo, algo en mi pecho se retorcía con una emoción extraña. Tal vez no encajaba en este lugar, tal vez nunca había querido hacerlo, pero no podía negar que estar en esta particular jungla tenía algo de fascinante.

Era un mundo con reglas propias. Un espacio donde los populares dominaban, y donde cada mirada, cada gesto, cada interacción parecía formar parte de un delicado juego de poder social.

Y, de alguna manera, yo había acabado ahí.

Inhalé profundamente y di un paso adelante.

Si Damian Carter realmente había hablado de mí, si esta invitación no era solo una broma cruel, entonces tenía que averiguar qué estaba pasando.

Pero, justo entonces, una voz melosa interrumpió mis pensamientos.

—Vaya, vaya… ¿Quién iba a decirlo? Clara Bennet en mi fiesta.

Me giré con el estómago encogido y me encontré con Summer Stephenson, parada a pocos metros de nosotras, sosteniendo un vaso con líquido burbujeante y una sonrisa perfectamente calculada en los labios.

Llevaba un vestido corto de diseñador, probablemente uno que costaba más que todo mi armario junto. Su cabello dorado caía en ondas perfectas sobre sus hombros, y el brillo de sus labios parecía haber sido aplicado con precisión milimétrica.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo con un destello de

evaluación. Al final me había decantado por un conjunto crema que consistía en una blusa llamada *huipil* y una falda con flores bordadas de varios colores que poseía cierto aire tehuano, en homenaje a mis raíces.

—Te ves… diferente.

Su tono era indescifrable.

—¿Eso es un cumplido o un comentario pasivo-agresivo? —pregunté, arqueando una ceja.

Summer se rio suavemente, con la facilidad de alguien que había pasado toda su vida ganando juegos que los demás ni siquiera sabían que estaban jugando.

—Solo digo que no pensé que tendrías interés en este tipo de eventos.

—No lo tengo —respondí sin dudar.

Su sonrisa se amplió, pero había algo en su mirada que me ponía en alerta.

—Ah, claro. Entonces es por Damian.

A mi lado, sentí a Sophia tensarse.

—¿Qué?

—Vamos, Clara. No seas tan inocente —dijo con una dulzura falsa —. Todos han notado lo… cercana que te has vuelto a Damian últimamente.

Mi estómago se revolvió.

—Solo estamos trabajando en un ensayo para representar al instituto, por si no estabas atenta en clase de literatura —contraataqué.

—Oh, sí. El ensayo —repitió con tono divertido, como si acabara de escuchar la excusa más ridícula del mundo—. Entonces, ¿qué haces aquí?

—Nos invitaste tú —respondí con sequedad.

Summer inclinó la cabeza con aire satisfecho, como si acabara de atrapar a una mosca en su red.

—No lo hice encantada, no te vayas a pensar. Me vi obligada porque Damian insistió en que lo hiciera. Dijo que te vendría bien salir de los libros un rato.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Así que era cierto. Damian realmente había hablado de mí. Pero… ¿por qué?

Antes de que pudiera analizarlo, Summer dio un paso más cerca, reduciendo la distancia entre nosotras con una elegancia que parecía extraía de un documental de depredadores.

—Solo quiero asegurarme de que entiendes bien las cosas, Clara. Este es nuestro mundo. Y aquí, algunas personas están destinadas a destacar… y otras solo pasan un rato antes de volver a donde pertenecen.

Su significado era claro. *No perteneces aquí.*

Abrí la boca para responder, pero una nueva voz se unió a la conversación.

—Summer, ¿no tienes mejores cosas que hacer que acosar a mi compañera de ensayo?

Mi corazón se detuvo un segundo.

Damian Carter estaba parado junto a nosotras, con su chaqueta del equipo colgada despreocupadamente sobre un hombro y esa sonrisa ladeada que parecía decir que todo lo que sucedía le resultaba entretenido.

Summer giró la cabeza y su expresión se suavizó con rapidez.

—Solo le estaba dando la bienvenida, Dami.

—Seguro. —Damian la miró con escepticismo antes de volverse hacia mí—. Bennet, pensé que no vendrías.

Tragué saliva. Entre la sorpresa de verlo y el nudo en mi estómago por lo que acababa de decir Summer, mi cerebro estaba colapsando.

—Yo… Sophia me convenció.

Damian miró a mi amiga y le guiñó un ojo.

—Buena decisión.

Sophia sonrió con diversión.

—Gracias. He hecho todo lo que he podido para arrancarla del mundo de los libros. —Y, sin que su sonrisa desapareciera, hizo una especie de reverencia hacia Damian, que respondió con un cabeceo divertido.

Summer chasqueó la lengua y, con un último vistazo cargado de significado, se giró antes de desaparecer entre la multitud. Me quedé en silencio. Luego miré a Damian.

—Así que hablaste de mí… —le dije.

—¿Hay algún problema con eso? —Él sonrió de medio lado.

—Depende. —Lo miré entrecerrando los ojos con sospecha—. ¿Qué dijiste?

—La verdad. —Se encogió de hombros.

Quise preguntarle cuál era la verdad, pero el resto de los compañeros de su equipo se echaron sobre él entre risas y palmadas en la espalda y terminaron por arrastrarlo lejos de nosotras.

—Bueno, Clara, llevamos veinte minutos en esta jungla y seguimos vivas —dijo mi amiga.

—No cantes victoria tan fácilmente —murmuré mirando a mi alrededor mientras rezaba para que las siguientes horas pasaran cuanto antes.

Capítulo 9

Verdad o humillación

No estaba segura de cómo había terminado en esa situación. Tal vez fue la insistencia de Sophia, la presión del grupo o el simple hecho de que todos los ojos estaban puestos en mí. Pero estaba sentada en el suelo de la sala principal, rodeada por al menos una docena de chicos y chicas populares, mientras una botella giraba en el centro de un improvisado círculo. Y lo peor de todo era que Summer estaba liderando el juego.

—Vamos, Bennet, ¿a qué tienes miedo? —dijo con una sonrisa reluciente—. Es solo un inocente Verdad o Reto.

Un inocente Verdad o Reto. Como si en un ambiente como ese existiera algo inocente.

Observé a Sophia, quien, aunque parecía emocionada, me lanzó una mirada de «puedes salir corriendo si quieres». Pero el problema era que, si lo hacía, le daría la victoria a Summer. Así que respiré hondo y me obligué a mantener la compostura.

—Está bien —dije con voz firme—. Juguemos.

La botella giró varias veces, y con cada maldita cada vuelta mi

tensión aumentó. Algunos retos fueron simples: beber un trago de ponche, bailar con alguien, confesar un *crush*. Otros fueron más crueles: un chico tuvo que mandar un mensaje vergonzoso a su ex, y una chica se vio obligada a besar a alguien al azar.

Luego, la botella se detuvo frente a mí.

Mi corazón dio un brinco cuando sentí todas las miradas en mí, pero la de Damian Carter, sentado a mi izquierda, fue la que más pesó.

Summer sonrió con la satisfacción de quien acaba de atrapar a su presa.

—Clara, verdad o reto.

Sabía que era una trampa. Si elegía verdad, haría alguna pregunta humillante, algo que expusiera más de lo que yo quería revelar frente a ese grupo. Si elegía reto, probablemente sería peor.

Miré a Damian de reojo. Parecía relajado, pero su mandíbula estaba tensa. Él también sabía lo que Summer estaba haciendo.

—Verdad —respondí, optando por la que creí la opción menos peligrosa.

Summer apoyó el codo en su rodilla y me observó con una mirada calculadora.

—Está bien, Bennet… dime, ¿te gusta Damian?

El aire se volvió endiabladamente denso. Algunos chicos rieron con diversión, otros soltaron expresiones de asombro.

Mis músculos se tensaron. ¡Era la peor pregunta posible!

No podía simplemente decir que no sin que sonara a una negativa demasiado defensiva, pero si titubeaba, ellos lo interpretarían de la peor manera.

Sentí la mirada de Damian clavada en mí, expectante, pero yo no iba a darle a Summer el placer de verme avergonzada.

—Dios, Summer —solté, fingiendo fastidio—, ¿eso es lo mejor que

tienes?

—Vamos, Clara, una pregunta simple. Solo di la verdad.

—Estoy segura de que, con lo avispada que eres, si me gustara tú serías la primera en saberlo —respondí con naturalidad, encogiéndome de hombros.

Hubo algunas risitas entre el grupo. Damian se echó hacia atrás mirándome de lado con una sonrisa burlona.

—¿Esa es tu respuesta?

Mi mandíbula se apretó.

—Sí.

—Interesante —fue lo único que dijo, pero su tono me hizo sentir que estaba disfrutando demasiado mi incomodidad y, por supuesto, alguien como ella no estaba satisfecha.

—Está bien —dijo girando de nuevo la botella que volvió a apuntar hacia mí.

No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero allí estaba de nuevo, metida en un lío. Sabía que, si elegía verdad, me preguntaría algo que me haría caer en su trampa, porque casi podía ver funcionando los engranajes de su cabecita rubia cavilando para vencerme.

—¿Verdad o reto, Clara?

—Supongo que… reto.

—Ajá, entonces reto, ¿eh? —dijo, con un brillo peligroso en los ojos—. Bésalo.

El mundo pareció detenerse. Sophia ahogó un jadeo, alguien silbó y varias personas se inclinaron hacia adelante con morbo.

Mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo.

—¿Qué?

—Un beso. No puede ser tan difícil, ¿o sí?

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos. Damian me miraba con

una expresión que no lograba descifrar, pero no apartó la mirada.

Sabía que, si me negaba, Summer se aseguraría de que todos lo interpretaran como un «te importa más de lo que quieres admitir». Pero besar a Damian Carter enfrente de todos, por un juego absurdo, no era una opción. No quería entregar así mi primer beso.

Mi mente trabajó rápido. Me incliné hacia adelante, sin apartar la vista de Summer.

—No, gracias —dije con voz tranquila—. No soy de las que hacen *espectáculos* para entretener a los demás.

Hubo un murmullo en la multitud. Summer entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera responder, Damian habló.

—Buen intento, Stephenson. —Su voz sonó relajada, pero había algo afilado en su tono.

—Dami, no seas aburrido. —Summer puso los ojos en blanco—. Solo es un juego.

—No. Es un espectáculo barato —respondió él sin inmutarse—. Y Bennet no es tu marioneta.

El silencio fue inmediato. Me di cuenta de que Summer se tensó. Y yo no sabía qué decir. Lo miré con sorpresa y descubrí que Damian ya se estaba poniendo de pie.

—Vamos, Bennet. Salgamos de aquí.

—¿Qué? —Sentí mi corazón detenerse un segundo cuando vi que él extendía la mano hacia mí.

—Salgamos de aquí antes de que intenten que hagas malabares también.

Se escucharos risas que hicieron que Summer pareciera aún más molesta. Sabía que tenía razón. Sabía que, si me quedaba, la velada solo iba a empeorar. Así que, sin pensarlo demasiado, tomé su mano. Y así fue cómo Damian Carter me sacó de la jungla.

Capítulo 10

Un paseo bajo las farolas

El aire nocturno me golpeó el rostro en cuanto salimos de la casa de Summer. El contraste me resultó abrumador. Atrás quedaron, por suerte, la música ensordecedora, el ruido de las conversaciones superpuestas y la sensación constante de que todos observaban cada uno de mis movimientos. Ahora, en la calle, solo se escuchaba el zumbido lejano de los grillos y el sonido amortiguado de la fiesta que seguía detrás de nosotros.

No solté la mano de Damian hasta que estuvimos a una distancia prudente. Cuando lo hice, di un paso atrás y crucé los brazos sobre mi pecho, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Bueno, eso fue…

—Patético —completó él, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Su voz sonaba tranquila, pero en su mandíbula apretada noté que estaba molesto. Lo observé por un momento. Era extraño verlo así, con el ceño fruncido y gesto serio. Normalmente, Damian Carter tenía ese aire despreocupado de alguien a quien todo le resbalaba.

Pero ahora…

—¿Estás bien? —pregunté antes de detenerme.

Él soltó un resoplido.

—¿Yo? ¿Después de ver cómo Summer intentaba humillarte en público? Claro, estoy genial.

—No fue tan grave —mentí.

Damian se detuvo y me lanzó una mirada incrédula.

—Bennet, te pidió que me besaras como si fueras su maldito títere.

La forma en que lo dijo me tomó por sorpresa. No sé por qué, pero en ese momento sentí en su voz algo parecido a enojo, pero mezclado con ¿molestia genuina? ¿Quizás incluso indignación por mí?

No supe qué responder, así que solo seguimos caminando.

El vecindario de Summer y de Damian, puesto que sabía que eran vecinos, estaba formado por decenas de casas perfectas, con jardines bien cuidados y luces tenues iluminando los caminos de entrada.

Fui consciente de que, por primera vez en toda la noche, era capaz de respirar.

—No tenías que sacarme de ahí —dije después de un rato, solo para romper el silencio.

—Sí tenía.

—Podría haber manejado la situación.

—Claro —su tono fue sarcástico—. Se te veía perfectamente cómoda en ese círculo de hienas.

Bufé. Tenía razón. Y no supe si odiarlo o adorarlo por conocerme tan bien.

—No me gustan los juegos sociales —expliqué.

—No te gustan los juegos de Summer —me replicó.

Lo miré de reojo. De repente, una extraña curiosidad me invadió.

—¿A ti sí? —me atreví a preguntar.

Damian soltó una risa seca.

—Los juegos de Summer no son lo único que odio de mi vida.

Su respuesta me sorprendió. Me atreví a contemplarlo con más atención. Su expresión parecía cansada, como si estuviera hastiado de todo ese mundo de apariencias en el que, curiosamente, él mismo encajaba tan bien.

—Si no te gustan sus juegos, ¿por qué sigues en su grupo? —pregunté con sinceridad.

—Porque a veces es más fácil ser parte de algo que pelear contra ello.

Esa respuesta no me gustó. No porque fuera arrogante, sino porque la forma en que lo dijo que sonó resignado. Herido.

—Eso es una excusa —solté antes de pensar.

Él se detuvo y me miró con curiosidad.

—¿Lo es?

—Sí. Si no te gusta, podrías simplemente alejarte. No pareces el tipo de persona que hace cosas que no quiere hacer.

Damian se quedó en silencio por un segundo. Luego, una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—Sigues sorprendiéndome por lo claras que tienes las cosas, Bennet.

—No sé si tomar eso como un cumplido o como una crítica —confesé.

—Déjame aclararlo. Es algo que admiro de ti.

Por un momento, nos quedamos en un silencio cómodo y seguimos caminando, mientras el único sonido que nos envolvía era el de nuestras respiraciones y el de nuestros pasos resonando sobre el asfalto.

¡Qué extraño! Apenas unos días atrás, la idea de estar a solas con Damian Carter en medio de la noche habría sido impensable. Pero ahora lo estábamos.

Me di cuenta de que él estaba mirando hacia el cielo, donde las estrellas titilaban por aquí y por allá.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —me preguntó. Había dulzura en su voz.

—¿Qué?

—Siempre pensé que eras la típica chica que nunca salía de su burbuja.

—¿Burbuja?

—El club de lectura, los ensayos, los libros de Jane Austen… Pensé que eras de las que miraban al resto del mundo desde lejos, creyéndose por encima del drama del instituto.

—¿Eso pensabas de mí? —Lo miré con incredulidad.

—Sí.

—Bueno, no andabas desencaminado. Soy lo opuesto a interesante, ¿a que sí?

—Discrepo.

Me detuve de golpe. Damian siguió caminando un par de pasos antes de notar que no lo estaba siguiendo. Se giró para mirarme.

—¿Qué?

—¿Discrepas?

—Sí.

—O sea, que crees que soy interesante.

Él se encogió de hombros, con esa media sonrisa suya.

—Sigues sorprendiéndome. Y eso es… interesante. —Mi corazón dio un pequeño salto. Obviamente, odié que lo hiciera. Antes de que pudiera responder, Damian metió las manos en los bolsillos y suspiró —. Bueno, creo que ya caminamos suficiente. ¿Quieres que te lleve

a casa?

Lo miré con cautela.

—¿Tienes coche?

—Por supuesto. No iba a venir en bicicleta.

Pensé en decirle que podía llamar a Sophia, pero algo en mí decidió no hacerlo.

—Está bien.

Damian sonrió y señaló con la cabeza hacia la esquina.

—Vamos, chica no interesante.

Sonreí y, por supuesto, lo seguí. Mi voluntad empezaba a flaquear ante las palabras de Damian Carter. Y eso era un problema al que pensé que nunca me enfrentaría.

Capítulo 11

Corazón traicionero

El coche de Damian era exactamente lo que esperaba: un deportivo negro con interiores de cuero y un leve aroma a menta y algo más, algo indefinible pero indiscutiblemente suyo. Cuando cerré la puerta del copiloto y me abroché el cinturón, noté que la música que sonaba en los altavoces era suave, completamente distinta a la música explosiva de la fiesta de Summer.

Era rock alternativo, con una melodía melancólica de fondo que podría gustarme. No era lo que habría imaginado que escuchara alguien como él.

Damian encendió el motor y comenzó a conducir con una facilidad casi despreocupada. La calle estaba tranquila y sin transeúntes ni tráfico.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. La fiesta parecía haber sucedido en otro mundo. Ahora solo estábamos nosotros.

—Así que… —dije, rompiendo el silencio—, ¿siempre rescatas chicas de los juegos de Summer o debería sentirme especial?

Damian soltó una risa baja, sin apartar la vista del camino.

—Solo cuando veo que alguien está demasiado cuerdo para ese circo.

—Oh, qué honor.

—Deberías sentirte halagada. No saco a cualquiera de fiestas aburridas.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír. El silencio volvió a instalarse entre nosotros, aunque esta vez no era incómodo.

Y entonces me atreví a observarlo. Me fijé en la forma en que sus dedos se apoyaban en el volante, relajados pero firmes; en la forma en que su mandíbula se marcaba bajo la luz tenue del salpicadero y en la forma en que, de vez en cuando, fruncía el ceño como si estuviera pensando cosas que no iba a decir en voz alta.

Nunca lo había visto tan tranquilo.

O tal vez nunca lo había mirado *de verdad.*

Sacudí la cabeza, obligándome a no seguir esa línea de pensamiento.

—Por cierto —dije, intentando sonar ligera—, sigues sin decirme por qué le dijiste a Summer que me invitara.

Damian no respondió de inmediato. Luego, sin apartar la vista del camino, dijo:

—¿Por qué crees que lo hice?

Fruncí el ceño.

—No lo sé. Por eso estoy preguntando —repliqué.

—¿Y si te digo que fue porque quería que fueras?

Sentí mi estómago encogerse de la emoción.

—¿Por qué?

Finalmente, giró la cabeza y me miró por un segundo. Solo un segundo. Pero suficiente para que algo se removiera dentro de mí.

—Porque tenía curiosidad —respondió.

No supe qué hacer con esa respuesta.

—¿Curiosidad?

—Ajá —me dijo tan tranquilo.

—¿Curiosidad de qué?

—De ver qué pasaba si salías un poco de tu zona de confort. —Damian sonrió con dulzura.

Abrí la boca para responder, pero me quedé en blanco. Completa y absolutamente en blanco.

No porque no tuviera nada que decir, sino porque una parte de mí se preguntó si él tenía razón. Si, en el fondo, yo también había aceptado la invitación por la misma razón. Para ver qué pasaba si salía de mi zona de confort, si por una vez me atrevía a vivir fuera de los libros.

Miré por la ventana, observando cómo pasaban las casas de un vecindario tras otro.

—Y bien, tras tu experimento, ¿has descubierto algo interesante? —le pregunté con cierta tranquilidad.

Damian giró a la derecha en mi calle antes de responder.

—Que me gusta la versión de ti que he visto esta noche.

Mi corazón dio un vuelco traicionero. La casa de mis padres apareció a lo lejos, y por primera vez en toda la noche, deseé que el trayecto hubiera sido más largo.

El coche se detuvo suavemente frente a mi entrada. Estaba tan perpleja que no me moví de inmediato. Pero ¡Damian tampoco!

El silencio entre nosotros se había vuelto más pesado, casi tangible, pero no de una forma incómoda. Era el tipo de silencio que parecía lleno de magia invisible.

Finalmente, recobré la cordura, solté el cinturón de seguridad y apoyé la mano en la puerta, pero antes de salir, lo miré.

—Gracias… por lo de la fiesta.

Él asintió, pero posó durante unos segundos de más su mirada en

la mía.

—Cuando quieras, Bennet.

No sabía qué significaba eso exactamente.

Pero sí sabía que, por primera vez en mi vida, Damian Carter me tenía totalmente confundida. Abrí la puerta, salí sin mirar atrás y cerré suavemente.

Aunque cuando llegué a la puerta de mi casa, no pude evitar girarme para comprobar que él seguía ahí. Sus ojos, brillantes bajo la luz intermitente del salpicadero, aún estaban fijos en mí. Y entonces, sonrió.

Solo sonrió.

Y mi corazón, ese traidor sin remedio, hizo algo inesperado: quiso saltar hacia él y abandonarme.

Corrí hacia dentro antes de que lo hiciera. Después de todo, regresar a casa sin corazón era algo que no podía permitirme.

Capítulo 12

Lunes de impacto (literalmente)

El lunes llegó con una rapidez injusta. Después de la fiesta, me había convencido a mí misma de que el fin de semana había sido un paréntesis extraño, un error en la simulación de mi vida rutinaria. Me repetí que el hecho de que Damian Carter me hubiera llevado a casa no significaba nada. Me convencí de que nuestra conversación en el coche era solo un intercambio de palabras sin importancia. Me recordé que él pertenecía a un mundo en el que yo no encajaba.

Pero todo ese esfuerzo se desmoronó en cuanto entré al instituto y lo vi.

Damian estaba apoyado en las taquillas, rodeado por un grupo de chicos de su equipo, con la chaqueta del equipo de rugby y su típica expresión relajada.

Y, por supuesto, me vio también.

Nuestra mirada se cruzó durante un segundo. Solo un segundo. Pero fue suficiente para que mi cerebro se desconectara por completo. Lo peor fue que él sonrió como si todavía tuviera en mente nuestra última conversación y su última sonrisa. ¡Pretendía

ver qué haría y cómo reaccionaría yo!

Por supuesto, hice lo único razonable: actué simulando que no lo había visto y caminé con la dignidad de una persona que definitivamente no había sentido mariposas en el estómago por un chico como Damian Carter.

Todo fue bien. Hasta la clase de gimnasia.

El gimnasio del instituto era un espacio amplio, con techos altos y un suelo de madera que resonaba con cada pisada. Era un infierno en la tierra para aquellos que, como yo, odiaban Educación Física.

No porque no me gustara el ejercicio, sino porque no me gustaban los juegos donde tenía que depender de otras personas para no morir golpeada por una pelota lanzada a gran velocidad.

Y eso nos conducía irremediablemente a media mañana de aquel lunes, cuando me hallaba, en medio del gimnasio, en plena clase de balón prisionero, intentando pasar desapercibida mientras el equipo contrario lanzaba balonazos con la misma energía con la que en la Edad Media se habrían disparado catapultas.

Y, por supuesto, en ese equipo contrario estaba Summer Stephenson, que había estado dirigiéndome miradas y pequeñas sonrisas toda la mañana, como si esperara el momento perfecto para hacer algo.

No le presté demasiada atención.

Gran error.

La vi alzar el brazo. Vi la forma en que sus dedos se ajustaban alrededor del balón rojo. Pero fue demasiado tarde y el impacto fue inmediato y directo a mi mejilla.

Sentí un golpe fuerte, seco, y luego percibí el eco del balonazo resonando en el gimnasio, seguido de un murmullo colectivo.

Noté un ardor instantáneo, mientras que el calor por la vergüenza se expandía por mi rostro.

—¡Clara! —Sophia se apresuró a mi lado—. ¿Estás bien?

Parpadeé, tratando de ordenar mi visión borrosa.

—Sí… sí, estoy bien. —*Mentira.*

—Ay, Bennet, lo siento. No te vi. —Summer se acercó con su mejor expresión de falsa inocencia.

La miré con los ojos entrecerrados. Ella también estaba mintiendo, pero lo último que iba a hacer era darle el gusto de verme afectada.

—No te preocupes —dije con una sonrisa tensa—. A veces hay que compensar la falta de talento con la fuerza bruta.

Vi cómo su sonrisa se congelaba levemente antes de que se diera la vuelta con una mueca.

Sophia me ayudó a salir del gimnasio y me guio hasta el baño de chicas.

—Dios, Clara, se te está hinchando —murmuró, sacando un pañuelo y mojándolo con agua fría antes de pasármelo por el rostro.

Me miré en el espejo y reprimí una mueca. Genial. Ahora parecía un hámster con comida almacenada en la mejilla.

—Voy por un poco de hielo a la enfermería —dijo Sophia—. No te muevas.

Asentí y me quedé sola. Me apoyé en el lavabo y suspiré.

«¿Cómo demonios he acabado en esta situación?», pensé.

Entonces la puerta del baño se abrió y mi cerebro entró en estado de pánico absoluto.

Porque Damian Carter acababa de entrar y me miraba, preocupado.

Capítulo 13

Espacios demasiado pequeños

—¿No sabes que este es el baño de chicas? —pregunté y, obviamente, mi voz sonó más inestable de lo que me gustaría.

Damian se encogió de hombros con aire inocente y añadió:

—Voy a decir que me equivoqué de puerta.

—Nadie se lo va a creer —le repliqué.

—Tienes razón.

—¿Y por qué estás aquí si sabes que te vas a meter en un lío?

—Porque quería ver cómo estabas —me respondió.

Las palabras eran simples. Ordenadas y correctas, lógicas. Pero el modo en que lo dijo no fue nada de eso. Había mucho más detrás de su frase.

Lo miré con desconfianza o con pánico o con sorpresa.

—¿Y cómo supiste que estaba aquí?

—Vi lo que hizo Summer. Estaba en el mismo partido, Bennet.

Tenía razón, por supuesto. Había sido consciente de su presencia toda la mañana, pero me había obligado a no mirarlo, pese a que me moría de ganas. Para recuperar algo de mi dignidad, me alejé

del lavabo, apoyando la espalda en la pared opuesta, lo suficientemente distanciada de él.

—No fue para tanto —añadí, mintiendo una vez más.

—Sí lo fue.

—No necesito que me defiendas.

—No lo estoy haciendo— replicó.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué estás haciendo?

Damian no respondió de inmediato. En su lugar, se acercó. Mi espalda se tensó contra la pared cuando se detuvo a solo un par de pasos de mí. El baño no era pequeño. Pero en ese momento me pareció diminuto.

Vi cómo su mirada descendía y se posaba en mi mejilla.

—Duele, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—No.

—Mientes fatal, Bennet. —Levantó una ceja.

—Y tú eres un entrometido.

—Lo sé. —Su voz tenía un tono divertido, pero su mirada era otra cosa.

De cerca, Damian era aún más desconcertante. Tenía esos ojos claros y bellísimos que parecían ver más de lo que yo estaba dispuesta a admitir.

Por un segundo, ninguno de los dos habló. El silencio entre nosotros no era incómodo, lo que hizo que mi estómago se encogiera y mi respiración se volviera más lenta.

Sentí su mano moverse, casi como si fuera a tocar mi mejilla, pero se detuvo en el último segundo. Y yo no sabía si quería que se alejara o que no lo hiciera. No sabía ni cómo me llamaba, ni cómo se respiraba, ni si Jane Austen nació en el siglo XVIII.

Cosas básicas que sabía cinco minutos antes se habían esfumado de mi mente.

No podía entender lo que estaba pasando. No podía entender por qué estar cerca de él me hacía sentir así, ni por qué Damian Carter conseguía que los espacios entre nosotros redujeran su tamaño como por arte de magia.

El silencio aún pesaba en el aire cuando la puerta del baño se abrió de golpe.

—¡Clara, ya tengo el hielo! —exclamó Sophia, entrando acelerada, pero se detuvo en seco al ver la escena frente a ella.

Sus ojos pasaron de mí, pegada contra la pared con la mejilla todavía roja, a Damian, que seguía demasiado cerca, mirándome con esa intensidad suya que me aceleraba el pulso.

Fue cuestión de medio segundo, os lo aseguro.

Luego, Sophia entreabrió la boca, sus ojos se agrandaron y su expresión pasó de confusión a incredulidad y, acto seguido, a algo mucho peor: diversión absoluta.

Yo supe en ese instante que estaba perdida y condenada.

—Oh —fue todo lo que dijo.

Damian, en cambio, no pareció ni remotamente incómodo. Nada, ni un poquito.

—*Hey*, Soph.

Soph. *Soph.* No solo se conocían. La llamaba de esa manera repleta de confianza.

—¿Qué…? —Sophia dejó la bolsa de hielo sobre el lavabo y me miró con una sonrisa contenida—. ¿Me he perdido algo?

—No —respondí demasiado rápido.

—Un poco —me corrigió Damian, con una sonrisita de lado.

Lo fulminé con la mirada mientras que Sophia nos observaba a los dos, como si estuviera analizando cada detalle de la escena. Supe que lo estaba disfrutando.

—Entonces, ¿Damian ahora hace rondas en el baño de chicas? ¿O

solo se cuela cuando te lanzan balonazos en la cara?

—Lo segundo —respondió él con naturalidad.

Mi cara ardía, y no por el golpe de Summer.

—Ya me iba —dije rápidamente, agarrando la bolsa de hielo y presionándola contra mi mejilla—. No necesitamos una investigación de la agente del FBI Sophia Duncan.

—¿Seguro? —Sophia sonrió con aire travieso—. Mi intuición detectivesca me dice que estabais en medio de un *momento*.

Damian no dijo nada, no replicó ante sus palabras. Al contrario, su sonrisa se ensanchó un poco. Lo miré, incrédula.

—¡No estábamos en medio de nada! —grité a pesar de que la mejilla me dolió en el proceso.

Sophia ladeó la cabeza.

—Hmm.

—En medio de N-A-D-A —repetí, cruzándome de brazos—. Absolutamente de nada.

—Si tú lo dices, Bennet. —Damian se encogió de hombros.

Me dieron ganas de lanzarle el hielo a la cara. Pero antes de que pudiera responder, Sophia suspiró y le hizo un gesto a Damian.

—Muy bien, Carter, ya cumpliste tu misión de caballero. Ahora, si no te importa, las chicas necesitan hablar.

Damian me miró una última vez, con esa expresión imposible de descifrar, como si supiera cosas que yo no. Luego, con la misma calma con la que había entrado, se giró y salió del baño sin prisa, dejándonos a Sophia y a mí solas.

Tan pronto la puerta se cerró, mi mejor amiga se giró hacia mí con una expresión radiante de cotilleo.

—¿Qué acaba de pasar aquí?

—Nada —dije automáticamente.

—Nada, mis narices.

—Sophia…

—Clara, Carter estaba aquí, en el baño de chicas, *contigo*, ¡mirándote como si…!

—¡No estaba mirándome de ninguna forma! —dije a la desesperada.

—Sí lo estaba.

Bufé, girándome hacia el espejo para evitar su mirada. Mala idea. Porque el reflejo mostraba mi cara totalmente roja por la mortificación y por el balonazo. Vamos, todo un espectáculo.

—Sophia, por favor te lo pido, no empieces.

—¿No empezar a qué? ¿A señalar que Damian Carter no deja de buscarte últimamente? ¿Que se metió en un maldito baño para verte? ¿Que cuando entré aquí, había una tensión rara y no era por el golpe en tu cara?

Suspiré y presioné la bolsa de hielo con más fuerza contra mi mejilla.

—No significa nada —balbuceé.

Sophia se cruzó de brazos, exasperada.

—¿Tú te lo crees?

No respondí. Sophia me conocía demasiado bien y yo, para ser sincera, ya no sabía qué creía o no.

Capítulo 14

Un cambio en el ecosistema

En el comedor del instituto había tanto ruido como siempre, pero ese día el murmullo de las conversaciones me parecía un eco lejano comparado con el caos en mi cabeza. Porque Sophia no dejaba de mirarme.

—Déjalo ya —murmuré, recogiendo mi bandeja en la que había una ración de la ensalada más triste de la Historia.

—No sé de qué hablas —respondió con la voz más inocente posible.

—Sophia. —Le lancé una mirada de advertencia.

Ella se encogió de hombros, pero la sonrisita que tenía en los labios siguió ahí.

Llevábamos el resto de la mañana con la rutina de las clases y no había dejado de insistir sobre el *momento* en el baño con Damian.

—Solo digo —dijo mientras nos dirigíamos a nuestra mesa— que podrías admitirlo.

—¿Admitir qué?

—Que entre tú y Carter hay algo.

—No hay nada —reiteré.

—¿Seguro? Porque esta mañana, en el baño, casi podía ver los emojis de llamas en la escena de tensión.

—¡No hubo tensión! Ni emojis ni nada.

—Oh, sí que hubo —canturreó.

No respondí. No porque estuviera de acuerdo, sino porque, si lo hacía, nunca terminaría con esto.

Nos sentamos en nuestra mesa habitual, lejos de la zona central del comedor donde se agrupaban los populares. No me había atrevido a mirar en dirección a su mesa, donde seguramente estaban Summer, sus amigas y…

No. Y mil veces no. No pensaría en él. Ni en cómo me miró en el baño. Ni en cómo se acercó demasiado. Ni en cómo no pareció ni un poco incómodo por la situación.

Pero, entonces, con mi propio cerebro en mi contra, sentí su mirada antes de verlo.

Y cuando levanté la cabeza… Damian Carter ya me estaba mirando.

¡Desde el otro lado del comedor!

Tenía un brazo apoyado en la mesa, llevaba una camisa blanca de cuello alto ceñida, algo en lo que no debí fijarme, como tampoco debí descubrir su media sonrisa que no tenía derecho a ser tan molesta. O tan intrigante.

Me congelé un segundo al verme pillada *in fraganti*. Y Damian, el idiota engreído que claramente se estaba divirtiendo con todo aquello, simplemente arqueó una ceja. Como si estuviera esperando a ver qué haría yo.

Desvié la mirada tan rápido que casi me partí el cuello.

Pero Sophia lo vio. *Por supuesto* que lo vio.

—Bueno, bueno, bueno… —murmuró, con un brillo peligroso en

los ojos—. Esto se está poniendo más interesante de lo que pensaba.

—Cállate.

—No puedo. Porque acabo de presenciar algo espectacular.

—No pasó nada. Ni antes ni ahora ni nunca jamás —solté de malos modos.

—Clara, Carter te miró con tanta intensidad que casi le prende fuego a la mesa.

—Eres una exagerada —repliqué.

—Y tú estás en fase de negación. De lo evidente, además.

Quise protestar, pero antes de que pudiera decir algo, Sophia abrió los ojos como platos.

—Oh. Dios. Mío.

—¿Qué?

Pero no necesitó responderme. Porque Damian Carter se estaba levantando de la silla con su bandeja en la mano y caminaba *directamente* hacia nosotras.

—No. No, no, no.

—Sí. Sí, sí, sí —Sophia sonaba emocionada.

No podía ser cierto que Damian Carter viniera a sentarse con nosotras. No podía ser verdad que mis plegarias a la Virgen de Guadalupe que pronuncié por lo bajo no fueran escuchadas. No podía estar pasando que, con su aire relajado, con su andar despreocupado, se dirigiera justo a mí. Pero lo hizo. Se detuvo junto a la mesa y me miró antes de decir:

—Bennet.

—Carter —dije, con la voz más neutral que pude manejar.

—¿Te duele?

—¿Qué? —Fruncí el ceño ante su pregunta, porque mi cerebro había decidido hacer una parada en boxes.

—Tu cara.

Ignoré la risita ahogada de Sophia.

—¡Ah! Estoy bien —respondí con sequedad.

Damian asintió, evaluando la hinchazón en mi mejilla. Entonces, con total descaro, se sentó en la silla vacía junto a mí. Como si fuera lo más normal del mundo.

Sophia pateó mi pierna por debajo de la mesa y yo reprimí un grito de dolor porque estaba ocupada fulminando al capitán del equipo de rugby con la mirada.

Damian, por su parte, simplemente tomó su botella de agua, le dio un trago y se reclinó en su asiento con una expresión de total tranquilidad.

Como si esto no fuera raro en absoluto. Como si no hubiera decidido, de la nada y sin venir a cuento, sentarse con nosotras. Como si no supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Summer, desde su mesa, lo miraba con una expresión que oscilaba entre el fastidio y la incredulidad.

Y yo no sabía qué demonios estaba pasando. No sabía si me ardía la cara por el golpe o por su cercanía. Pero sí sabía una cosa: todo el mundo iba a hablar de lo que acababa de pasar porque el instituto era un ecosistema social frágil. Porque cada movimiento de los populares era analizado, discutido y convertido en cotilleo en cuestión de minutos.

De lo que yo no era consciente era de que sentarse con Damian Carter una vez en el comedor podía provocar una catástrofe de proporciones épicas, porque en cuanto sonó el timbre y salimos al pasillo, el murmullo ya se había esparcido por todo el edificio y los comentarios que me rodeaban eran:

—¿Ha visto que Carter se ha sentado con la friki del club de lectura?

—Yo creía que Carter solo salía con chicas como… ya sabes, Summer.

—¿Será un castigo? ¿O una apuesta?

Genial. No llevaba ni cinco minutos fuera del comedor y ya tenía una teoría conspirativa girando a mi alrededor.

—Oye, Bennet —me llamó una voz detrás de mí. Me giré con resignación absoluta. Derek Shaw, uno de los amigos de Damian, estaba apoyado contra su taquilla con una sonrisita de lado—. ¿Desde cuándo te sientas con Carter?

—Desde hoy, al parecer.

—¿Y qué hiciste para que él decida cambiar de mesa? ¿Brujería extraída de algún libro maldito que tenías escondido en el Club de Lectura?

—¿En serio? ¿Libro maldito? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre, Shaw?

—Tiene más sentido que pensar que Carter de repente disfruta leyendo clásicos de Jane Austen en su tiempo libre.

Puse los ojos en blanco y seguí caminando. Pero las miradas seguían ahí. Las preguntas. Los murmullos. Y entonces, vino lo peor.

La futura reina del baile y estrella de la promoción del 2025, Summer, que, por supuesto, no iba a dejar pasar su oportunidad.

—Bennet. —Su voz me alcanzó como un dardo envenenado que me hizo detenerme.

Sophia, que caminaba a mi lado, me lanzó una mirada de advertencia. Respiré hondo antes de girarme.

Summer estaba con dos de sus amigas-clones, todas con las manos cruzadas, mirándome como si esperaran ver si me acobardaba. No les daría el gusto.

—¿Sí?

—Solo quería decirte que no te emociones demasiado. —Summer

sonrió, pero sus ojos eran afilados como cuchillas.

—¿Emocionarme con qué?

—Con Carter. Ya sabes cómo es. Siempre pierde interés rápido. —No me sorprendía que dijera algo así. Lo que me sorprendía era que sonara tan… resentida.

—No te preocupes. No me interesa. —Le devolví la sonrisa con la misma dulzura venenosa.

—Claro. —Summer inclinó la cabeza, analizándome de arriba abajo. Y con eso, se dio la vuelta y se alejó, como si la conversación no hubiera valido nada.

Pero yo sabía que sí que tenía significado. Porque la forma en que su mandíbula se tensó antes de irse me dijo todo lo que necesitaba saber. Damian había roto el equilibrio de su mundo.

Y ella no pensaba dejarlo pasar.

Capítulo 15

Conversaciones inesperadas

Pensé que después de ese encuentro con Summer, lo peor ya había pasado. ¿Qué más podría depararme aquel maldito lunes?

Pero no contaba con que Damian Carter me estuviera esperando en mi taquilla. Me paré en seco como si el suelo tuviera un pegamento extrafuerte.

Él, sin embargo, estaba apoyado con esa postura relajada suya, la de alguien sin una sola preocupación en el mundo.

—¿Has disfrutado del espectáculo, *chico de oro*? —pregunté antes de que él pudiera decir algo.

—¿Cuál de todos? —Damian sonrió.

—El comedor. Los cotilleos. Summer. Todo el circo —dije enumerando con los dedos. No me molesté en disimular mi enfado.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros como si no fuera importante.

¿Es qué pretendía volverme loca o qué?

—Lo hiciste a propósito —lo acusé.

—¿Sentarme contigo?

—Sí —recalqué aquella obviedad.

—Tal vez.

—¿Por qué? —necesitaba respuestas para no acabar gritando como una chiflada por los pasillos del instituto.

Para mi indignación, Damian sostuvo mi mirada con una expresión completamente indescifrable.

—Porque quería ver qué pasaba.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —Sentía que la ira bullía en mi sangre hasta que él respondió.

—Una honesta.

Cerré los ojos un segundo, inhalando profundamente. Este chico iba a conseguir que mi pelo se volviera blanco antes de los veinte.

—Bueno, pues felicidades —dije con sarcasmo—. Lograste que el instituto entero hable de nosotros.

—¿Nosotros? —repitió con interés.

Dios. Quise darme un golpe contra la taquilla en el otro lado de la cara. Pero Damian parecía entretenido. Demasiado entretenido.

—Relájate, Bennet —dijo con su habitual tono despreocupado—. Se acostumbrarán.

—¿Acostumbrarse a qué?

Él inclinó la cabeza, como si estuviera decidiendo algo. Entonces, sonrió.

—A verme contigo.

Mi cerebro se apagó por completo. Lo miré, sin saber qué responder. Y él, satisfecho con mi cara de desconcierto total, se alejó con la misma calma con la que había llegado, dejándome en medio del pasillo, confundida, tensa y con un problema enorme.

Porque si Damian Carter seguía así… No estaba segura de cuánto tiempo más podría seguir negando que él me afectaba.

Capítulo 16

Un intruso en mi reino

El club de lectura siempre había sido mi refugio. El único lugar del instituto donde nadie me molestaba, donde podía sumergirme en historias sin sentir que debía esforzarme por encajar. Así que, cuando una semana después entré al aula y vi a Damian Carter junto a una de las estanterías, con la misma expresión relajada de siempre, supe que mi paz había terminado oficialmente.

Me detuve en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Damian levantó la mirada de un libro que tenía en la mano.

—Explorando —dijo, girando el ejemplar para mostrarme la portada—. *Cumbres Borrascosas*. ¿Te gusta?

—¿Por qué te interesa? —Fruncí el ceño.

—Porque tengo curiosidad por saber por qué te gustan libros donde los protagonistas se odian y, aun así, terminan obsesionados el uno con el otro.

—Por Dios, Carter —cerré los ojos un segundo—, no tengo tiempo para esto.

Dejé mi mochila sobre la mesa y me giré para revisar las estanterías, ignorándolo por completo.

O al menos intentándolo. Porque sabía que me estaba mirando. Podía sentir su presencia en cada fibra de mi cuerpo.

Finalmente, Damian dejó el libro en su sitio y caminó lentamente hacia mí. Me tensé, pero no me giré.

—¿Por qué sigues haciendo esto? —solté sin pensar.

—¿Haciendo qué?

—Apareciendo —le repliqué enfrentándolo—. Mirándome como si supieras algo que yo no. Provocándome en cada oportunidad.

Damian se apoyó en la mesa, justo frente a mí.

—Tal vez es porque sé algo que tú no.

Mis ojos se entrecerraron.

—Carter…

—Bennet —respondió con una sonrisita.

Exhalé lentamente, obligándome a no reaccionar eligiendo el camino de la violencia.

Pero él se acercó un poco más a mí, tanto que pude fijarme en cómo la luz del atardecer que entraba por la ventana bailaba con los reflejos dorados en su cabello. Y por un momento, por un instante absurdo, me di cuenta de algo: Damian Carter era ridículamente guapo.

Sacudí la cabeza, alejando el pensamiento antes de que me destruyera.

—¿Qué quieres? —pregunté, intentando sonar firme.

—Quiero que me respondas algo —dijo mientras sostenía mi mirada.

La luz incidía sobre sus ojos revelando su color azul aguamarina y pensé en que, en otra época, Oscar Wilde le habría escrito decenas de novelas a alguien como Damian.

—¿Qué? —respondí al cabo de demasiado rato, cuando mi cerebro volvió al siglo en el que nos encontrábamos.

Damian hizo una pausa. Luego, con una voz más baja, más seria, me preguntó:

—Si no te gusto, ¿por qué te afecta tanto lo que hago?

Mi estómago se contrajo. Porque esa pregunta era algo muy loco y también porque yo no tenía una respuesta. O tal vez sí, pero no quería admitirla.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido.

Y Damian lo notó. Su mirada recorrió mi rostro, deteniéndose en mi mejilla, aún un poco hinchada. Y entonces, hizo algo que no esperaba: levantó la mano lentamente, dándome tiempo a que me apartara si así lo deseaba.

Pero no lo hice, de manera que sus dedos rozaron mi mejilla con una suavidad que me dejó sin aliento.

Él no dijo nada y se quedó mirándome un buen rato. Y, por primera vez, no parecía estar jugando. Por primera vez, parecía estar esperando. Esperando a que yo reaccionara. A que yo decidiera qué pasaba después.

Y el problema era… que yo no tenía idea de qué quería que pasara.

Solo sabía que mi piel ardía bajo el leve roce de sus dedos, pese a que el contacto era apenas un susurro sobre mi mejilla, pero lo sentía como una descarga eléctrica recorriendo y sacudiendo cada nervio de mi cuerpo.

Mi instinto me gritó que me alejara. Pero mi cuerpo… Mi cuerpo no se movió.

Damian no sonreía. No había burla en su expresión, ni rastro de la arrogancia que usualmente lo acompañaba.

Solo me miraba. *Esperando.*

Y ese simple hecho me aterrorizó más que cualquier comentario sarcástico suyo, puesto que significaba que la siguiente jugada dependía de mí. Significaba que, si no me apartaba, algo iba a cambiar entre nosotros.

Y no estaba lista para eso. Así que, con el corazón latiéndome en los oídos, di un paso atrás.

—No hagas eso —dije en voz baja.

Damian entrecerró los ojos, pero dejó caer su mano.

—¿Hacer qué?

—No juegues conmigo, Carter. —Tragué saliva, sintiendo mi garganta seca.

Él me observó durante un largo segundo. Entonces, su boca se curvó en una sonrisa lenta, demasiado peligrosa.

—¿Quién dijo que estoy jugando?

Mi estómago se encogió. Porque había un significado escondido en su voz que me decía que no se refería solo a este momento. Que él ya había cruzado una línea mentalmente.

Respiré hondo y crucé los brazos sobre mi pecho, como si así pudiera protegerme de la intensidad en su mirada.

—Cualquier cosa que estés intentando, no va a funcionar.

—¿Seguro? —Damian inclinó la cabeza.

Dios.

—Sí.

—Mmmm. —Eso fue todo lo que dijo.

Pero la forma en que lo dijo me hizo sentir que él sabía y veía algo en mí que ni siquiera yo había descubierto todavía. Y eso me aterrorizó aún más. Así que hice lo único que podía hacer en ese momento: me giré, recogí mi mochila y me dirigí a la puerta sin mirarlo. Pero justo cuando iba a salir, su voz me alcanzó.

—Por cierto, Bennet.

Me detuve, cerrando los ojos por un segundo antes de girarme lentamente. Damian se apoyó en la mesa, cruzando los brazos, con una sonrisa que me hizo querer lanzar un libro en su dirección.

—Dijiste que no juegue contigo. —Su mirada se volvió más intensa —. Pero, dime… ¿y si tú ya estás jugando conmigo?

No esperé a escuchar más. Salí del aula antes de que mi corazón pudiera traicionarme más de lo que ya lo había hecho.

Capítulo 17

El imperio (de Summer) contraataca

La puerta de la taquilla se cerró con un golpe seco. Había sobrevivido otro día más a una jornada en el insti llamando demasiado la atención. Suspiré, ajustándome el asa de la mochila en mi hombro mientras intentaba ignorar la sensación de que alguien me estaba observando. Pero no tuve que girarme para confirmarlo.

—Qué rápido cambian las cosas, ¿no? —La voz de Summer llegó como veneno suave a mis oídos.

Conté hasta tres antes de girarme.

—¿Necesitas algo?

Ella sonrió. Demasiado dulce. Demasiado perfecta para no ocultar algo detrás.

—Nada en particular. Solo me preguntaba cuánto tiempo te va a durar la atención de Damian.

Me tensé, pero no le di el gusto de reaccionar.

—¿Te preocupa?

Summer dejó escapar una risa suave, como si la idea le pareciera ridícula.

—Para nada —dijo con indiferencia, inspeccionando sus uñas—. Solo que… bueno, ya lo conoces. Damian se aburre rápido.

Mi corazón dio un vuelco. Pero mantuve mi expresión neutra, puesto que no iba a caer en su trampa.

—¿Y eso es lo que te pasó a ti? —pregunté con una sonrisa sarcástica.

Por un segundo, vi el destello de irritación en sus ojos. Pero Summer no era una amateur en este juego. Su sonrisa no titubeó ni un poco.

—Oh, Clara… —Bajó la voz, inclinándose apenas hacia mí—. No quiero que termines decepcionada.

—Voy a estar bien, gracias por preocuparte.

—¿Sí? Porque Damian y yo… tenemos historia. Y cuando quiere molestarme, suele encontrar formas creativas de hacerlo.

Mi piel se erizó. No. No podía ser cierto.

¿O sí?

Summer estudió mi rostro y, al ver que su comentario había logrado instalar la duda, su sonrisa se amplió con triunfo.

—Solo digo que sería una pena que confundieras diversión pasajera con algo real. —Su tono era casual, pero cada palabra se clavó en mí como un dardo envenenado.

Me obligué a respirar hondo, a no demostrar que su comentario me había afectado.

—Qué considerado de tu parte. ¿Siempre haces este tipo de advertencias o solo cuando te das cuenta de que ya no tienes el control de tu imperio?

Los ojos de Summer brillaron con una chispa de fastidio. Pero en lugar de responder, simplemente sonrió. Me dio una palmadita en el brazo, como si me estuviera haciendo un favor.

—Solo intento ayudarte. Después no digas que no te lo advertí. —

Y con eso, se alejó.

Yo me quedé inmóvil, sintiendo el eco de sus palabras retumbando en mi cabeza. Porque, aunque sabía que Summer quería manipularme y que su intención era hacerme dudar… ¿Y si tenía razón? ¿Y si todo esto no era más que un juego para Damian?

Lo peor fue darme cuenta de cuánto me importaría si lo fuera.

Capítulo 18

Buscando respuestas

La idea era ridícula. Totalmente fuera de lugar. Pero, aun así, al día siguiente, ahí estaba yo, sentada en las gradas del campo de entrenamiento, con la excusa de que Sophia había olvidado su sudadera en los vestuarios y que, como buena amiga, mi obligación moral era devolvérsela.

Era una mentira. Una mala, además. Porque la verdad era que estaba allí por otra razón completamente diferente.

Para mirar a Damian Carter.

Para descifrar al *chico de oro*.

Para intentar entender si todo eso —las miradas, las sonrisas, el maldito momento en el baño, lo del comedor del insti, su presencia constante— era real o si yo solo era parte de un juego que no conocía.

Maldito y condenado pero guapísimo Damian Carter.

El chico que siempre había considerado un enigma que no valía la pena resolver, que tenía la facilidad de moverse por el instituto como si el mundo girara a su alrededor sin esfuerzo alguno. El que ahora

mismo estaba en medio del campo, con su camiseta de entrenamiento pegada a la piel por el sudor y la respiración agitada tras una carrera.

Desde la distancia, era fácil olvidar todo lo demás y verlo como los demás lo veían. Como el líder del equipo, el chico confiado y encantador, el que nunca parecía tomarse nada demasiado en serio. Pero desde hacía un tiempo sentía que había mucho más en lo que respectaba a mí. Incluso en ese momento me parecía entrever algo en la forma en que se giraba de vez en cuando, con una expresión que no era del todo accidental.

Como si supiera que estaba allí. Como si me estuviera buscando.

Mi pecho se apretó ante la idea.

No. Debía tratarse de una coincidencia, de una mirada casual mientras evaluaba el campo y las jugadas del entrenamiento.

Era yo quien lo estaba observando, no al revés.

Intenté tranquilizarme y ordenar mis pensamientos con la lógica que siempre me había caracterizado, pero, entonces, en medio de una pausa, Damian levantó la mirada… y me encontró.

Su expresión concentrada se transformó en una media sonrisa que no tenía derecho a ser tan irritante.

Le sostuve la mirada un segundo más de lo necesario. Y cuando me di cuenta de que no tenía una excusa válida para estar allí, hice lo único que pude: me levanté rápidamente y salí de las gradas como si mi vida dependiera de ello.

Me refugié en el club de lectura, donde pasé al azar las páginas de una novela de Orwell sin leer ni una sola línea. Era incapaz de concentrarme, así que decidí alejarme todo cuanto pudiera de Damian y de los lugares que me recordaban a él y regresar a casa.

El sol de la tarde bañaba el estacionamiento del instituto con un resplandor dorado, obligándome a entrecerrar los ojos. Aceleré el

paso, deseando coger el bus para llegar a casa y fingir que ese día no había sucedido, que no había ido a ver a Damian entrenar, que él no me había descubierto y, sobre todo, que mi cabeza no estaba llena de dudas que no quería enfrentar.

Pero cuando bajé los escalones de la entrada principal, el destino decidió castigarme aún más.

Damian Carter estaba apoyado despreocupadamente contra la puerta de su coche negro, con los brazos cruzados y una expresión demasiado relajada para mi gusto.

Mi corazón se aceleró cuando comprendí que estaba esperándome. Giré rápidamente para caminar en la otra dirección, pero ya era demasiado tarde.

—Bennet.

Congelada. Así me quedé. Porque sabía que ignorarlo solo le daría más razones para insistir. Suspiré, me armé de paciencia y me giré lentamente, fingiendo desinterés.

—¿Qué haces aquí?

Damian me observó con una intensidad que no me gustó en absoluto. O sí, porque a esas alturas ya no sabía ni qué se me pasaba por la cabeza.

—Te vi en las gradas. —Sentí que la sangre abandonaba mi cara mientras que él, tan tranquilo, solo se encogía de hombros—. Me estabas mirando.

—No te estaba mirando —repliqué con demasiada rapidez.

—Claro que sí.

—Solo pasaba por ahí. —Me crucé de brazos, tratando de parecer indiferente.

—Ah, sí, porque el campo de entrenamiento está en tu ruta habitual.

Bajé los ojos y giré la cara, pero un repentino calor en mis mejillas

me estaba delatando, y lo sabía.

—Está cerca del club de lectura y Sophia había olvidado algo por ahí.

—¿Y puedes definir ese «algo»?

Durante mi estrategia mental había pensado decir que mi amiga había olvidado una prenda, pero, en ese momento, bajo el escrutinio de los ojazos azules de Damian, ni siquiera era capaz de recordar cuál. Me quedé en silencio demasiado rato, lo que obviamente supuso mi derrota, y Damian sonrió con satisfacción, ganador de un punto en un partido que solo él sabía que estábamos jugando.

—¿Por qué estás aquí tú? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—Porque te noto rara.

Mi corazón dio un vuelco.

—No estoy rara.

—Sí lo estás.

Apreté los dientes. ¿Cómo demonios podía ser tan persistente? Suspiré, tratando de controlar mi tono.

—Solo estoy cansada.

Damian ladeó la cabeza, observándome con esa mirada calculadora que usaba cuando quería descifrar algo. Odiaba sentirme descifrable, odiaba que él pareciera tener un don para leerme la mente. De repente, sin más preámbulos, abrió la puerta del copiloto de su coche.

—Vamos.

—¿A dónde? —Parpadeé, confundida.

—A tomar un batido.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Porque quiero saber por qué estabas mirándome en el entrenamiento y porque… —su sonrisa se hizo más lenta, más

peligrosa— sé que no vas a poder inventarte otra excusa en el camino. Al parecer, eres muy buena en literatura, pero muy muy mala inventándote cosas.

Me quedé quieta. El viento movió mi cabello y sentí el cosquilleo de un mechón deslizándose por mi mejilla.

Damian esperó a que yo volviera en mí. Simplemente esperó. Como si ya supiera la respuesta. Y eso era lo peor de todo. Porque, contra toda lógica, yo también la quería. Yo también necesitaba saber qué demonios estaba pasando conmigo.

Así que, sin decir nada más, me subí a su coche.

Y cuando la puerta se cerró, su sonrisa se ensanchó.

Capítulo 19

Entre batidos y rumores

La cafetería del pueblo tenía algo acogedor. O al menos, siempre lo había tenido antes de que yo estuviera allí sentada frente a Damian Carter con un batido de vainilla en la mano y un nudo en el estómago. Los neones del local iluminaban los carteles de menú escritos a mano y el sonido de una vieja canción de rock flotaba en el aire, mezclándose con el murmullo de las conversaciones dispersas.

Normalmente, me habría sentido relajada en ese lugar al que había ido toda mi vida o con mi familia o con Sophia, pero con Damian mirándome de esa manera, era imposible.

Como no se me ocurría qué decir, bebí un sorbo de mi batido y jugueteé con la pajita, fingiendo que el diseño de la mesa era lo más interesante del mundo.

Damian, por supuesto, no pensaba dejarme tranquila.

—Bien —dijo finalmente, repantigado en la silla—. Vamos a resolver esto de una vez.

—¿Resolver qué? —Levanté la mirada, fingiendo confusión.

—Bennet —él arqueó una ceja—, si sigues fingiendo que no pasa nada, voy a empezar a preocuparme por tu capacidad cognitiva.

—Oh, por favor —bufé.

—Entonces dime la verdad. —Damian sonrió, divertido.

—¿Qué verdad?

—¿Por qué estabas en las gradas?

—Ya te lo dije. —Mis dedos se tensaron alrededor del vaso.

—No, me diste una excusa pésima.

—¿Y por qué te importa tanto? —Lo miré con frustración.

—Porque quiero saber qué es lo que te tiene tan confundida. —Él se inclinó un poco hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

Mi garganta se secó. Me removí en mi asiento. Pero antes de que pudiera pensar en una respuesta, la puerta de la cafetería se abrió con un estruendo.

Y con eso, todo se arruinó.

—¡LO SABÍA!

Cerré los ojos con fuerza antes de girarme. Porque ya sabía de quiénes se trataba. Derek Shaw y un par más de amigos de Damian entraron en la cafetería como si hubieran descubierto un cotilleo digno de portada de revista.

—¡Carter, así que es verdad! —exclamó uno de ellos, riendo mientras se acercaban a nuestra mesa.

Sentí una presión horrible en el pecho. Damian se puso rígido en su asiento.

—Cállate, Shaw.

Pero, por supuesto, Derek no se calló. Se giró hacia mí con una sonrisa burlona y me soltó:

—No te lo tomes como algo personal, Bennet. Carter solo está jugando a algo fuera del campo. Es parte del plan, ¿no?

Mi piel se heló. No. No, no, no.

—¿Qué plan? —pregunté con la voz quebrada.

—Oh, vamos. —Derek hizo una mueca divertida—. Todos en el instituto saben que lo único que quiere Carter es sacar de quicio a Summer. Y tú eres… ya sabes, el método perfecto.

El mundo se detuvo. Eso era lo que me había dejado caer Summer. Mi corazón latía con fuerza, pero no de la forma en que lo hacía cuando Damian me sonreía o cuando me miraba de esa manera que hacía que me olvidara de respirar. Ahora latía con algo más oscuro, con humillación, con rabia. Y con un dolor estúpido y traicionero.

Damian se puso de pie de inmediato, con el rostro endurecido.

—Derek, cállate la maldita boca.

Pero yo ya no estaba escuchando. No esperé una explicación. No esperé nada.

Solo agarré mi mochila y salí de la cafetería cabizbaja, con el eco de las risas todavía perforándome los oídos. Había sido la tarde más larga y terrible de mi vida.

Capítulo 20

El faro

El viento del paseo marítimo era más frío de lo normal, pero no me importó. Caminé con pasos rápidos, sin rumbo fijo, dejando que el sonido de las olas chocando con las rocas se colara en mis pensamientos.

No debería haberme afectado. No debería importarme lo que Derek, un ser unicelular científicamente demostrado, me dijera. Pero me importaba. Porque, por mucho que intentara negarlo, una parte de mí había comenzado a creer que Damian era diferente y que todo lo que estaba haciendo tenía otro significado.

Sin embargo, en ese momento todo parecía encajar en un maldito rompecabezas que me hacía sentir como una completa idiota.

Me detuve junto al faro, apoyando las manos en la baranda de piedra, sintiendo el viento en mi rostro.

«Respira», me dije. «Respira, Clara», me ordené.

Pero no podía. Porque Damian seguía en mi cabeza. Su sonrisa, sus palabras, esa forma en que me miraba como si yo fuera importante… ¿Y si todo había sido un juego? Tenía sentido, desde

luego. Los rumores de la relación de Summer y Damian siempre habían estado ahí. Eran perfectos el uno para la otra, así que había supuesto que terminarían juntos. Todo el pueblo lo esperaba en realidad.

El sonido de unos pasos detrás de mí rompió mi burbuja de pensamientos.

Mi cuerpo se tensó cuando la brisa trajo unas notas de perfume que conocía demasiado bien. No tenía que girarme para saber quién era.

—Bennet. —Su voz era diferente esta vez, menos confiada, más baja.

Casi que podría jurar que Damian sonó preocupado. Pero yo no quería su preocupación. No cuando eso también podía ser mentira.

—No quiero hablar contigo —dije sin girarme.

—No me importa —respondió él.

Tomé aire, con la vista clavada en el mar.

—¿Es cierto?

El silencio se alargó demasiado. Y eso me dolió más que cualquier respuesta.

Cuando finalmente me atreví a mirarlo, Damian tenía los ojos clavados en mí con una intensidad que no supe descifrar. Pero lo peor fue que no lo negó de inmediato. Y eso me bastó para hundirme en una tristeza absolutamente desconocida, a la que respondí dejando escapar una risa vacía y un:

—Vaya.

—No es… —Su mandíbula se apretó.

—No —lo corté de inmediato—. No me expliques nada. No hace falta.

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no? Entonces, dime, Carter, ¿qué demonios significa todo

esto?

Sus labios se separaron, pero no dijo nada. Y eso fue suficiente para destrozarme por dentro, para que todos mis miedos se hicieran realidad, enormes y despiadados.

—Lo sabía —susurré, bajando la mirada.

El viento movió mi cabello, pero esta vez ni siquiera lo sentí. Mi piel, todo mi cuerpo estaba entumecido y en mi interior se había abierto una gran herida. Me giré para irme. Pero antes de que pudiera dar un paso, Damian me detuvo con una sola frase pronunciada con una voz rota que nunca antes había escuchado en él.

—No es un juego para mí. ¿Puedes creerme?

Mis pies me alejaron de él sin darle ninguna respuesta, porque la verdad era que no la tenía.

Capítulo 21

No es un juego. ¿O sí?

Obviamente, como *overthinker* de manual que era, me pasé horas dándole vueltas a lo que había pasado, a las palabras de Derek, a la forma en que Damian tardó en responder y a su maldita frase final: «No es un juego para mí. ¿Puedes creerme?».

Quería confiar en él, tomar sus palabras como dogma de fe incluso. Pero ¿cómo podía? ¿Cómo podía creer en alguien al que siempre habían asociado románticamente con Summer? ¿Cómo podía confiar en que no era solo una de sus estrategias para tenerla comiendo de su mano?

Me revolví en la cama, mirando el techo de mi habitación incapaz de encontrar paz.

Todo el instituto seguramente ya hablaba del escándalo en la cafetería. Y yo solo quería desaparecer. Añoraba los días en que mi vida estudiantil consistía en asistir a clase, leer y charlar de libros en el Club de Lectura y ser completamente invisible a los ojos de la gente popular.

Salir de la zona de confort estaba totalmente sobrevalorado.

Cerré los ojos, intentando forzar el sueño. Pero, entonces, escuché el golpe suave de una piedra contra el cristal.

Mi corazón se detuvo. Abrí los ojos. Esperé. Escuché otro golpecito. Me incorporé lentamente y me acerqué a la ventana, con el corazón palpitándome en los oídos. Corrí la cortina y miré hacia abajo.

Y ahí estaba él. Damian Carter, de pie en mi jardín delantero en plena noche, lanzando piedras a mi ventana como si esto fuera una película de los noventa o un *retelling* de Romeo y Julieta.

«Maldito idiota». Abrí la ventana con brusquedad.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurré, tratando de no despertar a mis padres.

Damian alzó la vista, y aunque estaba oscuro, pude ver la intensidad en su mirada.

—Baja.

¿Perdón? ¿Acababa de pedirme qué?

—¿Cómo dices? —fruncí el ceño.

—Baja, Bennet. Tenemos que hablar —me replicó con firmeza.

—No tenemos nada que hablar.

—Sí, lo tenemos.

Me mordí el labio. Durante un segundo, desde la seguridad de mi habitación, a oscuras y con las cortinas apenas corridas, me permití contemplarlo iluminado por la luz cálida de las farolas. Lucía una chaqueta de cuero sin abrochar y una camiseta oscura pegada a su cuerpo. Al mirar su rostro descubrí algunos mechones aún húmedos cayendo sobre su frente como si se acabara de duchar.

Lucía como un maldito cliché. Como el protagonista de una historia escrita para hacer que las chicas como yo perdieran el sentido común.

Pero lo peor de todo era que no se daba cuenta de lo mucho que

me afectaba. No se daba cuenta de lo devastador que me resultaba mirarlo bajo la luz trémula de las farolas, con sus rasgos tallados en sombras y la mandíbula apretada como si estuviera debatiéndose entre callar o decirme algo sumamente importante. No se daba cuenta de cómo la luz amarilla acentuaba el dorado de su piel y el brillo afilado en sus ojos.

Y, por supuesto, no se daba cuenta de lo imposible que era para mí dejar de mirarlo.

¡Era una locura! Pero el tono de su voz y esa forma en que no se movió, como si estuviera decidido a quedarse ahí hasta que yo me uniera a él, hicieron que la locura tuviera sentido para mí.

Maldita sea. Acababa de perder otra batalla frente a Carter.

Cerré la ventana sin responder, me puse una chaqueta de lana sobre el pijama y salí de mi habitación en silencio, asegurándome de no hacer ruido al bajar las escaleras para que ni mis padres ni mi abuela, que tenía un gran oído a pesar de su edad, me descubrieran.

El aire nocturno era frío cuando abrí la puerta y caminé hacia él, que me esperaba con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

—Esto es ridículo —susurré. Estaba tan nerviosa que no sabía qué decir, así que decidí elegir el humor—. Si alguien nos ve aquí, tú así vestido de negro, pensarán que estás planeando un robo en el vecindario y soy tu cómplice.

—Me importa una mierda lo que piensen.

Me congelé. Porque su voz no sonó como la de siempre. No se había unido a mi broma. Tragué saliva.

—¿Por qué estás aquí? —Si él iba a ir al grano, yo también.

Damian dio un paso más cerca. Yo no me moví.

—Porque no quiero que termines este día pensando que lo que dijo Derek es cierto —confesó mirándome atentamente a los ojos.

Me costó respirar, pero, aun así, respondí:

—Lo dijiste demasiado tarde, Carter.

—No es un juego para mí —reiteró con seriedad.

—¿Y cómo quieres que te crea?

El viento movió mi cabello y se coló por debajo de mi pijama, pero mi piel estaba demasiado tensa para sentir frío. Me fijé en que Damian apretó la mandíbula.

—Porque si lo fuera, habría perdido el interés hace mucho tiempo.

Mis labios se separaron, pero no supe qué decir. Y él lo notó. Porque no me dejó reaccionar ni responder de manera sarcástica ni ofendida.

—Si esto fuera solo por Summer, ¿crees que me habría molestado en perseguirte hasta aquí?

—No lo sé —murmuré—. Eres demasiado impredecible.

—Bennet —Damian soltó un suspiro frustrado—, ¿alguna vez te has detenido a pensar en mí?

—¿En ti? ¿En qué sentido? —pregunté como pude, ya que mi respiración se había vuelto inestable, puesto que su voz sonó demasiado real y sincera.

Me di cuenta de que eso me asustaba más que cualquier cosa que Derek pudiera haber dicho, mucho más incluso que los rumores del instituto o que las palabras hirientes de Summer.

Él sostuvo mi mirada.

—No quiero irme sin que me creas. —Mi garganta se cerró—. Te daré el tiempo que necesites, Bennet. Pero, por favor, créeme.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se marchó hacia su coche, que estaba aparcado a unos metros. Y yo me quedé de pie, allí, con mi chaqueta de lana y mi pijama de ositos, consciente de que, al final, Damian Carter podría ser perfectamente un ladrón. Pero de corazones.

Capítulo 22

Un golpe inesperado

El estadio del instituto estaba a reventar. El partido contra Lincoln High era uno de los más importantes del año, y el ambiente era eléctrico. Las gradas vibraban con los cánticos; las animadoras, todas monísimas y perfectas, agitaban sus pompones, y los estudiantes llenaban el aire con gritos emocionados.

Nunca había sido de las que iban a ver los partidos. Pero Sophia me había convencido. O, más bien, me había arrastrado hasta allí con la excusa de «disfrutar la experiencia». Sí, bueno, mis narices. Las dos sabíamos la verdad: había ido porque él estaba jugando. Porque, aunque todavía no sabía qué pensar sobre Damian Carter, algo dentro de mí quería estar allí.

Miré hacia el campo, donde los jugadores calentaban. Y ahí estaba él, con el casco en la mano, hablando con su entrenador, con esa misma seguridad arrogante que me sacaba de quicio.

Pero esta vez no lo vi de la misma manera, porque ahora sabía que había más. Más de lo que siempre había estado ahí, aunque yo nunca lo hubiera querido ver.

El partido comenzó y yo no aparté la mirada de Damian ni un condenado segundo. «Debería disimular», me dije. Sobre todo, porque escuchaba la risita de Sophia y alguno de sus comentarios como el de «lo vas a desgastar, Clara». Pero mis ojos no me obedecían. La parte racional de mi cerebro se había ido de viaje a Hawái y la otra parte estaba obnubilada por los movimientos de Damian sobre el campo y por cómo le quedaba el uniforme del SeaLions.

A pesar de que mis neuronas estaban desconcentradas, me di cuenta de que el equipo de nuestro instituto estaba dominando el partido, gracias a Damian, que jugaba como siempre: rápido, preciso y confiado. Estaba siendo sensacional y todo el público gritaba su nombre.

Pero entonces ocurrió.

Un jugador del equipo contrario se lanzó sobre Damian en una entrada brutal, provocando un impacto seco que lo hizo caer al suelo con violencia. Fue un golpe cuyo sonido me resultó atroz.

Se escuchó un murmullo de *shock* en todo el estadio.

—¡Dios! —Sophia se cubrió la boca con la mano—. ¡Qué salvajada!

Yo no reaccioné de inmediato. No pude. Solo miré fijamente al campo, esperando que se levantara.

Pero Damian no lo hizo.

Y para mí todo pareció transcurrir en cámara lenta. El árbitro hizo sonar el silbato. El resto del equipo lo rodeó, con gestos alarmados, puesto que su capitán y chico de oro había caído. El entrenador Robinson también se apresuró a llegar hasta él.

—Se está moviendo… —murmuró Sophia, agarrándome del brazo —. Pero sigue en el suelo.

Mi pecho se apretó mientras una sensación fría se instalaba en mi estómago.

Damian no era el tipo de persona que se quedaba tendido en el suelo. Pero ahora estaba allí y no se levantaba. ¿Por qué?

Mi respiración se volvió inestable al descubrir que me preocupaba por Damian Carter y que, por primera vez, lo único que me importara era que aquel chico arrogante y cabezota estuviera bien.

***

Después del partido, Sophia y yo nos fuimos a casa. No hablé en todo el camino porque todavía sentía ese extraño nudo en el pecho que se retorcía cuando rememoraba la imagen de él en el suelo. Por supuesto, la noticia de aquel golpe se esparció con rapidez a lo largo y ancho de toda la ciudad. A apenas una calle de mi hogar escuchamos que lo habían llevado al hospital puesto que, aunque no tenía lesiones graves, el impacto había sido lo suficientemente fuerte como para dejarlo aturdido y con un dolor en el costado que preocupó a su entrenador.

Acabábamos de llegar a mi portal cuando mi teléfono vibró. Miré la pantalla y, cuando vi el nombre, el corazón se me aceleró.

…Carter llamando…

A pesar de que habíamos intercambiado los números después del primer día trabajando juntos en el ensayo, no nos habíamos llamado.

—¿Hola? —dije al descolgar.

—Bennet. —Su voz sonó más ronca de lo normal al otro lado de la línea.

—¿Cómo estás? —Tragué saliva. Estaba muy nerviosa.

—Podría ser peor.

—Te dieron un buen golpe. —Solté el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

—No me lo recuerdes. —Escuché su risa baja, entrecortada.

Hubo un silencio breve. Y entonces, su voz descendió un poco más.

—¿Vas a venir?

Mi corazón dio un salto.

—¿Qué? —fui capaz de preguntar.

—Estoy en la habitación 204.

—Damian, no sé si debería… —Mi cerebro estaba experimentando un cortocircuito y mis palabras eran tambaleantes.

—Por favor.

Cerré los ojos. Porque su petición me destruyó. Porque Damian Carter nunca pedía cosas. Pero ahora me estaba pidiendo esto.

—Voy enseguida.

Cuando, quince minutos después tras un viaje en bus llegué al hospital, el pasillo olía a desinfectante y las luces frías del techo hacían que todo pareciera demasiado silencioso y un poco lúgubre.

La puerta de la habitación 204 estaba entreabierta. Respiré hondo armándome de valor y la empujé suavemente. Damian estaba en la cama, con un brazo sobre la frente y la camiseta del hospital arrugada. Su mandíbula tenía un leve rastro de tierra, y lucía cansado. Mi garganta se cerró, porque, por primera vez, Damian Carter no parecía invencible.

No era el chico que se burlaba de mí con una sonrisa torcida. No era el atleta estrella que siempre parecía dos pasos por delante de todos. Ahora solo era un chico herido. Un chico que, a pesar del dolor, me miró en cuanto me vio entrar.

—Has venido —exclamó con un alivio más que evidente.

Cerré la puerta detrás de mí y crucé los brazos.

—No me diste mucha opción.

—Siempre tienes opción, Bennet. —Una sonrisa débil apareció en

sus labios.

No respondí y, sin pensarlo demasiado, me acerqué y me senté en la silla junto a su cama. Me froté las manos, sin saber exactamente qué hacer con ellas. En realidad, no sabía qué hacer con ninguna de las articulaciones de mi cuerpo.

—Me asustaste —confesé en voz baja, sin mirarlo—. Bueno, a todo Seabrook en realidad.

Damian no respondió de inmediato. Y, cuando lo hizo, su voz no sonó como la de siempre.

—Lo siento.

Levanté la vista y me pareció que sus ojos eran demasiado sinceros. Como si todo lo que había intentado esconder durante demasiado tiempo se estuviera desmoronando lentamente. ¿Por qué tenía esa extraña sensación de que había algo que siempre había estado ahí, en su corazón?

—¿Por qué me has llamado?

Damian sostuvo mi mirada. Y, luego, soltó la única verdad que no esperaba escuchar.

—Porque, cuando abrí los ojos, lo único en lo que pensé fue en ti.

Después de lo que había dicho, Damian no intentó llenar el espacio con más palabras. Solo me miró esperando a ver qué hacía yo con su confesión. Como si, por primera vez, se sintiera expuesto.

Y yo, obviamente, como no tenía experiencia en ese tipo de situaciones, no supe cómo manejarlo. Tampoco podía olvidar que había una parte de mí que se negaba a confiar del todo en él. Pero no me moví ni me alejé.

—Entonces… —murmuré diciendo lo único que se me ocurrió para romper el silencio—, ¿cuánto tiempo tienes que quedarte aquí?

Damian pasó una mano por su cabello, claramente incómodo.

—Mañana por la mañana me dan el alta. Me harán alguna

resonancia y un escáner porque el entrenador ha insistido.

—Eso es bueno.

—Supongo. —Su tono no sonaba convencido.

Iba a preguntarle qué significaba eso cuando se escucharon voces en el pasillo. Me di cuenta de que sonaban frías, formales, e hicieron que Damian se tensara de inmediato.

La puerta de la habitación se abrió con un movimiento contenido.

Y fue entonces cuando vi a sus padres.

Capítulo 23

El peso de un apellido

Su padre, el reconocido alcalde de SeaBrook, fue el primero en entrar. Alto, imponente, con el ceño fruncido como si toda la situación le resultara inconveniente. Su madre entró detrás de él, perfectamente arreglada a pesar de la hora y con el mismo aire de autoridad en sus movimientos. Nada en ellos transmitía calidez. Nada en ellos encajaba con la imagen que tenía de Damian.

Me quedé inmóvil en mi silla, sintiendo de inmediato que no pertenecía a ese momento. Ellos apenas me miraron, como si hubieran detectado al instante que yo no pertenecía a su estatus social.

—Damian. —Su padre pronunció su nombre sin emoción mientras que el aludido se limitó a observarlos con una expresión vacía.

—Papá. Mamá.

—¿Era necesario este espectáculo? —Su madre soltó un suspiro y cruzó los brazos.

Me tensé, porque no era preocupación lo que escuché en su voz. Era irritación. ¿Qué clase de madre sonaba así después de que un

hijo recibiera un golpe tan brutal en un partido?

Para mi sorpresa, Damian mantuvo la calma, pero, al bajar los ojos, me percaté de que sus dedos, que descansaban sobre la sábana, se apretaron ligeramente.

—No fue un espectáculo —respondió con tono neutro—. Fue un accidente.

—Un accidente predecible en un deporte de salvajes. —Su padre negó con la cabeza. Luego vino un silencio que me resultó cruel.

—Hemos hablado de esto antes, Damian —continuó su madre, sin molestarse en bajar la voz—. El rugby no es parte del futuro que hemos planificado para ti.

Los ojos de Damian se oscurecieron.

—¿Planificado para mí?

Su madre mantuvo su postura rígida.

—Sabes lo que queremos decir.

—Sí, lo sé. —Damian soltó una risa seca—. Llevo dieciocho años escuchándolo.

—No entiendo qué ganas aferrándote a esto. —Su padre resopló —. No te va a llevar a ningún lado.

—¿Y vosotros sí sabéis a dónde quiero llegar?

Hubo otro silencio. Yo ni siquiera me atrevía a respirar. Por su parte, sus padres intercambiaron una mirada que lo dijo todo. Al parecer, ellos no esperaban que tuviera opción, puesto que ya habían decidido por él.

—Te hemos dado todas las oportunidades, Damian. —Las palabras de su padre sonaron como una sentencia. Y en ellas, no había un rastro de amor, solo un peso impuesto sobre él desde que era un niño.

En ese momento quise huir, puesto que fui consciente de que no debía estar ahí, pero no pude moverme, ya que vi cada grieta en la

máscara de Damian, vi la forma en que sus ojos, normalmente llenos de desafío, se ensombrecieron.

Y entendí por qué era cómo era, por qué nunca hablaba de su familia, por qué vivía desafiando a todos, como si el mundo fuera un juego en el que no tenía nada que perder.

Porque su mundo ya estaba decidido por alguien más. Y porque, por más fuerte que fingiera ser, supe, sin lugar a duda, que estaba harto de ello.

Cuando sus padres se fueron, la habitación cayó en un pesado silencio. Damian no habló. Se limitó a recostarse contra la almohada y fijar la vista en el techo como si quisiera desaparecer.

—Damian… —susurré.

Nada. Me mordí el labio. Porque no sabía cómo manejar esto. Él siempre era el que tenía las respuestas. El que nunca parecía tomarse nada en serio. Pero ahora… Ahora solo se veía cansado. Finalmente, su voz rompió el silencio diciendo:

—Siempre es así.

—¿Así cómo?

Damian soltó el aire lentamente, como si estuviera midiendo sus palabras. Como si lo que venía fuera algo que no decía a menudo.

—Como si no tuviera opción. —Su voz no sonó como la de siempre. No era arrogante, burlona ni confiada. Estaba llena de resignación y tristeza—. Ya tienen todo planeado —continuó, sin apartar la vista del techo—. La universidad, la carrera, los contactos… Incluso lo que esperan de mí en los próximos diez años.

Mi pecho se apretó, porque comprendí que esa no era la voz de alguien que tenía el mundo a sus pies. Esa era la voz de alguien que llevaba demasiado tiempo atrapado en una jaula de oro y marfil.

—¿Y el rugby?

Damian soltó una risa baja.

—El rugby nunca estuvo en la ecuación.

—Pero a ti te gusta. —Bajé la mirada.

—Sí. Me gusta. Me encanta. —Él cerró los ojos por un momento. Y en esas palabras había más peso del que quería admitir. Porque no era solo el rugby. Era la libertad que suponía, ya que ese deporte era la única cosa en su vida que había elegido por sí mismo.

Y ellos querían quitárselo. Tragué saliva.

—Lo siento.

Damian se giró hacia mí. Sus ojos, normalmente llenos de desafío, ahora lucían vulnerables, haciendo que algo dentro de mi pecho se quebrara un poco. Se quedó en silencio unos instantes, pero luego, muy bajo, dijo algo que me conmovió aún más:

—No quería que lo vieras.

—¿Por qué?

Mi estómago se encogió cuando Damian sostuvo mi mirada por un segundo eterno. Y entonces, dejó caer la verdad.

—Porque quiero ser perfecto ante tus ojos, Bennet. Un señor Darcy.

Mi corazón latió con fuerza. Sentí el peso de esas palabras en cada parte de mi cuerpo.

Durante unos segundos, incapaz de replicar nada, lo observé. Damian estaba recostado en la cama, con los ojos fijos en mí, la mandíbula apretada y las manos descansando sobre la sábana como si las tuviera demasiado tensas para relajarlas.

Yo no sabía qué hacer. No sabía qué decir, porque siempre había visto a Damian Carter como alguien que controlaba todo a su alrededor.

—Bueno… El señor Darcy nunca fue perfecto a los ojos de Elizabeth y, aun así…

«Se enamoraron», pensé, pero, por suerte, no lo dije en voz alta.

Damian alzó las cejas, como si pudiera leer mi mente. En ese momento, mientras mis mejillas ardían y yo tartamudeaba palabras que me permitieran seguir viviendo con dignidad, una enfermera entró en la habitación y me dijo que el horario de visitas había terminado.

Me levanté corriendo de la silla y me marché a toda prisa, como si alejarme de la vida de Damian Carter fuera algo tan sencillo.

Capítulo 24

Un Carter en la casa Bennet

Una de las tradiciones de la familia Bennet consistía en que todos los domingos por la noche cenábamos juntos en mi casa. Siempre había sido así, desde que yo era pequeña. Además, era conocido como Día de la pizza, y era un caos. Un caos ruidoso, familiar y reconfortante que yo necesitaba más que nunca después de la visita al hospital tras el partido. Había pasado toda la noche y todo aquel maldito domingo intentando no pensar demasiado en Damian. En lo que dijo, en lo que vi en sus ojos durante cada uno de los segundos que compartí con él.

Incluso en aquel momento, cuando mis primos discutían por la última porción de pizza y mi madre intentaba, sin mucho éxito, poner orden, mientras que el sonido de la televisión competía con sus risas y con los ladridos del Señor Darcy, que también quería un pedacito de la corteza, y en la cocina mi abuela hablaba en voz alta con mi tía sobre las ventajas de comprar en oferta en Walmart, mis pensamientos eran solo para él. Ni siquiera presté atención cuando sonó el timbre de la puerta.

Mis primos seguían peleando. Mi abuela seguía charlando con mi tía. El timbre volvió a sonar y por fin me moví. Pensé que mis primos, aún hambrientos, habrían pedido otra pizza más. ¡No sería la primera vez!

Respiré hondo y fui a abrir la puerta. Y ahí estaba. Damian Carter de pie en mi porche, con una chaqueta de cuero y el cabello un poco más desordenado de lo normal. Su mirada me recorrió con un brillo indescifrable pero hermoso. Recordé que llevaba un vaquero viejo y mi sudadera de «Preferiría estar leyendo» y que tampoco era que me hubiera esmerado en peinarme esa misma mañana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije en un susurro urgente.

Él inclinó la cabeza con una sonrisa fácil, relajada, como si yo no estuviera al borde de un colapso nervioso.

—¿Eso es lo que dices cuando alguien te concede el honor de su presencia?

—¿Quién te dijo que podías venir aquí? —contrataqué.

—Nadie. Me pareció una gran idea —confesó encogiéndose de hombros con aire inocente.

—Pues no lo es, no lo ha sido y no lo será, Damian Carter.

Pero antes de que pudiera cerrarle la puerta en la cara, algo mucho peor ocurrió.

—Clara, ¿quién es?

El alma se me cayó al suelo al reconocer la voz de mi madre. Antes de que pudiera evitarlo, su figura apareció detrás de mí, con una sonrisa amable que se congeló en cuanto vio a Damian Carter parado en nuestra puerta.

—Oh. —Su expresión pasó de curiosidad a puro y absoluto interés en menos de tres segundos—. ¿Eres tú el famoso Damian?

Yo gemí internamente deseando que me tragara la tierra. Damian, por su parte, habló con esa facilidad que tanto me sacaba de quicio

cuando respondió:

—Parece que la fama me precede.

—Oh, muchacho —dijo mi madre con una expresión de lo más encantada—, cuando mi hija menciona a alguien en su vida más de dos veces, significa que es importante.

¿Por qué no venía un huracán y me llevaba lo más lejos posible, como a Dorothy?

—¡Mamá!

Pero ya era demasiado tarde. Porque mi madre no solo me ignoró, sino que, en cuestión de segundos, ya estaba abriendo más la puerta y empujándome hacia un lado como si yo fuera un obstáculo menor en su plan maestro.

—Pasa, pasa. No te quedes ahí.

Mi cerebro colapsó, algo que Damian disfrutó, porque me lanzó una mirada cargada de diversión antes de dar un paso dentro de mi casa.

***

El caos de mi familia no tardó en golpear a Damian Carter como una ola imparable tras apenas cinco minutos en el hogar Bennet.

La cocina estaba llena de ruido: mis primos gritaban en una mezcla de inglés y español, mi tía hablaba con alguien por teléfono, el Señor Darcy correteaba entre las piernas de unos y otros en busca de algún botín, mi abuela se reía al verlo y mi madre, para mi absoluta desgracia, le entregaba un vaso de agua a Damian como si fuera un invitado de honor.

—¿Ya has cenado? —preguntó ella, con una sonrisa radiante.

—Estoy bien, gracias —respondió Damian sonriendo también, ante lo que mi madre cayó rendida en su trampa.

Porque si había algo que mi madre adoraba era un chico educado y con buenos modales. Y Damian, cuando quería, podía hacer que cualquiera se derritiera con su encanto.

—No seas tímido, aquí siempre hay comida para todos.

¿Tímido? ¿DAMIAN CARTER? Venga, ¿y qué más? Me sentía a punto de perder la cabeza.

—Mamá, él no se va a quedar a cenar —intervine rápidamente, tratando de salvar lo poco que quedaba de mi dignidad.

—¿Por qué no? —Mi madre frunció el ceño—. Es un muchacho fuerte, seguro que come bastante.

Damian, que claramente se estaba divirtiendo más de lo necesario, se encogió de hombros.

—No quiero ser una molestia.

MENTIROSO. Ya estaba instalado en mi salón como si fuera parte de la familia.

Y entonces, llegó el golpe final. Mi abuela giró la cabeza en mi dirección y luego miró a Damian.

—¿Este es el novio?

Silencio absoluto. Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo y se dirigía a saber dónde.

Mis primos soltaron un sonoro «Oooh» y luego se echaron a reír, y yo, en estado de shock, me giré lentamente hacia Damian, que me miraba con esa expresión indescifrable, esa sonrisa pequeña, ese destello en los ojos que no dejaba claro si se estaba burlando de mí o si le gustaba la idea.

¿Por qué no existían las capas de invisibilidad? En ese momento, habría entregado mi alma por una de ellas.

***

El bullicio de mi casa seguía resonando en mis oídos incluso después de que la puerta se cerrara detrás de nosotros. Era como si el calor, la risa, el caos de la cena aún estuvieran impregnados en mi piel, recordándome todo lo que acababa de pasar.

Y lo peor de todo era el chico que caminaba a mi lado.

Damian Carter, con una sonrisa ladeada, una expresión relajada y esa mirada satisfecha que delataba lo mucho que había disfrutado con cada segundo de mi sufrimiento.

El aire nocturno nos envolvió con un frescor agradable mientras avanzábamos por la acera, alejándonos de la casa Bennet como si hubiéramos escapado de una zona de guerra.

Crucé los brazos y me obligué a no mirarlo directamente. Él, en cambio, no tenía ningún problema en mirarme a mí.

—Todavía no me has dado las gracias por regalarte mi presencia.

—¿Eso crees que has hecho?

—Por supuesto. —Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y alzó una ceja—. El famoso Damian Carter, capitán del equipo de rugby, ha hecho un hueco en su apretada agenda para visitar a los Bennet.

—¿Eliges a una persona afortunada al azar o tienes alguna ruleta con los nombres de todos los vecinos de SeaBrook para honrarles con tu presencia cada domingo?

Damian se encogió de hombros, con una expresión pensativa pero claramente provocadora.

—Eso tendrás que descubrirlo por ti misma.

—¿Y cómo pretendes que lo haga?

—Pienso pasar todo el tiempo que pueda contigo, así que descubrirás todos y cada uno de mis secretos —murmuró, con ese tono pausado y bromista que me daba ganas de lanzarle algo.

—Por favor, no, gracias.

—Pues creo que a tu familia le he encantado. De hecho, me esperan el próximo Día de la pizza.

Me detuve en seco y lo señalé con un dedo acusador.

—Carter, te juro por mi vida que si vuelves a presentarte en mi casa, te lanzaré el libro más gordo que hay en el Club de Lectura. *Crimen y castigo*, de Dostoyevski.

Damian se rio bajito, con satisfacción.

—Pues me chivaré a tu abuela.

—Bueno… —concedí bajando la cabeza—, si tienes la bendición de la señora María hay poco que pueda hacer contra eso.

Alcé los ojos y lo miré. Damian sonreía, pero, en cuestión de unos segundos, su expresión cambió, su sonrisa se suavizó, sus ojos brillaron bajo la tenue luz de las farolas, y su postura, antes tan despreocupada, adquirió un matiz más tranquilo.

—Sabes que me ha encantado, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Se me encogió el estómago. No estaba segura de a qué parte de la noche se refería. Si a la cena, a las risas, a la calidez ruidosa de mi familia o a estar conmigo.

Respiré hondo y caminé un par de pasos más, dándole la espalda, obligándome a mantener la calma.

—No entiendo por qué te gustó tanto. —Mi voz salió más firme de lo que esperaba.

Damian se quedó en silencio un instante, lo suficiente como para que mis nervios aumentaran. Y luego, con la misma naturalidad con la que respiraba, soltó la verdad.

—Porque no es algo que yo tenga.

Mis pasos se detuvieron. Giré lentamente la cabeza y lo encontré allí, mirándome con la misma expresión vulnerable que había visto en el hospital.

—La calidez que desprende tu familia… —continuó, sin apartar la

vista—. Lo ruidosos que son, que todos hablen a la vez, que te incluyen en sus conversaciones sin ni siquiera conocerte bien. No sé… Se siente… Se siente auténtico —terminó al fin.

Tragué saliva, sintiendo que mi corazón se encogía. Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Solo estábamos allí, en mitad de la acera, con la brisa nocturna despeinándonos el cabello y el zumbido de las luces de la ciudad parpadeando a nuestro alrededor.

Él, con la mirada perdida, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que había dicho más de lo que pretendía, y yo, con la misma sensación que en el hospital al descubrir una faceta de Damian que nadie conocía.

—Damian… —comencé, con la voz más suave.

Pero él sacudió la cabeza con una breve sonrisa.

—Olvídalo. Solo digo tonterías.

Negué espacio.

—No, no lo haces.

Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo. Y, esta vez, fue él quien desvió la mirada.

—Es solo que… —Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más—. A veces, cuando estoy en mi casa, siento que el silencio es tan fuerte que puedo escucharlo.

Y, sin pensar demasiado, sin detenerme a considerar si era una buena idea o no, levanté una mano y la apoyé en su brazo.

—Si vuelves a necesitar ruido —dije en voz baja—, ya sabes dónde encontrarlo.

Damian me miró. Pero, esta vez, no sonrió. Solo me observó en silencio, con esa intensidad que hacía que me costara respirar, con una extraña forma de contemplarme, como si no estuviera acostumbrado a que alguien dijera cosas así para él.

—Bennet… —Él exhaló un suspiro bajo, con algo parecido a una risa contenida—. Sabes que esto es peligroso, ¿verdad?

—¿El qué?

Su mirada se oscureció, guardó silencio unos instantes y luego dio un paso atrás.

—Nada. —Sonrió de lado—. Te veo mañana en el insti, Bennet.

Y antes de que pudiera responder, se giró y se alejó por la calle, con las manos en los bolsillos y la noche tragándose su silueta en la distancia.

Capítulo 25

¿Por qué estás en todas partes?

Pensaba que el lunes transcurriría con cierta normalidad, puesto que me había convencido de que la noche anterior no había pasado, de que Damian Carter no había aparecido en mi casa, de que no había sobrevivido al caos de mi familia con una sonrisa arrogante, de que no habíamos tenido una conversación inesperadamente sincera en la calle.

Y, sobre todo, de que mi corazón no había reaccionado de una forma extraña y alarmante durante toda la escena bajo las farolas.

Sí. Eso. Mi táctica consistía en una negación absoluta.

Hasta que, por supuesto, apareció. Porque si había algo que Damian Carter sabía hacer a la perfección era encontrar la manera de desmantelar mi paz mental.

Primer asalto: En la cafetería
Damian 1, Clara 0

Entré a la cafetería con Sophia, completamente lista para mi rutina habitual: tomar mi almuerzo, sentarme en la mesa más alejada

posible de los populares y evitar dramas innecesarios. Pero entonces lo vi sentado justo en la mesa donde siempre comíamos Sophia y yo, como aquel día que había supuesto el comienzo de muchos de mis problemas.

—No puede ser —solté de inmediato.

Sophia, que hasta ahora no había notado su presencia, alzó la cabeza y abrió los ojos como platos.

—Oh, Dios mío. ¿Hoy también come con nosotras? ¿Por qué?

—Esa es la pregunta del millón.

Pero antes de que pudiera huir, Damian levantó la vista y me saludó sonriendo.

—Bennet —dijo, como si me hubiera estado esperando todo el tiempo.

Mi cerebro colapsó. No solo porque estaba sentado en mi espacio sagrado de tranquilidad, sino porque tenía la audacia de actuar como si esto fuera lo más normal del mundo. Y lo peor de todo fue que los amigos de Damian se le acercaron, pero, en lugar de ignorarme como harían normalmente, me miraron con demasiado interés.

PELIGRO, CLARA BENNET, PELIGRO.

—¿Qué está pasando? —susurré a Sophia, pero ella estaba demasiado ocupada evaluando la situación con ojos brillantes de puro cotilleo.

Y entonces, para mi terror absoluto, Damian movió la silla vacía junto a él un poco hacia atrás, como una invitación silenciosa.

—Siéntate, Bennet. Por favor.

Abrí la boca para pronunciar cualquier excusa, cualquier pretexto para escapar de allí, pero, entonces, uno de sus amigos, con una sonrisa que no me gustó nada, intervino.

—Sí, Bennet, quédate. Estamos hablando de la fiesta que va a

celebrar Damian este sábado en su casa.

—Me parece… Que no me importa —repliqué—. ¿Qué haces aquí, Carter?

—He decidido que voy a estar más presente en tu vida, Bennet —me dijo sin perder la sonrisa.

—Ya lo estás gracias al ensayo sobre *Orgullo y prejuicio*.

—No me parece suficiente —respondió—. Por eso estoy aquí, para invitaros a mi fiesta de este sábado.

Noté que, a mi lado, Sophia dio un salto de pura emoción. Sabía que, en realidad, pese a ser una de las integrantes del Club de Lectura, ella siempre había soñado con codearse con los populares.

Para mí era guapa, inteligente y divertida, y si el mundo fuera un lugar menos superficial, la distribución de la popularidad se mediría por otros méritos y Sophia Duncan sería la líder de la gente realmente guay.

Pero no podía ignorar la realidad de la vida, y sabía que Sophia se moría por ir a una fiesta organizada por el capitán del equipo de rugby.

—Mis padres estarán fuera porque tienen un congreso del partido en otro Estado y va a ser la fiesta del siglo —siguió diciendo Damian.

Los chicos de su equipo se pusieron a gritar y a aplaudir ante la idea haciendo un gran escándalo en la cafetería. Aproveché para mirar a mi amiga, que tenía una súplica silenciosa en los ojos.

Tal y como sospechaba, se moría por asistir a esa fiesta.

Por suerte, el timbre que daba por finalizada la hora de la comida sonó, dándome la oportunidad perfecta para escapar de allí sin darle una respuesta a mi mejor amiga ni a mi compañero de ensayo.

Segundo asalto: en el pasillo
Damian 2, Clara 0

Después de mi huida estratégica de la cafetería, estaba segura de que el día no podía empeorar. Claramente, subestimé el nivel de insistencia de Damian Carter.

Porque, al salir de mi última clase, con la mochila al hombro y la mente ocupada en cualquier cosa que no fuera él, volvió a aparecer.

Esta vez, apoyado contra mi taquilla. Me detuve en seco y solté un suspiro de frustración.

—¡Por la virgencita de Guadalupe! —exclamé—, ¿por qué estás en todas partes?

—¿No te dije que iba a estar más presente en tu vida?

—¡No creí que lo dijeras *literalmente*!

Él se encogió de hombros, como si nada de esto fuera raro.

—Solo me estoy asegurando de que no me evitas ni huyes como antes.

Oh. Oh, no. Me crucé de brazos, con el corazón acelerado por razones que claramente no quería aceptar.

—Carter, ¿te escuchas a ti mismo? Te das demasiada importancia.

—¿Y tú no me das importancia en tu vida, Bennet? —soltó, y justo cuando estaba a punto de golpearlo con mi mochila y acabar con su arrogancia, apareció Sophia.

Y su expresión no me gustó nada, porque era una mezcla de interés, diversión y conspiración.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Ambos interrumpís con extrema habilidad mi paz mental.

—Me gusta que te alteres tanto, Bennet. —Damian soltó una risa baja.

—Eres lo peor —le dije mientras me encargaba de lanzarle una mirada fulminante.

—Y, sin embargo… —su sonrisa se ensanchó—, sé que no quieres huir de mí y que incluso tienes curiosidad por mi fiesta.

Abrí la boca, lista para desmentir sus palabras, pero entonces sentí un dolor en el brazo. ¡Sophia me estaba pellizcando!

—Ay, ay, ay…

—¿A qué hora es tu fiesta? —dijo mi amiga ignorando mi dolor.

—A partir de las ocho.

—¡Pues allí estaremos! —canturreó Sophia mientras cubría mi boca con su mano para que no pudiera negarme.

Damian dejó escapar una risa y se marchó dejándome en brazos de mi traidora amiga.

Capítulo 26

La fiesta en casa de Damian

Desde el mismísimo momento en que Sophia y yo llegamos a la casa de los Carter, supe que era un error. Primero, porque la música se escuchaba desde la calle, vibrando a través de las paredes como si la casa entera latiera con un pulso propio. Segundo, porque había demasiados coches estacionados afuera, lo que solo podía significar que la noticia se había esparcido y la fiesta había escalado mucho más de lo que probablemente Damian había planeado. Y tercero, porque esto era territorio Carter.

Si en mi casa él había sido el que estaba fuera de lugar, allí la extraña era yo.

Sophia, por supuesto, no compartía mi crisis interna.

—¡Esto está a otro nivel! —gritó emocionada, ajustándose el cabello antes de tomarme del brazo—. Vamos antes de que nos quedemos en la puerta como perdedoras.

No me dio tiempo a protestar antes de que me arrastrara con violencia hacia la entrada. Y, en cuanto cruzamos la puerta, el caos nos envolvió. La sala estaba repleta de gente, algunos bailando,

otros conversando en grupos dispersos, y otros simplemente bebiendo y disfrutando del exceso de libertad que significaba que los padres de Damian estuvieran fuera.

Las luces estaban atenuadas, la música retumbaba en el aire, y en cuestión de segundos, alguien nos empujó con una carcajada despreocupada. Me giré lista para fulminar a quien fuera, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz familiar me sacó del trance.

—Pensé que no vendrías, Bennet.

Damian Carter estaba apoyado contra el marco de la puerta, con un vaso en la mano y esa sonrisa típica de alguien al que la noche le estaba saliendo muy bien.

Lo que me lleva a contaros lo peor de todo. A pesar de mi poca experiencia en chicos, supe, por la manera en que me estaba mirando que, realmente, estaba contento de verme ahí. Que esa fiesta no le habría importado si yo no hubiera aparecido.

Sentí un hormigueo extrañísimo en el estómago. Apreté los labios y crucé los brazos, fingiendo que aquella certeza no hacía que quisiera besarlo de una manera desenfrenada.

—Sophia me convenció.

Él me estudió por un segundo más, como si no creyera del todo mi excusa, y luego sonrió.

—Bien.

Y, por alguna razón que no entendí, supe que lo decía en serio.

—¡Carter! —exclamó Derek abalanzándose sobre él. Un raro tufillo a alcohol nos golpeó de inmediato—. ¡Menudo fiestón! ¡Han venido unos colegas de la uni y quieren conocerte!

Damian quiso protestar, pero otro de sus compañeros del equipo se unió a Derek y lo terminaron por alejar de nosotras.

—¡Bueno, Clara! —dijo mi amiga—. ¡Vamos a disfrutar de nuestra juventud!

—Sí, claro —musité, pero terminé arrastrada por la intensidad de Sophia.

Si tuviera que resumir las horas siguientes diría que en aquella fiesta había demasiada gente, demasiadas conversaciones a medias, demasiado de todo.

En algún punto de la noche, después de que Sophia desapareciera en busca de una copa y un cotilleo que contarme después, decidí ir al baño. El lugar, inmenso y de mármol, estaba en penumbra, con la única iluminación proveniente de una luz horizontal sobre el espejo. El sonido amortiguado de la música de la fiesta se filtraba a través de la puerta, pero allí dentro parecía otro mundo.

Y entonces la vi. Summer estaba sentada en el borde de la bañera, con los ojos hinchados y las mejillas húmedas por las lágrimas. Su cabello rubio, siempre perfectamente peinado, ahora caía en ondas desordenadas alrededor de su rostro, como si hasta eso reflejara lo desarmada que estaba en ese momento.

Yo, que me quedé de piedra al encontrarla allí, permanecí en silencio un instante, apoyada contra la puerta, observándola con el ceño fruncido, tratando de decidir si debía preguntar algo o si era mejor dejarla en paz.

Summer fue la que rompió el silencio primero.

—No esperaba que fueras tú la que me encontrara. —Su voz sonó más suave de lo habitual, sin el tono calculador que solía tener cuando hablaba conmigo en los pasillos del instituto.

Me crucé de brazos y la miré con escepticismo.

—¿Por qué?

Ella rio sin humor, pero no se molestó en fingir que no sabía de qué hablaba.

—Porque no somos exactamente amigas.

—No, no lo somos.

Summer giró lentamente la cabeza y me miró. Esta vez, no con la usual expresión de superioridad o burla, sino con una mezcla de cansancio y resignación.

—Entonces, ¿por qué no te vas?

—Porque —suspiré, pasando una mano por mi cabello—, por muy insoportable que puedas ser, no me parece correcto dejarte llorando sola en un baño.

Ella bajó la mirada y giró el vaso entre sus manos, haciendo que el hielo se deslizara dentro del líquido ámbar.

—Sabes… —murmuró tras un rato—, la gente asume que lo tengo todo.

No supe qué responder a eso, así que simplemente esperé a que continuara.

—Tengo dinero, sí. Tengo amigas, un armario lleno de ropa increíble, fiestas a las que siempre me invitan, un apellido que todos reconocen en este pueblo… —Hizo una pausa, riéndose sin ganas—. Pero no tengo a nadie con quien hablar realmente.

Me removí en mi lugar, sintiéndome incómoda con la dirección que estaba tomando la conversación.

Summer no era alguien que se abriera fácilmente. No conmigo, al menos.

—Y hoy… —continuó, con la voz un poco más tensa—, hoy simplemente me di cuenta de lo sola que estoy.

Apreté los labios, sin saber qué responder.

—Podrías hablar con tus amigas —dije finalmente, aunque sonó más a una sugerencia que a una afirmación.

Summer dejó escapar un suspiro pesado y se pasó una mano por la cara, como si de repente estuviera agotada.

—Mis amigas… —Se detuvo y sacudió la cabeza—. No tengo amigas de verdad.

Me quedé en silencio. Porque, en el fondo, sabía que lo que decía era cierto. Summer siempre estaba rodeada de gente, pero nunca la había visto con alguien que realmente pareciera importarle. Su grupo de chicas populares funcionaba más como una alianza estratégica que como un grupo de apoyo genuino.

Summer alzó la mirada y, con los ojos aún brillosos por el alcohol y las lágrimas, soltó la verdadera bomba.

—Tú sí la tienes.

—¿A qué te refieres? —Me tensé.

Summer sonrió de lado, como si hubiera algo de tristeza en la verdad que estaba a punto de decirme.

—A Sophia. A tu Club de Lectura. A tu familia. A Damian.

—Damian no es…

—No digas que no es nada —me cortó.

El silencio entre nosotras se volvió más pesado. La luz del baño parpadeó otra vez, como si el universo entero se burlara del momento. Summer me miró con una honestidad que jamás le había visto antes.

—Él siempre te está mirando. Siempre.

Abrí la boca, lista para rebatirlo, para decirle que se estaba equivocando, que Damian miraba a muchas personas, que lo nuestro no era lo que ella creía.

Tragué saliva y desvié la mirada.

—Deberíamos llevarte a casa.

Summer suspiró y dejó el vaso en la pila, junto a otros abandonados allí.

—Sí. Supongo que sí.

Convencer a Damian de que nos ayudara no fue difícil. Desde el momento en que le dije que Summer estaba mal, su expresión cambió. Después de todo, se conocían de toda la vida.

Subió a su coche con nosotras en silencio, con las manos firmes en el volante y el ceño fruncido en una expresión que no solía ver en él.

—Gracias —murmuró Summer en el asiento trasero.

Damian la miró a través del espejo retrovisor y asintió.

—No hay problema.

Y así, sin más, la llevó a casa sin hacer preguntas, sin comentarios innecesarios, sin la actitud despreocupada que siempre mostraba en público.

Cuando finalmente llegamos y la dejamos en la puerta, nos quedamos en el coche por unos segundos hasta que Summer entró en su casa.

Yo miraba por la ventana, tratando de procesar lo que acababa de pasar.

Damian miraba el camino frente a él, pero con la mandíbula tensa.

—No deberías confiar tanto en ella —murmuró de repente.

Me giré para mirarlo, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Damian apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró.

—Summer no es mala persona, pero… sabe cómo manipular a la gente.

Me crucé de brazos.

—¿Y tú no?

Él giró el rostro hacia mí y me miró de esa forma que hacía que me costara respirar.

—¿Crees que te estoy manipulando, Bennet?

Mi garganta se secó. Porque no, no lo creía. Y ese era el problema. Desvié la mirada.

—Vamos al parque —murmuré.

Damian alzó una ceja.

—¿Qué?

—El de la esquina. —Abrí la puerta y salí sin esperar su respuesta —. No quiero regresar todavía.

Damian Carter podría haber discutido. Podría haber dicho que no, puesto que era el anfitrión de la fiesta más popular de los últimos años. Pero no lo hizo.

Porque cuando miré hacia atrás, él ya estaba saliendo del coche y siguiéndome. El parque infantil estaba desierto a esa hora de la noche, con solo la luz tenue de las farolas iluminando el tobogán y los columpios un poco oxidados que chirriaban de vez en cuando con la brisa.

Damian y yo caminamos en silencio, acompañados por el ruido de nuestros pasos sobre el suelo cubierto de gravilla. Había unas palabras flotando en mi cabeza sin permiso. «Él siempre te está mirando», me había dicho Summer. ¿Serían ciertas? ¿No decían que solo los borrachos y los niños decían la verdad? Quise aferrarme a eso, pero no debía, así que sacudí la cabeza, tratando de expulsar ese pensamiento, y me dirigí directa a los columpios.

—No puedo creer que esto siga aquí —murmuré, apoyando las manos en las cadenas del columpio antes de sentarme lentamente.

Damian, sin decir nada, tomó asiento en el columpio de al lado. Le lancé una mirada rápida, y verlo tan guapo me puso muy nerviosa.

—En mi barrio no teníamos parque —murmuré, empujándome ligeramente con los pies en el suelo—. Así que mis primos y yo veníamos a este. Esta zona es de las privilegiadas de SeaBrook.

—Sí, así es. —Él también se balanceó, sin quitarme los ojos de encima.

—Luego, cuando pusieron uno cerca de mi casa, comencé a ir allí. De hecho, fue donde conocí a Sophia. Pero siempre me pregunté si este parque seguiría en pie.

—¿Por qué no te acercaste a comprobarlo?

—Me daba miedo, supongo. Ya sabes que no soy de salir de mi zona de confort, y lo más cómodo es —dije en voz baja— simplemente… mirar las cosas de lejos, preguntándote cómo serían si te atrevieras a acercarte.

—Sí, sé a lo que te refieres.

Fruncí el ceño y giré la cabeza hacia él, pero Damian ya no estaba mirándome. Estaba observando el suelo bajo sus pies, con la expresión de alguien que estaba a punto de decir algo que había guardado por mucho tiempo.

Y cuando habló, su voz sonó baja y honesta.

—La primera vez que te vi fue en primer año.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué?

Damian giró la cabeza lentamente y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, el mundo entero pareció reducirse al espacio entre nosotros.

—No en segundo año, no cuando nos tocó juntos en literatura. Mucho antes de eso.

Parpadeé, tratando de entender.

—Pero… nunca hablamos en primer año.

—Lo sé.

Apreté los dedos alrededor de las cadenas del columpio, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—¿Cuándo fue?

Damian sonrió de lado, pero no era una de sus sonrisas burlonas. Era más nostálgica. Casi triste.

—Fue en la biblioteca.

Mi boca se entreabrió. ¿La biblioteca? Por supuesto, ese era el lugar en el que pasaba todo mi tiempo durante el primer año para

sobrevivir al instituto. Era mi refugio, mi escape, el único lugar donde podía perderme entre libros y sentirme completamente invisible.

Pero ahora Damian estaba diciendo que…

—Recuerdo que estabas sentada en la mesa del fondo —continuó, con su voz más baja—, con los auriculares puestos y un libro abierto sobre la mesa.

La imagen me golpeó como un *flashback* demasiado vívido. Así era yo, con mi suéter demasiado grande, mis cascos sonando con música tranquila y una novela entre las manos.

Completamente sola. Completamente segura de que nadie en el insti, salvo Sophia, se daba cuenta de mi existencia. Y, sin embargo, Damian Carter lo recordaba.

—¿Por qué te acuerdas de eso? —pregunté en voz baja, con la sensación de que, si hablaba demasiado alto, rompería algo.

—Porque —hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—, te veías… distinta.

Tragué saliva.

—¿Distinta cómo?

Él inclinó la cabeza y me miró fijamente, como si estuviera viendo esa imagen otra vez.

—Te veías como si estuvieras en otro mundo. Como si estuvieras en un sitio donde nadie pudiera alcanzarte.

Algo dentro de mí se removió. Porque sí. En aquel entonces, en primer año, yo era así. Siempre metida en mis libros, en mi burbuja, evitando todo lo que fuera complicado, que involucrara más interacción de la necesaria.

Pero lo que más me sorprendió no fue que Damian lo hubiera notado. Fue lo que dijo después:

—Me pregunté de qué estabas huyendo.

—Nunca te vi en la biblioteca —susurré.

Damian rio suavemente, pero su mirada aún era intensa.

—Eso es porque no me quedé mucho tiempo.

Mis dedos se aferraron con más fuerza a las cadenas.

—¿Y por qué fuiste ese día?

Él se encogió de hombros, como si no fuera importante. Pero algo en su mandíbula tensa, en la forma en que sus ojos no se apartaban de los míos, me hizo saber que sí lo era.

—Porque me peleé con mi padre.

Sus palabras cayeron en el aire como un golpe sordo. Damian dejó escapar un suspiro, desviando la mirada.

—Ese día… no quería volver a casa. Así que terminé ahí, en la biblioteca. Te vi sentada y… —Se detuvo, riéndose sin ganas—. No sé. Me quedé un rato.

Mi pecho se apretó. Porque eso era nuevo, inesperado y condenadamente peligroso.

—No creo que lo recuerdes, pero pasé cerca de tu mesa. —Él volvió a mirarme y la sombra de su sonrisa desapareció.

—No… no lo recuerdo.

Damian asintió lentamente.

—Lo imaginé. No me miraste ni una sola vez.

La forma en que lo dijo y la tristeza en su voz hizo que algo se encogiera en mi pecho, porque si lo pensaba bien… Si realmente lo pensaba bien… La primera vez que vi a Damian Carter fue en segundo año cuando ya era el flamante capitán del equipo y parecía que el instituto girara y se moviera a su alrededor.

Pero la primera vez que él me vio a mí ¡fue mucho antes! Y, por alguna razón que no entendía del todo, eso me hacía sentirme más vulnerable de lo que quería aceptar.

Capítulo 27

Un beso que no estaba en los apuntes

Normalmente, solía disfrutar de la tranquilidad de mi cuarto. Era mi refugio, el único lugar donde podía estar a solas con mis pensamientos sin que nadie esperara nada de mí. Incluso mi familia, ruidosa e intensa, respetaban mi espacio.

Pero esa noche no quería estar sola con mis pensamientos, porque cada vez que cerraba los ojos, veía los suyos fijos en los míos.

Cada vez que intentaba distraerme, escuchaba su voz diciendo que me vio mucho antes de que yo siquiera supiera de su existencia.

¿Por qué me estaba afectando tanto eso?

Me dejé caer en la cama con un suspiro frustrado, tapándome el rostro con ambas manos.

—Dios… —murmuré, como si eso pudiera hacer desaparecer la sensación extraña que me recorría el cuerpo.

Pero no desapareció. Claro que no. Mi corazón ya bailaba al son de Damian Carter. Y, ante eso, poco podía hacer. O quizá sí. Tal vez debía preguntarle más. Agarré mi móvil. Mi dedo flotó sobre la

pantalla, indeciso. Podría escribirle. Podría preguntarle más. Podría decirle que dejara de jugar conmigo, si es que eso era lo que estaba haciendo.

No fui capaz de escribirle. Me levanté de la cama y caminé hasta la ventana, cruzando los brazos sobre mi pecho mientras miraba la calle vacía.

Damian no estaba allí, aunque su presencia seguía pegada a mí. Como una sombra, como una pregunta sin respuesta, y como algo que ya no podía seguir ignorando.

Obviamente, la mañana siguiente fue un desastre desde el momento en que abrí los ojos.

Primero, porque no había dormido apenas. Cada vez que los cerraba, la misma escena volvía a repetirse en mi cabeza: Damian en los columpios, y su voz tranquila pero intensa diciéndome que me había visto antes de que yo siquiera supiera de su existencia. Segundo, porque, cada vez que intentaba sacármelo de la mente, su imagen volvía a aparecer: su bella expresión cuando me miró, el tono de su voz cuando lo dijo, y la forma en que su presencia en mi vida, de repente, parecía tener mucho más peso del que estaba lista para aceptar.

Así que, para evitar pensar demasiado, hice lo que cualquier persona racional haría en mi situación: me preparé para evitar a Damian Carter a toda costa.

Tenía un plan. Un plan sólido, lógico, infalible.

—Voy a cambiar de ruta en los pasillos, no miraré en su dirección y, si me cruzo con él, voy a fingir que estoy extremadamente ocupada —le expliqué a Sophia mientras caminábamos hacia la puerta del insti.

Ella me miró con la ceja arqueada y la expresión de alguien que claramente no creía ni una sola palabra.

—Ajá. Suena como una estrategia muy efectiva.

—Lo es.

—Claro —asintió, aunque su tono dejaba claro que no estaba convencida—. Y si él decide buscarte activamente, ¿qué harás?

Abrí la boca para responder, pero no tenía respuesta, porque no había pensado en eso. Antes de que pudiera formular una idea decente, Sophia miró por encima de mi hombro y sonrió con demasiada satisfacción.

—Bueno, supongo que vamos a descubrirlo ahora.

El escalofrío en mi espalda llegó antes de que siquiera girara la cabeza. Al hacerlo, lo vi caminando hacia nosotras con total naturalidad, como si no me hubiera lanzado la confesión más desestabilizadora de mi vida la noche anterior. Con la chaqueta del equipo, el cabello perfectamente despeinado y esa forma despreocupada de moverse, como si el mundo entero girara a su ritmo.

¿Sabéis qué me pareció lo peor? La expresión serena de su rostro. ¡Como si no supiera que me había dejado con la cabeza hecha un desastre!

—Bennet —saludó, con una sonrisa tranquila.

Yo parpadeé mientras mi mente gritaba: ACTÚA NORMAL. Así que, lógicamente, lo primero que salió de mi boca fue:

—¿Por qué me has saludado como si nada?

Silencio. Mierda. No, no, esa no era la pregunta que debía hacer alguien que quería fingir indiferencia.

Sophia se aclaró la garganta, escondiendo su risita tras su mano.

Damian, por supuesto, también pareció divertirse más de lo que debería.

—¿Cómo se supone que debería saludarte? ¿Con una reverencia, como en la regencia? —preguntó, alzando una ceja.

Mi cerebro intentó reparar el error, pero ya era demasiado tarde.

—Quiero decir… —Me pasé una mano por la cara, tratando de recomponerme—. Olvídalo. No dije nada.

Él sonrió. Oh, maldita sea. Quise morirme. Sophia, la traidora, ya estaba disfrutando demasiado con la situación. Y Damian, como el ser exasperante que era, decidió llevarla aún más lejos.

—¿Estás segura? Porque parece que hay algo en lo que has estado pensando desde la otra noche y estás distraída.

Mis ojos se entrecerraron.

—Estoy genial, gracias por tu preocupación totalmente innecesaria.

—¿Seguro? —preguntó con inocencia fingida—. Porque si te tiene así de alterada algo que dije, podríamos hablarlo.

—¡No me tienes alterada!

—Oh. —Asintió con fingida comprensión—. Me queda perfectamente claro que sí.

Abrí la boca para responder, pero, al mirar sus ojos azules, me quedé en blanco.

—Lo sabía —murmuró con satisfacción.

Respiré hondo y lo señalé con un dedo.

—Te odio.

—¿Me odias más o menos que el sábado?

Aunque mi plan inicial era ignorarlo y seguir con mi vida, lo cierto era que, por primera vez, ya no estaba segura de qué sentía cada vez que lo veía.

Y eso, mucho más que su actitud relajada, era lo que realmente me tenía nerviosa.

—Bueno, Carter —dijo Sophia colocando sus manos en mis hombros y empujándome con suavidad—, no sé qué pasó con vosotros el sábado, pero te concedo el punto de dejar a *miss* Bennet

sin palabras. ¡Enhorabuena! Nos vemos luego.

Él asintió y nos dijo adiós con la mano. Yo procuré no fijarme en lo guapo que estaba cuando lo hizo.

Tan solo una vez que llegamos a clase y me senté en mi silla, Sophia me recordó por qué mi plan de evitar a Damian estaba condenado al fracaso desde el principio, y no era porque el insti era un sitio más o menos pequeño o compartiéramos clase, era porque aquella tarde habíamos quedado para avanzar con nuestro ensayo de *Orgullo y prejuicio*.

Así que, al final de la jornada, me dirigía al club de lectura, que había sido mi refugio, mi espacio seguro, el único rincón donde podía estar tranquila sin que nadie me molestara con comentarios estúpidos sobre mi vida o sobre cómo me iba con cierto jugador de rugby. Pero eso era antes. Antes de un desastre rubio de ojos azules.

En la mesa de siempre, mientras yo intentaba no colapsar acercándome a él, Damian hojeaba el libro con una expresión tranquila, subrayando frases con su lápiz y escribiendo anotaciones con la misma facilidad con la que respiraba.

Como si nada estuviera fuera de lugar. Como si yo no estuviera al borde de una crisis existencial.

Me senté a su lado y fingí estar concentrada en mi cuaderno, pero la realidad era que mi cerebro estaba ocupado en una sola cosa.

Él y su voz. Él y su confesión en los columpios. Él y esa forma en que ahora parecía estar en todas partes, invadiendo cada rincón de mi mente como si fuera su maldito derecho de nacimiento.

Damian suspiró con dramatismo.

—Bennet, si sigues mirándome como si quisieras asesinarme, me voy a sentir un poco incómodo.

El lápiz se me cayó de la mano.

—¿Qué? ¡No te estoy mirando!

Él arqueó una ceja y apoyó el codo en la mesa, descansando la barbilla en su mano con una sonrisa que dejaba claro que no me creía.

—Claro que no. Seguro que es una alucinación mía.

Apreté los labios, cruzándome de brazos.

—Estoy intentando concentrarme.

—¿Y cómo te va con eso?

No respondí. Porque la verdad era que me iba fatal. Mis pensamientos eran un desastre total y el único culpable era él.

Damian me observó por un momento y luego volvió a bajar la mirada al libro. Comprendí que odiaba que estuviera actuando como si nada, mientras yo sentía que mi cabeza estaba a punto de explotar. Y entonces, antes de poder detenerme, las palabras salieron de mi boca sin filtro.

—¡A diferencia de ti, estoy nerviosa!

Silencio. Damian parpadeó lentamente, como si no hubiera entendido lo que acababa de pasar.

Yo, por mi parte, quería desaparecer de la faz de la Tierra.

—¿Perdón? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Me llevé las manos al rostro y solté un gruñido de frustración.

—Estoy nerviosa —murmuré, con la voz más baja.

—No te he escuchado.

—¡Vaya si lo has hecho! —le repliqué.

—Tal vez, pero quiero que lo repitas.

Bajé las manos y lo miré con el ceño fruncido, sintiendo el calor subir por mi cuello hasta cubrir todo mi rostro.

—No puedo dejar de pensar en lo que me dijiste el sábado en el parque.

Damian alzó ambas cejas.

—¿Qué parte? Porque dije muchas cosas interesantes.

—¡Toda la maldita conversación, Carter!

Él sonrió. Oh, no.

—Entonces sí que te dejó una impresión duradera.

Apreté los labios con tanta fuerza que casi me dolieron.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de decirme algo así?

Damian apoyó el lápiz sobre el libro con calma, como si se hubiera estado preparando para esta conversación desde el principio.

—Porque sabía que ibas a reaccionar así.

—¿Qué significa eso? — Fruncí el ceño, confusa.

—Significa que te conozco lo suficiente como para saber que ibas a entrar en crisis.

—¡No estoy en crisis! —grité completamente indignada.

—Ah, ¿no? —Se inclinó un poco más hacia mí, con esa maldita mirada suya cargada de diversión—. Entonces ¿por qué estás tan roja?

Retrocedí de inmediato en mi asiento y miré hacia otro lado.

—No estoy roja.

—Claro. Debe ser la iluminación.

Lo miré enojadísima. Damian se rio por lo bajo y apoyó un brazo en el respaldo de su silla, mirándome con esa intensidad que hacía que mi respiración se desestabilizara.

—Bennet, si querías confesar que no puedes dejar de pensar en mí, solo tenías que decirlo.

Me levanté de golpe y empujé la silla hacia atrás.

—¡Me voy!

Pero antes de que pudiera escapar, Damian atrapó mi muñeca con suavidad. Fue un toque leve, apenas una presión ligera, pero fue suficiente para detenerme. Mi pecho subía y bajaba con fuerza, y cuando finalmente me atreví a mirarlo, no estaba sonriendo.

Su expresión era distinta.

—Clara.

Tragué saliva. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

—No quiero que dejes de pensar en mí —susurró.

El aire en mis pulmones se evaporó. ¿Cómo demonios se suponía que debía responder a eso? Mi corazón latía demasiado rápido, mi piel ardía donde su mano tocaba la mía, y cada parte de mi cerebro gritaba que necesitaba alejarme.

Pero no lo hice. Porque, por mucho que intentara negarlo, tampoco quería dejar de pensar en él.

¿Y si mi cerebro se había desconectado? Deduje que esa tenía que ser la única explicación lógica, ya que no había forma de que estuviera en esa situación y todavía no hubiera huido cuando descubrí que Damian Carter se había puesto en pie y seguía sosteniéndome la muñeca, con su pulgar rozando mi piel de manera distraída, como si no fuera consciente de lo que eso me hacía sentir. Me miraba. Como si intentara descifrarme, anticiparse a mis siguientes palabras o movimientos, si es que lograba que mi cuerpo me obedeciera.

Y entonces, me dijo:

—Quiero ocupar tus pensamientos tanto como tú ocupas los míos y, créeme, Clara, te aseguro que llevas mucho tiempo en mi cabeza.

Mi estómago se llenó de mariposas. Mi mente gritó: HUYE, CLARA. Pero mi cuerpo, que se había vuelto ajeno a las órdenes de mi cerebro, no se movió.

Él tampoco. Nos quedamos así, en ese espacio pequeño entre nuestras sillas, con los libros abiertos sobre la mesa, con el lápiz de Damian rodando lentamente hasta caer al suelo, con la certeza de que algo estaba a punto de pasar.

Y entonces, él movió la mano lentamente. Dejó de sujetar mi

muñeca y deslizó los dedos por mi brazo, con suavidad para no asustarme, pero con una decisión que hablaba de que no quería retroceder ni detenerse.

Mi piel bajo la blusa ardió con su toque. Y cuando su mano llegó hasta mi rostro, cuando su pulgar rozó mi mejilla con un gesto que no tenía derecho a ser tan tierno, se acabó cualquier resquicio de voluntad por mi parte. Mi respiración se volvió errática, adquirió un ritmo irregular, como si mi cuerpo intentara entender lo que estaba pasando antes que mi cabeza.

Pero Damian no me dejó tiempo para procesarlo.

Porque en el siguiente segundo, se inclinó y me besó. Sentí una explosión en mi sistema nervioso con aquel beso seguro y lento. Fue un beso que me hizo pensar en que Damian había estado esperando el momento exacto desde hacía mucho tiempo.

Mis dedos se aferraron al borde de la mesa, como si necesitaran algo sólido para anclarme a la realidad. Mi respiración se entrecortó cuando su otra mano se deslizó hasta mi cintura, con una presión firme, pero sin apresurarme.

No se trataba de dominio, ni de ganar, ni de provocarme.

Era simplemente demostrarme cómo era realmente él.

Sin darme cuenta, mi mano se aferró a su camisa, mis dedos se enredaron en la tela con un reflejo automático de alguien que se va precipitando a un abismo sin resistirse.

Damian se tensó por un segundo, como si no hubiera esperado que yo le correspondiera. Eso lo cambió todo, puesto que, en cuanto lo hice, su otro brazo rodeó mi cintura y me atrajo más hacia él, eliminando la poca distancia que quedaba entre nosotros.

Y, de repente, ya no era solo un beso. Era una declaración. Era todo lo que no habíamos dicho en palabras. Era cada mirada que habíamos intercambiado en los últimos meses, cada discusión

cargada de tensión, cada provocación que en realidad no era más que una excusa para estar cerca.

Era lo inevitable.

Y estaba pasando, hasta que la maldita puerta se abrió.

Capítulo 28

Un interrogatorio que ni el FBI

—¡Clara, encontré el libro que…! —Sophia se quedó congelada en la entrada del club de lectura con un libro en la mano, los ojos muy muy abiertos y la boca ligeramente entreabierta.

Damian y yo nos separamos tan rápido que mi silla casi se cayó hacia atrás.

Mis labios todavía estaban calientes. Mi cerebro no funcionaba bien, nada en mí lo hacía. Mientras que mi amiga estaba disfrutando demasiado este momento.

—Oh. —Pestañeó lentamente, alzando las cejas—. Bueno… esto sí que es interesante.

Mi cara adquirió un rojo intenso y, al mirar a Damian, me di cuenta de que ni siquiera parecía avergonzado. Solo se apoyó contra la mesa, como si lo que acababa de pasar no fuera un evento catastrófico en mi vida, y preguntó con total tranquilidad:

—¿Necesitas algo, Soph?

«¿Cómo puede estar tan tranquilo?», pensé indignada.

—Oh, no, no. —Sophia alzó las manos en señal de rendición, con

una sonrisa maliciosa—. Solo vine a traer un libro, pero… creo que llegué en un mal momento.

—¡No fue nada! —exclamé demasiado rápido.

Sophia soltó una carcajada. Damian sonrió de lado y luego giró la cabeza hacia mí, con esa mirada intensa que todavía sentía en mis labios.

—¿Nada, Bennet?

Me quería morir.

—¡Sophia, vámonos! —Agarré a mi amiga del brazo y la arrastré fuera del club lo más rápido posible. Pero antes de salir, me atreví a mirarlo una última vez.

Y ahí estaba. Me sonreía.

***

La puerta del club de lectura apenas se cerró detrás de nosotras cuando Sophia se giró en un movimiento dramático digno de una telenovela.

—¡Explícate!

—No quiero hablar de esto. —Me cubrí la cara con ambas manos.

—¡Pues qué pena, porque yo sí! —exclamó, agarrándome de los hombros y sacudiéndome suavemente como si quisiera despertarme de un hechizo. (Spoiler: No estaba dormida, pero definitivamente sí estaba en crisis).

Me había besado Damian Carter. Y LO PEOR: yo le había respondido.

Sophia me soltó solo para dar vueltas a mi alrededor, agitando las manos en el aire como si necesitara soltar su energía acumulada.

—O sea, perdón, pero ¿cómo llegamos a este punto? ¡Dímelo! ¡Dame el resumen! ¡Cuéntamelo todo!

Me pasé una mano por la cara y solté un gruñido de frustración.

—No hay nada que contar.

—¿Perdona? —Sophia se llevó una mano al pecho como si hubiera recibido un disparo—. ¿Nada que contar? ¡Clara, acabo de atraparos en una escena de una novela romántica!

Me giré rápidamente hacia ella con el ceño fruncido.

—¡Baja la voz! ¡No quiero que todo el insti se entere!

—Bueno, muy tarde, ¡porque mi alma ya salió corriendo a contárselo a todos mis recuerdos y sueños adolescentes!

Me dejé caer en uno de los bancos del pasillo, hundiendo la cara en mis manos.

—Esto es un desastre…

Sophia se sentó a mi lado, pero, en lugar de ofrecerme consuelo, puso una mano en mi espalda y comenzó a darme palmaditas burlonas.

—No, cariño, esto es oro.

—¡No te burles de mí! —La miré con desesperación.

—¿Yo? —Puso una expresión de inocencia absoluta—. Nunca. —Luego, una sonrisa lenta y malvada apareció en su cara—. Pero… ¿cómo estuvo?

—¡No voy a hablar de eso! —exclamé poniendo de pie con brusquedad.

—¡Ah, no, no, no! —Sophia me agarró del brazo antes de que pudiera huir—. Después de todo lo que me hiciste esperar, me lo debes.

Vale, era cierto. Se la debía. Nuestra amistad implicaba abandonar una crisis existencial ante el primer beso recibido y contarle todos los detalles a Sophia.

—No estuvo mal, creo. Supongo. Sí, eso es.

Sophia se inclinó hacia adelante con una mirada afilada.

—¿No estuvo… mal?

—Sí.

—Entonces ¿por qué estás roja como un tomate maduro?

Abrí la boca para responder… y no tuve respuesta. Maldita Sophia.

—Deja de analizarme —le exigí.

—No puedo evitarlo. —Sonrió con absoluta satisfacción—. Esto es mejor que cualquier libro que hayamos leído juntas.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír un poco.

—¿No te estás flipando?

—Pero en serio, Clara. —Su tono cambió levemente, y cuando la miré, sus ojos reflejaban algo más serio—. ¿Qué significa ese beso para ti? Ha sido el primero, ¿verdad?

Abrí la boca… y luego la cerré, porque mi mente era un torbellino. Todavía sentía el calor de sus labios en los míos y aún podía ver la forma en que me miró después del beso.

Sophia esperó pacientemente, pero cuando vio que no respondía, simplemente sonrió con complicidad y me dio un leve empujón en el brazo.

—Piensa en eso, Bennet. Nos vemos en el almuerzo.

Y se fue mientras que yo me quedé ahí, en medio del pasillo, con la cabeza hecha un desastre.

Capítulo 29

Clara en crisis y Carter bajo la lluvia

El día siguiente fue un infierno. Para mí, claro. Para Damian Carter, al parecer, fue un día completamente normal, porque, mientras yo iba por los pasillos como un manojo de nervios ambulante, con la piel sensible y la cabeza hecha un desastre, él no mostraba ni una sola señal de que el beso de ayer hubiera significado algo.

N-a-d-a. Ni una mirada prolongada, ni una sonrisa cómplice. Nada de nada.

Era como si el beso no hubiera sucedido, y por supuesto, eso, de alguna manera, lo hacía todo peor, ya que cuando yo me debatía entre analizar cada segundo del beso con la precisión de un científico, él simplemente seguía con su vida. ¡Qué injusticia!

Y cuando, en un intento absurdo de calmar mi cerebro, terminé en las gradas del campo de rugby, solo para descubrir que la lluvia caía con fuerza, empapando el césped y pegando la tela de los uniformes del equipo a sus cuerpos —incluido el suyo—, descubría que Damian se movía con la misma agilidad y determinación de siempre, con su camiseta de entrenamiento, ahora completamente mojada, adhería a

su piel como una segunda capa.

Y, ¡madre del amor hermoso!, ahora veía todo lo que no había notado antes y que no eran pocas cosas: el contorno de su espalda, con los músculos tensándose bajo la lluvia, o la forma en que su cabello dorado goteaba sobre su frente al enfocarse en la jugada y sus ojos refulgían con un azul aún más intenso.

Siempre había sido atractivo. Eso no era una novedad.

Pero nunca lo había mirado *así.* Con ese nudo en el estómago, con esa sensación de calor trepando por mi piel, con ese pulso acelerado que no tenía explicación médica.

¿Por qué era incapaz de apartar la vista de él, por qué quería memorizar cada detalle de sus movimientos?

Y justo cuando mi cerebro estaba colapsando con un aluvión de informaciones sobre sus músculos en movimiento, Damian giró la cabeza y me vio.

Me congelé. Su expresión no cambió de inmediato. Pero sus ojos sí. Su mirada se deslizó por mi rostro, por mi chaqueta empapada, por mis labios entreabiertos. Y entonces, sonrió.

Oh, por favor. Me puse de pie tan rápido que me resbalé con la lluvia y casi me caí por los escalones de la grada. Y, sin mirar atrás y de una pieza, salí corriendo hacia mi refugio más cercano.

El sonido de la lluvia repiqueteaba contra los ventanales del club de lectura cuando entré. Debía tranquilizarme, y entre libros siempre lo conseguía. Desgraciadamente, mi cabeza todavía estaba en el campo y se recreaba en el recuerdo de sus manos sujetando el balón, en su sonrisa torcida cuando me descubrió mirándolo y en la insolente manera en que mi cuerpo había reaccionado sin mi permiso.

Me senté, cerré los ojos y apoyé la frente en la mesa, respirando hondo.

Necesitaba controlarme. Necesitaba olvidar el maldito beso. Necesitaba huir a otro país. Estuve barajando opciones y destinos demasiado rato, porque entonces escuché su voz.

—¿Vas a dormir ahí esta noche, Bennet?

Mi corazón dio un brinco, abrí los ojos de golpe y me incorporé solo para ver que Damian estaba de pie en la entrada del club de lectura. ¡Empapado!

Todavía seguía con la camiseta de rugby pegada a su torso, el cabello húmedo cayéndole sobre la frente, y unas gotas de lluvia deslizándose por su mandíbula.

Lucía como el maldito protagonista de una escena dramática de película.

Y lo peor de todo era que lo sabía, porque su sonrisa se ensanchó en cuanto vio mi cara de horror absoluto.

—Estás…

—Mojado, lo sé.

Se sacudió el cabello con una mano, salpicando agua por todas partes, y luego cerró la puerta detrás de él.

«¿Por qué cierra la puerta?», pensé. Me puse de pie de inmediato, como si pudiera escapar.

—¿Qué haces aquí?

Damian se acercó lentamente.

—Te vi huir como si hubieras cometido un delito.

Mi espalda chocó contra la ventana. Damian estaba demasiado cerca. Demasiado. Tanto que podía oler el césped en su piel, el aroma mezclado con el frío de la lluvia. Tanto que podía ver la gota de agua que se deslizaba desde su cuello hasta el borde de su camiseta. Tanto que…

—Nunca había besado a nadie —solté sin pensarlo.

Damian se congeló. Parpadeó, como si no estuviera seguro de

haber escuchado bien.

—¿Qué?

No podía retractarme ahora. Así que tragué saliva y, con las mejillas ardiendo, repetí:

—El beso de ayer… Fue el primero.

El silencio se volvió denso. La expresión de Damian cambió completamente. Primero su sonrisa arrogante desapareció; luego, su mandíbula se tensó ligeramente. Y lo que vino después… Fue lo más impactante de todo.

Damian Carter, el chico que nunca se inmutaba, el que siempre tenía una respuesta lista, el que jamás se veía nervioso… se sonrojó. Sus orejas se pusieron rojas. *Asombrosamente* rojas.

Su mirada bajó a mis labios de forma inconsciente.

—Bennet… —murmuró, su voz más baja.

Yo quería desaparecer.

—¡Olvida lo que dije!

Intenté apartarme, pero él me atrapó antes de que pudiera huir. Su mano se cerró alrededor de mi muñeca. Descubrí que su tacto era tibio a pesar del frío de la lluvia.

Porque Damian Carter nunca había parecido tan afectado por algo.

Y porque yo… Yo tampoco.

Damian no dijo nada al principio. Y eso, considerando que era Damian Carter, fue lo más inquietante de todo. Porque él siempre tenía algo que decir. Siempre tenía una broma lista, una sonrisa torcida, una respuesta que me hiciera perder la paciencia.

Pero ahora… Solo me miraba.

Y yo sentí que algo en su expresión había cambiado. Y entonces lo vi, ese destello en sus ojos, esa pequeña grieta en su fachada como si esta confesión significara más para él de lo que estaba listo para admitir.

Mi estómago se retorció.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Su voz no fue dura. Fue baja. Grave. Más emocional de lo que jamás le había escuchado sonar.

Tragué saliva.

—Porque no surgió en ninguna de las conversaciones que habíamos tenido antes, Carter.

Damian parpadeó lentamente. Luego, su mandíbula se tensó solo por un segundo.

—No creí que me dolería tanto escucharlo.

Mi cuerpo se paralizó.

—¿Qué…?

Él desvió la mirada, pasándose una mano por el cabello húmedo. Pero su otra mano seguía sujetando mi muñeca como si necesitara un punto de anclaje para no perder el control.

—Deberías haberlo tenido con alguien que lo mereciera más.

Mi garganta se cerró.

—No digas eso.

Damian sonrió. Pero no era una sonrisa burlona. Era muy muy triste. Casi como si ya se hubiera dicho esa misma frase mil veces en su cabeza antes de hoy.

—No es algo que pueda evitar, Carter. —Me mordí el labio, tratando de ignorar el temblor en mis manos—. Además, ¿por qué te importa tanto? Seguro que has dado otros primeros besos. El mío es uno más.

Él cerró los ojos un momento. Como si estuviera decidiendo qué tanto debía decirme. Y cuando los abrió… Ya no quedaba nada de su máscara. Solo estaba él, mirándome con una intensidad impresionante.

—Porque nunca creí que sería tan afortunado.

El aire se evaporó de mis pulmones al comprender que siempre creyó que me besaría, siempre pensó en besarme. Siempre.

Sentí el latido en mi garganta.

—Damian…

Pero él negó con la cabeza.

—No. No lo digas.

—¿Por qué?

Exhaló un suspiro tembloroso y deslizó los dedos de mi muñeca hasta mi mano, entrelazándolos con los míos de una forma casi desesperada.

—Porque si sigues hablando, probablemente te bese otra vez.

Durante unos segundos, me fijé en sus dedos entrelazados con los míos, en cómo su piel seguía fría por la lluvia y su respiración salía de manera irregular tras mi confesión. Luego alcé los ojos hasta los suyos.

Un escalofrío recorrió mi columna, pero no por el frío ni por la lluvia. Sino por lo que estaba a punto de hacer.

Por lo que ya no quería seguir evitando.

Mi respiración se entrecortó.

—Dijiste que, si seguía hablando, me besarías.

Damian tensó la mandíbula.

—Sí.

—¿Y si soy yo quien lo hace?

Su cuerpo se endureció. Y, por primera vez desde que lo conocía, pareció completamente desconcertado.

—¿Benn…?

Pero yo ya no escuché más. Mi cuerpo se movió antes de que mi cerebro pudiera frenarlo. Me puse de puntillas mientras que mis manos, con vida propia, se apoyaron en su pecho mojado, sintiendo el latido bajo mi palmas.

Damian inhaló bruscamente.

—Clara…

Mi nombre. Su voz grave, su aliento cálido contra mi piel, la forma en la que sus ojos se oscurecieron cuando comprendió lo que iba a hacer.

Y entonces, lo besé.

Capítulo 30

Lo que sucede después de besarnos

No fue como el primero. No fue una explosión de emociones reprimidas, ni un choque de impulsos descontrolados. Ese beso fue otra cosa, suave, intencional.

Fue yo diciéndole, sin palabras, que lo había entendido, que lo veía, que no quería huir de él.

Damian se quedó quieto por un segundo. Solo uno. Y luego… se desmoronó.

Un sonido bajo, casi un gruñido, escapó de su garganta cuando sus manos se cerraron alrededor de mi cintura y me atrajeron contra él más cerca y fuerte. Descubrí que su cuerpo estaba frío por la lluvia, pero que sus labios estaban tibios, y que se volvieron urgentes, desesperados de una manera que me hizo temblar desde los pies hasta la cabeza.

Mis dedos se aferraron a la tela mojada de su camiseta mientras sentía cómo el agua se pegaba a mi ropa y casi llegaba a mi piel; cómo su respiración se mezclaba con la mía, cómo cada parte de mi cuerpo parecía haber estado esperando este momento sin que yo

me diera cuenta.

Y lo supe. Lo supe en el momento en que Damian se inclinó aún más, como si no pudiera soportar la distancia que nos separaba.

Lo supe cuando su mano subió lentamente por mi espalda, cuando sus labios se movieron con más intención, con más certeza.

Lo supe porque él ya había estado aquí. Porque este beso no era nuevo para él. Al menos, no en su cabeza. Tuve la absoluta certeza de que él ya me había besado otras veces en su imaginación.

Cuando me separé, Damian me siguió. Su frente se apoyó contra la mía. Noté su respiración caliente contra la punta de mi nariz y luego su pulgar deslizándose por la línea de mi mandíbula como si todavía no pudiera creer lo que acababa de pasar.

Yo no podía respirar y mi cuerpo temblaba con intensidad. Y cuando reuní el valor para mirarlo, vi algo en su expresión que me dejó sin aire y que no me gustó. En ese momento, Damian, con la voz más baja y rota de lo que jamás le había escuchado, murmuró contra mis labios:

—Bennet, no tienes idea de lo que acabas de hacerme.

Se iba a alejar de mí, y lo supe antes de que ni siquiera se moviera, por la repentina rigidez en sus hombros, por la forma en que sus manos, que segundos antes me habían sujetado con tanta desesperación, ahora se aflojaban como si no supieran qué hacer y caían a ambos lados de su torso.

—No debí dejar que pasara.

Me fijé en su mandíbula apretada, en la forma en que sus manos se cerraron en puños, en la mirada que parecía dividirse entre dos opciones que no quería tomar. Parpadeé, intentando procesarlo.

—¿Qué…?

Damian se pasó una mano por su cabello mojado, respirando hondo.

—No debí besarte.

Cada parte de mi cuerpo se congeló.

—Fui yo quien lo hizo —le respondí, ante lo que él cerró los ojos con fuerza, como si esa confesión lo partiera en dos, como si el simple hecho de recordarlo fuera demasiado para él.

Entonces, dio un paso atrás. Un solo paso que sentí como un abismo entre nosotros. Y luego, se marchó mientras yo todavía estaba tratando de recuperar el aliento, aún sentía su piel fría contra mis manos, sus labios marcados sobre los míos y mi nombre pronunciado por él de esa manera que aún resonaba en mis oídos.

—¿Damian? —Mi voz no salió firme, sonó baja, asustada.

Al quedarme sola, con el sonido de la lluvia golpeando los cristales, mi estómago se hundió con un desconocido pesar. Porque Damian Carter nunca huía ante nada.

Pero esta vez sí lo había hecho.

El nudo en mi garganta se hizo insoportable cuando comprendí que se había alejado de mí. Y quizá, con la intención de que fuera para siempre.

Capítulo 31

El espacio que no quería

Desde que le confesé a Damian que había sido mi primer beso, las cosas habían cambiado. No de manera escandalosa, ni con una pelea dramática o gritos por los pasillos del instituto, pero sí de esa forma silenciosa y cortante que duele más: empezó a evitarme. Y lo hizo durante dos largos días. Dos angustiosos días sin miradas sostenidas. Dos tristes días sin comentarios sarcásticos. Dos condenados días sin que Damian Carter estuviera en todas partes poniendo patas arriba mi mundo, como había estado haciendo últimamente.

Porque, como si de un mal truco de magia se tratara, se había esfumado. No del insti, claro, puesto que en ese lugar Damian Carter seguía siendo Damian Carter. Continuaba ocupando su mesa en la cafetería, rodeado de su grupo de amigos del equipo; seguía entrenando con el mismo nivel de intensidad, como si necesitara desgastar algo dentro de él, y, obviamente, caminaba por los pasillos con la misma arrogancia despreocupada, como si nada hubiera cambiado.

Pero algo había cambiado en él después de besarnos. Yo lo sabía y lo sentía en cada fibra de mi ser. Así que decidí reunir pruebas de que me estaba evitando:

Prueba número 1:

Desde mi mesa en la cafetería, lo vi donde siempre, en la mesa de los jugadores de rugby, riéndose de algo que dijo uno de sus amigos, con su bandeja llena y una botella de agua en la mano.

Desde lejos, parecía exactamente el mismo Damian Carter de siempre. Pero yo no veía lo mismo que los demás. Yo notaba la forma en que no miraba en mi dirección, como si yo fuera un recuerdo embarazoso que no podía permitirse revivir, y me percataba de la manera en que, cuando se reía, sus ojos no brillaban del todo. Obviamente, también apreciaba cómo su mandíbula se tensaba cada vez que alguien mencionaba algo remotamente relacionado con el club de lectura.

Y eso solo confirmaba lo que ya sabía: me estaba evitando.

—¿Vas a seguir mirándolo como si fueras la protagonista de una novela trágica de Emily Brontë o piensas hacer algo al respecto? —Sophia mordió su manzana con la tranquilidad de alguien que estaba demasiado entretenida con mi sufrimiento.

La contemplé con el ceño fruncido y los ojos cargados de ira.

—No lo estoy mirando.

—Ajá. —Sophia señaló su propio rostro y luego el mío—. Si tus ojos fueran láseres, ya lo habrías evaporado.

Bajé los ojos y me obligué a mirar mi comida. Pero la verdad era que no tenía hambre. No con él tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

Prueba número 2:

Acabé el día en el club de lectura, pero, para mi desgracia, cada página que abría, cada frase que leía, me recordaba a él. Pasé de novela en novela, buscando algo que no me hiciera pensar en él. Lo intenté con *Los miserables* de Víctor Hugo. Pero terminé deteniéndome en Marius y Cosette, en la manera en que él la vio antes de que ella siquiera supiera de su existencia.

—No me falles, Anna Karenina —le dije a la novela, convencida de que la traición y la aristocracia rusa no me recordarían a Damian.

Y fue bien hasta que leí la frase: «Bajó los escalones, tratando de no mirarla mucho tiempo, como si fuera el sol, pero la vio, como el sol, incluso sin mirarla».

Frustrada, cerré el libro de golpe porque ¿qué clase de broma cósmica hacía que cada novela me recordara al *chico de oro*?

Exhalé un suspiro frustrado y me giré hacia la ventana, buscando algo que me distrajera. Y entonces lo vi. Damian estaba en el campo de rugby, en uno de sus entrenamientos. Bajo el cielo gris, con su uniforme de rugby, entrenando como si su vida dependiera de ello, como si necesitara deshacerse de algo que lo estaba quemando por dentro.

Corría con velocidad y fuerza, chocando contra sus compañeros de equipo, cayendo y levantándose, sin detenerse ni un solo segundo. La lluvia no le importaba. Nada parecía importarle.

Una parte de mí supo que estaba usando el entrenamiento para agotarse lo suficiente como para no tener que enfrentar lo que había sucedido entre nosotros. Para alejar cualquier pensamiento sobre mí de su cabeza. Mi pecho se apretó, porque siempre había creído que Damian Carter no huía de nada.

Pero ahora, tras la recopilación de pruebas, sabía que sí lo hacía. Y lo que más me dolía era que estaba huyendo de mí.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra la fría superficie del

escritorio. ¿Por qué deseaba que todo volviera a ser como antes?

Capítulo 32

El ensayo más incómodo del mundo…

El club de lectura había sido testigo de muchas tragedias literarias, pero ninguna tan dolorosamente real como la mía.

Porque ahí estaba yo, sentada frente a Damian Carter, incapaz de mirarlo sin recordar el beso que nos había llevado a este desastre.

Porque ahí estaba él, fingiendo que nada había cambiado, cuando todo lo había hecho.

Y porque, como si el universo se burlara de mí, la señora Halloway había decidido que hoy era un excelente día para ponernos en la misma habitación y hablar sobre *Orgullo y prejuicio*. El ensayo que habíamos dejado de lado por besarnos. El mismo ensayo que, irónicamente, trataba sobre dos personas que fingieron no quererse hasta que fue demasiado tarde.

La tensión era espesa, insoportable. Pero Damian, en su infinita habilidad para aparentar tranquilidad, solo apoyó los codos sobre la mesa y respondió con su voz grave y segura:

—Va bien.

¿Cómo demonios podía sonar tan tranquilo? Mis manos apretaron

la libreta con más fuerza de la necesaria.

La señora Halloway sonrió, sin notar el desastre emocional en el que estábamos sumidos.

—¿Y qué han desarrollado hasta ahora?

Nos miramos. Durante un largo segundo, ninguno de los dos habló. Y luego, al mismo tiempo, intentamos explicar:

—Hemos estado analizando…

—La evolución de los personajes…

—Y la relación entre Darcy y Elizabeth…

—Que al principio no se soportan pero…

Silencio. Porque ahí nos dimos cuenta de la cruel ironía del momento, porque esa era la historia que habíamos escrito sin darnos cuenta, porque la línea entre *Orgullo y prejuicio* y la realidad se estaba volviendo ridículamente delgada.

Halloway hojeó nuestros apuntes y asintió con aprobación.

—Imagino que han discutido mucho sobre la dinámica entre ellos.

Damian pasó una mano por la nuca, incómodo.

—Sí. Bastante.

Demasiado, diría yo.

—Y dime, Carter —continuó la profesora, mirando directamente a Damian—, ¿cuál dirías que es el momento clave en el que Darcy se da cuenta de que no puede seguir negando lo que siente por Elizabeth?

Mi cabeza se giró hacia él automáticamente. Damian exhaló.

—Cuando ve que la está perdiendo.

Boom. La respuesta cayó como un golpe directo a mi estómago. Mi piel se erizó y mis dedos se tensaron sobre la libreta. Pero Damian no me miró, porque, aunque su respuesta era perfecta para el ensayo, ambos sabíamos que no estaba hablando solo del libro.

La señora Halloway sonrió, ajena a la bomba de tensión que

acababa de explotar en la sala.

—Me alegra ver que lo tienen claro. Me gusta el tono y el desarrollo de lo que he leído. Espero leer un ensayo brillante en breve, ¿de acuerdo?

Y con eso, salió de la habitación, dejándonos con el desastre emocional flotando entre nosotros.

El silencio se estiró, denso y cortante. Mis labios se separaron para decir algo, cualquier cosa, pero Damian se levantó antes de que pudiera hablar.

—Tengo que irme.

Y se fue. Así, sin más. Sin mirarme. Sin quedarse a ver si yo decía algo. Sin dejarme opción a preguntarle si, al igual que Darcy, también había entendido que no podía seguir evitándome. Me quedé ahí, con la libreta del ensayo abierta frente a mí, sintiéndome más perdida que nunca.

Por suerte, alguien interrumpió mi trágica reflexión.

—Clara. —Alcé la cabeza y vi a Mike, uno de los chicos del club de lectura. Su expresión pasó rápidamente de la curiosidad a la preocupación—. ¿Qué ha pasado? ¿Has discutido con Carter?

Al escuchar el apellido, mi cuerpo se tensó automáticamente.

—¿Por qué piensas eso? —pregunté demasiado rápido.

Mike me miró con escepticismo.

—Porque me lo he cruzado en el pasillo antes y llevaba una cara que flipas…

Suspiré, agotada, porque ¿cómo explicaba que no habíamos discutido, pero tampoco podíamos estar en la misma habitación sin querer distanciarnos y besarnos al mismo tiempo?

—No, no hemos discutido —mentí con una sonrisa forzada—. Solo que este ensayo es más complicado de lo que creíamos.

Mike no pareció muy convencido, pero no insistió.

—Si necesitas despejarte, ¿te apetece que nos vayamos a tomar algo a la cafetería del pueblo?

Parpadeé.

—¿Ahora?

—Sí. Podríamos hablar sobre el ensayo… o no hablar de literatura por una vez.

Sonaba inofensivo. Sonaba normal. Sonaba como exactamente lo que necesitaba después de todo este desastre. Así que acepté.

Capítulo 33

...y una declaración

Cuando Mike, con su sonrisa tranquila y su voz pausada, me invitó a tomar un café en la cafetería del pueblo, acepté. No porque quisiera darle celos a nadie. Sino porque necesitaba sentir que podía hablar con alguien sin andar sobre cristales rotos.

Un rato después, me encontraba en la mesa de la esquina, esa que siempre olía a canela y tenía vistas al atardecer. Mike hablaba sobre un autor japonés que acababa de descubrir, y yo escuchaba, agradecida por su compañía. Y por primera vez en días, no pensaba en Damian.

Hasta que la puerta de la cafetería se abrió como un aviso sonoro de que mi tranquilidad tenía los segundos contados.

El equipo de rugby entró en bloque, envueltos en carcajadas, bromas internas y olor a desodorante deportivo. Y allí, en medio de todos, con su chaqueta del equipo y el cabello despeinado como si acabara de salir de una película de adolescentes de elevado presupuesto, estaba él. Damian Carter.

Me vio. Lo vi.

Y el tiempo se detuvo.

Su sonrisa se esfumó como si le hubieran apagado el interruptor. Su mandíbula se tensó. Su cuerpo entero se quedó rígido, como si le hubieran lanzado un balón de rugby al estómago. No apartó la mirada. Y lo peor: sus amigos siguieron su camino, pero él se quedó quieto. Inmóvil.

Mike, ajeno al duelo silencioso que acababa de comenzar, me preguntó algo sobre el café. No lo escuché. Porque Damian Carter no solo me estaba mirando. Me estaba escaneando con los ojos. Como si tuviera que comprobar si seguía entera sin él.

Y entonces, como si una voz interior lo impulsara, Damian se acercó. Con pasos decididos, grandes, como si la cafetería entera se encogiera a su alrededor.

—Clara, ¿quieres otro café? —dijo Mike, todavía sonriente.

No tuve tiempo de responder. Damian ya estaba allí, de pie junto a nuestra mesa. Alto. Soberbio. Empapando de incomodidad todo el aire a su alrededor.

—¡Vaya, pero qué coincidencia! —exclamó Damian con un tono tan evidentemente artificial que por poco se me cae la taza de las manos—. Vosotros aquí. Yo aquí. Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Yo? Nada. Solo… pasaba por aquí.

Claro. Pasaba por aquí. Sin café. Sin amigos a la vista. Sin disimulo alguno.

Mike parpadeó, un poco desconcertado. Damian, sin vergüenza alguna, tomó asiento.

—¿Y de qué hablabais? —preguntó con esa fingida naturalidad que solo un chico completamente fuera de control emocional puede lograr.

—Literatura —respondí, conteniendo una carcajada histérica.

Damian asintió solemnemente, como si acabara de escuchar una tesis doctoral.

—Interesante. Muy interesante.

El silencio que siguió fue denso. Mike, por suerte, decidió romperlo.

—Le decía a Clara que me encanta Jane Austen. *Orgullo y prejuicio* es mi favorito.

Damian se quedó congelado.

—¿Tu favorito? —preguntó, como si acabara de decir que leía tratados de física nuclear para relajarse.

Mike asintió.

—Especialmente Darcy. Su evolución, su forma de reconocer sus errores… me parece fascinante.

Damian apretó los labios. Lo vi coger una pajita que había en la mesa entre los dedos como si de ello dependiera su autocontrol. Su pie golpeaba el suelo bajo la mesa.

—¿Sabes qué? —dijo finalmente, con los brazos cruzados—. Me encanta esta conversación. Pero creo que Clara necesita un descanso. Llevamos *semaaanas* con Austen. Tal vez algo más… ligero le venga bien.

—No me molesta hablar de Austen —respondí—. Y mucho menos con Mike.

Mike, encantado con el giro de los acontecimientos, sonrió.

—Siempre es agradable encontrar a alguien que lo disfrute también. A veces me siento solo hablando de estos temas.

—Oh, claro, claro —dijo Damian, con una risita seca—. Muy profundo. *Orgullo y prejuicio*. Qué revelación.

Y entonces, para rematar el espectáculo, mencioné casualmente:

—Deberíamos ver la adaptación de 2005 juntos, ¿no, Mike?

Damian se atragantó con su propio aire.

—¿QUÉ?

—Sí. Es mi favorita —añadió Mike—. Esa escena bajo la lluvia… es icónica.

Damian intentó recomponerse, pero el daño ya estaba hecho.

—Bueno —dijo, levantándose como quien abandona una batalla perdida con algo de dignidad—. Es mejor que me vaya.

Y se fue. Pero no con sus amigos, atravesó la cafetería y salió a la calle.

Mike me miró, sin entender del todo lo que acababa de pasar. Y yo salí corriendo tras Damian sin pensarlo. La puerta de la cafetería aún se balanceaba cuando crucé el umbral y la lluvia, fina pero decidida, empezó a empaparme desde el primer segundo.

Cuando llegué a la esquina, lo vi alejarse. Tenía las manos en los bolsillos, el pelo mojado le caía sobre la frente. Parecía una contradicción andante: seguro y nervioso, firme y tembloroso.

—¡Damian! —grité.

Él se detuvo, pero no se giró.

—¡Oye! ¡Espera!

Caminé hasta quedar justo detrás de él. La lluvia nos cubría a los dos como una cortina gris, empapándonos sin piedad.

—¿Qué haces? ¿Por qué hiciste eso? —le pregunté cruzándome de brazos más por autoprotección que por frío.

Damian se giró lentamente. Tenía el cabello pegado a la frente, la mandíbula tensa y los ojos... Dios, sus ojos. Había tormenta también allí dentro.

—Porque no podía quedarme ahí viendo cómo alguien más te hacía reír.

—¿Qué?

—No podía soportarlo. No podía fingir que no me importa. —Se

pasó la mano por el rostro mojado.

Me quedé en silencio. El agua resbalaba por mis mejillas, pero no estaba segura de si toda era lluvia.

—¿Por qué te importa ahora? Llevas días evitándome —pregunté, con la voz más baja.

Él respiró hondo, como si cada palabra que venía pesara una tonelada.

—Porque no quiero que nadie más te mire como yo te miro, Clara.

—¿Y cómo me miras?

—Como si fueras lo más brillante que ha pasado por mi vida. Como si supiera, desde el primer día, que ibas a ser mi caos favorito.

—¿Desde el primer día?

Damian asintió, dando un paso hacia mí.

—Desde el primer año. Te vi en la biblioteca, con ese moño deshecho y un post-it pegado en la frente que decía «No molestar, estoy en 1813». Te reías sola leyendo a Austen. Desde entonces… no he podido dejar de mirarte. Siempre desde lejos. Porque eras tú. Y yo... yo era el idiota que no sabía cómo acercarse sin estropearlo todo.

Mi corazón, que ya era un desastre emocional ambulante, empezó a latir como si le hubieran dado cuerda.

—Entonces ¿por qué me dejaste plantada la primera vez?

Damian bajó la mirada.

—Porque lo del concurso fue porque mis padres me lo exigieron, presionaron al instituto para que me eligieran. Querían que demostrara responsabilidad, que me ganara méritos para la universidad. Y cuando vi que me tocaba contigo, me asusté. Mucho. No por el ensayo. Por ti.

Me quedé helada, a pesar del calor de su voz. La lluvia seguía cayendo, empapándonos, borrando las líneas entre mi abrigo y su

chaqueta, entre mis dudas y su vulnerabilidad. Damian dio un paso hacia mí.

—¿Por mí?

—Sí. Porque pensé que, si pasaba tiempo contigo, iba a enamorarme más de lo que ya estaba. Y no sabía qué hacer con eso. Me dio miedo.

Mis labios temblaban. No por el frío. Por todo lo que me estaba diciendo. Porque era demasiado. Porque era real.

—¿Y ahora?

Damian dio otro paso. Ya no había espacio entre nosotros. Solo lluvia y todo lo que nunca habíamos dicho.

—Clara Bennet —dijo, su voz temblando solo un poco—, me he enamorado de ti como se enamoran los personajes de Austen: sin querer, a destiempo, y con cada parte de mí negándolo hasta que ya fue imposible seguir huyendo.

Mi garganta se cerró. Quise hablar, decirle algo, pero no pude. Así que hice lo único que mi cuerpo me permitió hacer:

Lo besé.

Con fuerza. Con todas las dudas y los miedos. Con todos los «y si…» que nos habíamos guardado durante demasiado tiempo.

Y él me respondió como si hubiera estado esperando ese beso desde que me vio en aquella biblioteca.

Bajo la lluvia, como Darcy.

Solo que esta vez… era real.

Y era nuestro.

Capítulo 34

Orgullo, prejuicio y un señor Darcy

Al día siguiente, Seabrook entero parecía haber despertado con una sola noticia en los labios: Clara Bennet y Damian Carter se habían besado bajo la lluvia frente a la cafetería, en plena tormenta. Con dramatismo, pasión y, aparentemente, con una audiencia más numerosa de lo previsto, más incluso que la final regional de rugby del año pasado.

Las notificaciones de mi móvil empezaron a llegar antes incluso de que sonara mi despertador. Casi todas eran capturas de pantalla, memes caseros, gifs reciclados de películas de época, y una colección absurda de emojis de paraguas, corazones, relámpagos y libros. Alguien incluso había hecho una edición con el título *Orgullo y prejuicio en SeaBrook*, *Maine*. Muy creativos en este pueblo cuando se lo proponían.

En el grupo del instituto, el rumor ya se había convertido en leyenda. Una chica del equipo de natación aseguraba haber visto el beso desde la ventana del gimnasio. Otro chico decía que su tía y otras jubiladas pasaban en coche justo en ese momento y que

todavía no se habían recuperado de la emoción. Pero lo más surrealista fue cuando la dueña de la librería local, a la que yo conocía demasiado bien por mis muchas visitas a su tienda, subió una foto borrosa y escribió: «El espíritu de Jane Austen ha sido avistado sobre las aguas. Estaba llorando de emoción y aprobando la unión con un pañuelo bordado».

¿Lo peor?

Mi madre encontró la publicación. Y la compartió en un chat familiar con un texto que decía: «Mi hija, la que decía que la gente no se le daba bien y ha acabado besando al chico más popular del instituto. Estoy tan orgullosa...».

Mi abuela, por supuesto, estaba encantada. Durante el desayuno se sirvió café con expresión solemne, se ajustó la bata como si estuviera en un acto ceremonial y dijo:

—Lo sabía. Ese muchacho tenía cara de estar loquito por ti cuando se presentó acá. Igual que tú, *mija*. Lo llevaban escrito en la frente los dos. Amor con drama, como en las buenas telenovelas mejicanas.

Y luego mandó un *sticker* al grupo familiar con dos corazones latiendo y un gif de Darcy diciendo «*You must allow me to tell you how ardently I admire and love you*»[2].

Maravilloso. La escena de la lluvia ya no era solo nuestra. Ahora era patrimonio de Seabrook. Y de la señora de la panadería. Y del grupo de lectura del centro comunitario. Y, probablemente, de cualquier persona con acceso a Wi-Fi.

Cuando llegué al instituto, pensé que quizás la cosa se habría calmado. Ingenua de mí. En cuanto crucé la puerta, un grupo de estudiantes me recibió con aplausos. ¡Aplausos! Como si acabara de regresar de salvar al mundo o protagonizar el final de una película de Netflix rodada con dron y cámara lenta.

—¡Elizabeth Bennet 2.0! —gritó alguien desde el fondo.

Una chica del equipo de debate intentó tocarme el brazo como si al hacerlo pudiera absorber algo de suerte y así su *crush* se le declaraba. Sophia me esperaba en mi taquilla con una sonrisa tan grande que parecía salida de un musical.

—¡Y tú que decías que no te gustaba el drama! —me gritó sujetándome de los hombros—. Clara, cariño, acabas de protagonizar el momento más épico e inolvidable que he visto a lo largo de mis dieciocho años de vida.

—Dime que no estamos en TikTok —murmuré, rogando que me dijera que no.

Ella evitó mi mirada. Un mal presagio.

—¿Eso es un sí? —pregunté en voz más alta.

—Te han puesto música de fondo. En cámara lenta. Con superposición de frases de Austen. Y subtítulos.

Me cubrí la cara con las manos.

—Estoy condenada.

—Condenada… al amor —canturreó ella.

Y entonces vi a Damian.

Estaba apoyado contra su taquilla con una expresión que intentaba ser indiferente, pero no podía disimular la sonrisa ladeada. Tenía el pelo ligeramente húmedo —¿se lo habría dejado así a propósito? Maldito pero guapísimo Damian Carter—, y llevaba la chaqueta del equipo sobre un hombro como si acabara de salir de una sesión de fotos para una marca deportiva. Me miró. Me sonrió.

—Señorita Bennet —dijo con esa voz baja que sabía exactamente cómo provocarme un cortocircuito emocional—. ¿Cómo llevas el huracán que hemos provocado?

—Estoy considerando cambiar de nombre e identidad y mudarme a otra ciudad.

—Imposible. Ahora eres parte del folclore local. Ya tienen hasta *merchandising* con tu cara.

—¿Camisetas?

—Me han comentado que en la librería ya están haciendo unas con el eslogan «Orgullo, rugby y un señor Darcy».

Me reí. No pude evitarlo. Porque, a pesar de todo, del ridículo, del exceso de atención, de las miradas y los comentarios, algo dentro de mí brillaba con fuerza.

No por el beso.

Sino por todo lo que había detrás de él.

Porque, esa vez, no fue solo un gesto dramático en medio de la lluvia.

Fue una historia largamente contenida saliendo a la superficie.

Y sí, el pueblo entero se había enterado. Hasta el fantasma de Jane Austen había dado su bendición literaria. Pero, por primera vez, no me importaba en lo más mínimo.

De hecho, me sentía exactamente como Elizabeth al final de la novela. Libre. Contemplada, descubierta y profundamente enamorada.

***

La semana siguiente, cuando ya parecía que nada podía sorprenderme más, la señora Halloway nos llamó a ambos a su despacho con una seriedad tal que pensé que habíamos incumplido alguna regla de citas escolares o algo así.

Pero no. Era algo mucho mejor.

—Enhorabuena —dijo con una sonrisa apenas contenida—. Han ganado el primer premio del concurso estatal de ensayos sobre Jane Austen.

Nos quedamos los dos en silencio durante unos segundos. Damian me miró. Yo lo miré. Luego él parpadeó lentamente y dijo:

—¿Es una broma?

—¿Parezco alguien que hace bromas sobre literatura, señor Carter? —replicó la señora Halloway con la solemnidad de quien guarda ediciones encuadernadas en cuero detrás del escritorio.

Yo me llevé una mano a la boca, incapaz de evitar una risa nerviosa. Damian soltó un suspiro largo, como si acabara de anotar el ensayo final de su vida.

—¡Han sido elogiados por su análisis maduro, creativo y profundamente emocional de la relación entre Elizabeth y Darcy! —continuó ella—. Dicen que fue el ensayo más honesto y original que han leído en años.

Nos quedamos en silencio unos segundos más, asimilando todo.

—Clara —dijo Damian al fin, girándose hacia mí con una expresión que era parte incredulidad, parte alegría y parte pura admiración—. Creo que lo hicimos. ¿Crees que debemos hacer un discurso vestidos de época para recoger el premio?

—Cuando dije que te veías bien con cualquier cosa, no tenía pruebas de que un traje de la regencia en este siglo fuera algo que pudiéramos lucir con dignidad.

Nos reímos, juntos, en ese despacho con olor a papel viejo y gloria académica.

Habíamos ganado.

Y no solo el concurso.

Sino algo infinitamente más valioso: la certeza de que el orgullo y los prejuicios pueden llevarte por caminos insospechados, pero también por los más hermosos.

Y esta historia, como todas las grandes historias… aún no había terminado.

Capítulo 35

El final de esta historia

La tarde del partido final llegó con el cielo teñido de naranja, como si el propio universo estuviera preparando el telón para el gran desenlace. Las gradas estaban repletas. El ambiente vibraba con esa electricidad especial que solo aparece cuando toda una comunidad se reúne para algo más grande que un simple juego.

Yo estaba sentada junto a Sophia, que ondeaba una pancarta que decía «SeaLions campeones» con letras mal recortadas y excesiva purpurina.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó, dándome un codazo.

—Atacada —contesté, apretando las manos sobre las rodillas. Llevaba puesta la chaqueta de Damian, la que me había prestado una vez después de clase y que ahora olía maravillosamente a él.

En el campo, los jugadores comenzaron a alinearse. Damian estaba allí, número 12 en la espalda, el casco bajo el brazo, caminando hacia su equipo con la confianza de alguien que llevaba más que entrenamiento en los músculos. Llevaba todo un año de emociones contenidas en cada paso.

Cuando giró la cabeza y me encontró entre el gentío, sonrió. Esa sonrisa. Solo para mí. Como si, en ese instante, ni los gritos ni los focos ni el marcador importaran.

El partido comenzó y fue una batalla de estrategias, fuerza, velocidad y mucha tensión. Cada jugada parecía más arriesgada que la anterior. La gente gritaba, se levantaba de sus asientos, coreaba nombres y, en medio de todo, Damian lideraba como un verdadero capitán.

—Ese chico va a darnos un ataque de ansiedad —murmuró Sophia, llevándose las manos a la cabeza.

—Ese chico va a darme un ataque al corazón, literal.

A falta de dos minutos, el marcador estaba empatado. Y entonces, la jugada final.

Damian tomó el balón. Corrió. Esquivó a uno, dos, tres defensores. Se lanzó al aire.

Touchdown.

El estadio estalló. Hubo un grito colectivo, confeti, exclamaciones, lágrimas de alguna señora mayor —que era la orgullosa abuela de un jugador— en la segunda fila. El equipo lo alzó sobre los hombros, y yo… yo me quedé paralizada, como si el tiempo se hubiera ralentizado.

Hasta que lo vi.

Damian bajó de los brazos de sus compañeros, buscó con la mirada entre el gentío y empezó a correr. No hacia el vestuario. No hacia el entrenador.

Hacia mí.

—Oh. Por. Dios. —dijo Sophia—. ¡Corre, chica, que esto es una novela romántica y tú eres la protagonista!

Me puse de pie justo cuando él se abrió paso entre la multitud.

Y, sin decir una palabra, sin darme tiempo siquiera a respirar, me

tomó por la cintura y me besó.

Allí. Frente a todos.

Fue un beso de película. De esos que hacen que la gente aplauda, que alguien saque su teléfono, que más de un alma sensible suelte un suspiro audible. Yo solo podía aferrarme a él como si estuviéramos solos en el mundo.

—Te dije que íbamos a ganar —susurró contra mis labios. Y entonces me besó otra vez, mientras el estadio entero coreaba su nombre.

Y el mío también.

Porque ahora todos sabían que, después de todo… habíamos ganado los dos.

Epílogo

Una nueva temporada

La Universidad de Maine tenía una biblioteca de tres pisos, cafeterías con sillones cómodos y más árboles de los que había visto en toda mi vida. Los pasillos olían a café recién hecho, libros nuevos y a ese nerviosismo dulce que solo traen los comienzos.

Estudiar literatura en una universidad así era como vivir dentro de una novela. A veces, cuando caminaba con mis libros abrazados al pecho y el sol iluminaba los ladrillos rojos de los edificios, me sentía como una heroína literaria, lista para encontrar su próximo gran argumento. Pero la verdad era que mi historia ya se estaba escribiendo desde antes.

Damian se había convertido oficialmente en jugador becado del equipo de rugby universitario. Lo que significaba que, cada vez que cruzábamos el campus juntos, alguien lo saludaba, le pedía una foto o le lanzaba un balón desde la nada. Y él, con ese aire de chico popular que no podía dejar atrás, siempre respondía con una sonrisa.

—Estás firmando autógrafos otra vez —le dije un martes por la

tarde, mientras él se inclinaba sobre una libreta que un estudiante le había extendido con timidez.

—Estoy creando una base de fans —contestó sin despegar la vista

—Ya veo.

—Pero ¿sabes por qué soy el tipo más afortunado del mundo? —Me miró por encima del hombro y sonrió.

—A ver, sorprendeme. ¿Porque la fama te precede, chico de oro?

—Porque el sueño de mi vida se cumplió cuando te enamoraste de mí, señorita Bennet.

Caminábamos juntos por el campus como si fuera lo más natural del mundo. A veces él me esperaba fuera de clase, apoyado en una columna, leyendo *Persuasión*. O me dejaba notas en la taquilla con frases de Austen convertidas en chistes nuestros. Nuestro nuevo ensayo, uno que hacíamos solo para nosotros, seguía creciendo en cada conversación, cada paseo y cada beso robado en la biblioteca.

Una tarde, mientras estábamos sentados en el césped, él se acostó con la cabeza sobre mis piernas y murmuró:

—Nunca pensé que podría elegir la carrera que quisiera y seguir en el rugby, desafiando a mis padres, y tener a la chica de mis sueños hablando de libros.

—Y yo nunca pensé que me enamoraría del capitán del equipo de rugby —respondí, jugando con su cabello.

—¿Y ahora?

Lo miré, recordando todo el camino que habíamos recorrido: el ensayo, los roces, los desencuentros, las tormentas… y el beso bajo la lluvia que cambió todo.

—Ahora sé que algunas historias valen la pena, incluso cuando empiezan con prejuicios, orgullo y un pequeño chihuahua intentando morderte el borde de los pantalones.

Él sonrió, cerró los ojos y murmuró:

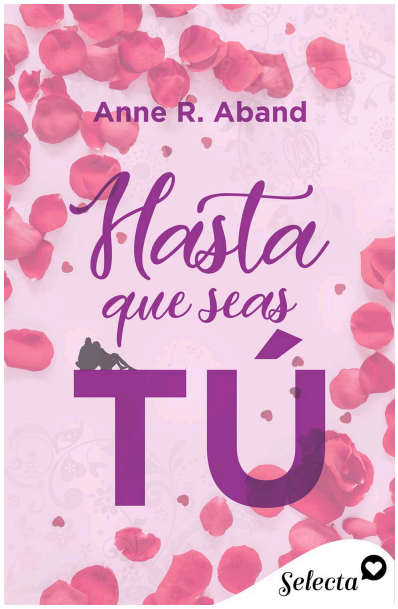
—Con permiso de Austen, lo nuestro sí que es una gran historia.

Si te ha gustado

Orgullo, rugby y un señor Darcy

puedes disfrutar de estas






Alexandra Black
Un vals en INVIERNO
Selecta


Ana F. Malory
Toda una vida
Selecta


Julianne May
Solo por un BESO
Selecta


Alma Vera
Un regalo para Laia
Selecta


Una boda en invierno
MARÍA HEREDIA
Selecta


Selecta
Mi INDOMABLE y BELLA señorita
HERMANOS HILLSBOROUGHT 1
ELIZABETH BOWMAN

Lo que empezó como un concurso en el instituto se convirtió en una batalla entre el corazón y la razón.

¿Quién ganará cuando el orgullo y los prejuicios se crucen?

Un sport romance inspirado en Jane Austen que te hará suspirar.



En el pequeño pueblo costero de Seabrook, **Clara Bennett es una chica que prefiere perderse entre las páginas de Jane Auste**n en lugar de lidiar con la realidad de las normas sociales que rigen el instituto. Pero cuando un concurso estatal la obliga a trabajar con

Damian Carter, el carismático, pero insoportablemente arrogante capitán del equipo de rugby, Clara descubre que él es mucho más que una sonrisa encantadora y una actitud altanera.

Lo que empieza como una batalla de voluntades pronto se convierte en un juego peligroso entre el orgullo y los prejuicios, donde **cada encuentro los acerca más de lo que están dispuestos a admitir**. Entre ensayos literarios, entrenamientos de rugby y encuentros fortuitos en el faro gracias a un pequeño chihuahua, **Clara y Damian deberán enfrentarse a sus propios miedos y aceptar que, a veces, el amor** puede encontrarse en los lugares más inesperados.

Un sport romance que homenajea a Jane Austen y nos recuerda que, en ocasiones, las historias de amor más inolvidables comienzan con un malentendido.

Natalia Sánchez Diana nació en Valencia en 1983, aunque creció en Requena, hasta que decidió estudiar Publicidad. Se especializó en diseño gráfico y durante unos años trabajó como freelance, pero su verdadera pasión siempre ha sido escribir, por lo que en 2017 se lanzó a la autopublicación. Desde hace cinco años es mamá a tiempo completo, pero siempre saca tiempo para leer clásicos, documentarse sobre la época victoriana y sumergirse en la cultura japonesa.



Edición en formato digital: mayo de 2025

© 2025, Natalia Sánchez Diana
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-17-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «Me ha hechizado en cuerpo y alma».

[2] «Permítame que le diga que la admiro y la amo apasionadamente».

Índice

Orgullo, rugby y un señor Darcy
Capítulo 1. La verdad universalmente conocida
Capítulo 2. Damian Carter
Capítulo 3. La calidez del hogar
Capítulo 4. Desencuentro en el campo
Capítulo 5. Curiosidad silenciosa
Capítulo 6. Club de lectura para dos
Capítulo 7. Ser parte de otro mundo
Capítulo 8. Bienvenidas a la jungla
Capítulo 9. Verdad o humillación
Capítulo 10. Un paseo bajo las farolas
Capítulo 11. Corazón traicionero
Capítulo 12. Lunes de impacto (literalmente)
Capítulo 13. Espacios demasiado pequeños
Capítulo 14. Un cambio en el ecosistema
Capítulo 15. Conversaciones inesperadas
Capítulo 16. Un intruso en mi reino
Capítulo 17. El imperio (de Summer) contraataca
Capítulo 18. Buscando respuestas

Capítulo 19. Entre batidos y rumores
Capítulo 20. El faro
Capítulo 21. No es un juego. ¿O sí?
Capítulo 22. Un golpe inesperado
Capítulo 23. El peso de un apellido
Capítulo 24. Un Carter en la casa Bennet
Capítulo 25. ¿Por qué estás en todas partes?
Capítulo 26. La fiesta en casa de Damian
Capítulo 27. Un beso que no estaba en los apuntes
Capítulo 28. Un interrogatorio que ni el FBI
Capítulo 29. Clara en crisis y Carter bajo la lluvia
Capítulo 30. Lo que sucede después de besarnos
Capítulo 31. El espacio que no quería
Capítulo 32. El ensayo más incómodo del mundo…
Capítulo 33. …y una declaración
Capítulo 34. Orgullo, prejuicio y un señor Darcy
Capítulo 35. El final de esta historia
Epílogo. Una nueva temporada
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Natalia Sánchez
Créditos
Notas